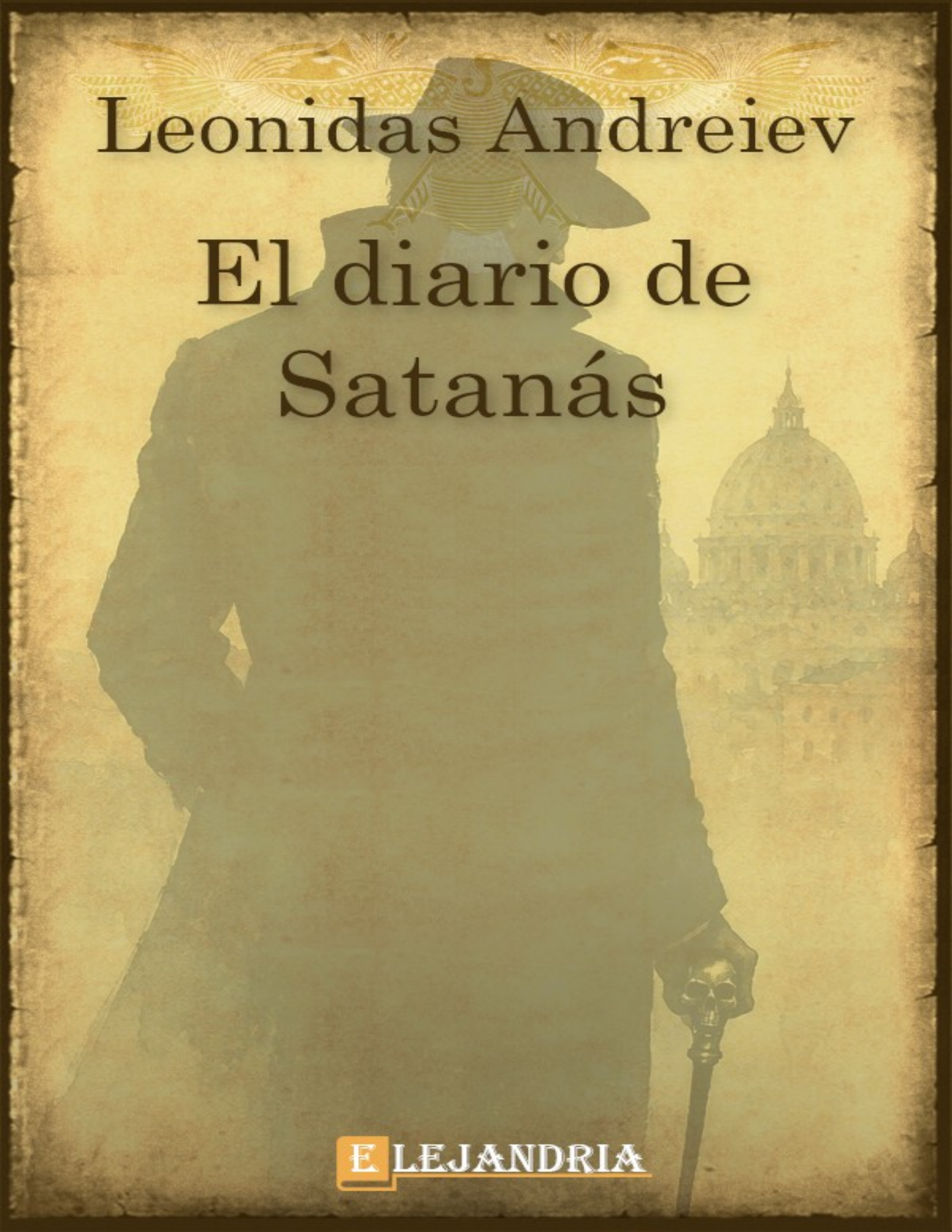




Leonidas Andreiev

El diario de
Satanás

E LEJANDRIA

The book cover features a dark, atmospheric illustration. A large, dark silhouette of a man in a trench coat and hat stands in the foreground, holding a cane with a skull-shaped handle. In the background, a large, domed building, likely St. Peter's Basilica, is visible under a hazy, yellowish sky. The overall tone is mysterious and gothic.

Leonidas Andreiev

El diario de
Satanás

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL DIARIO DE SATANÁS

LEONID ANDRÉIEV

PUBLICADO: 1921

FUENTE: [HTTPS://ES.WIKISOURCE.ORG](https://es.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: EDUARDO UGARTE BLASCO

EDICIÓN ORIGINAL: EDITORIAL CALPE, MADRID, 1924

Leonidas Andreiev

El diario de Satanás

(Obra póstuma)

NOVELA

La traducción ha sido hecha
por Eduardo Ugarte Blasco



Madrid, 1924

CAPÍTULOS

(no listados originalmente)

págs.

I

5

II

86

III

140

IV

199

El diario de Satanás

I

18 DE ENERO DE 1914

A bordo del *Atlante*.

Hace exactamente diez días que me he humanizado y que vivo una vida terrestre.

Mi soledad es muy grande. Amigos no los necesito, pero sí hablar de mí mismo, y no tengo con quién. Los pensamientos solos no bastan, y éstos tampoco aparecen completamente claros, precisos, límpidos hasta que se los expresa con la palabra. Hay que alinearlos como soldados y palos del telégrafo, preparar una vía, echar los puentes y viaductos, construir las pendientes y las curvas, establecer paradas en determinados puntos, y sólo entonces se aclara todo.

Parece que a este trabajo de galeotos lo llamáis *vosotros* lógica o concatenación de las ideas y es obligatorio para los que pretenden ser inteligentes. Para todos los demás no, y los pensamientos andan errantes al azar.

Este trabajo es lento, difícil, desconcertante para quien está habituado a comprender todo con un... no sé cómo llamarlo...: con

un relámpago único y con él mismo expresarlo. No en balde los pensadores son unos infelices que, si resultan honrados y no engañan durante las construcciones, son considerados por vosotros como verdaderos ingenieros y acaban en el manicomio.

Más de una vez sus muros amarillos^[1] se han cruzado en Mi camino, y también más de una vez su puerta se Me abrió hospitalariamente, y eso que llevo tan sólo unos cuantos días en la tierra.

Sí. Es extraordinariamente difícil y pone los nervios de punta. Aquí me tenéis, ahora, que para explicar un pensamiento pequeño y común, por la insuficiencia de vuestras palabras y de la lógica, estoy obligado a echar a perder, a estropear hojas y más hojas de este magnífico papel de a bordo...

¿Y cuánto no será necesario para expresar alguna cosa grandiosa o sobrenatural?

He de decirte en seguida, para dejarte, ¡oh mi terrestre lector!, con la boca abierta de par en par, que lo sobrenatural es *inexpresable* en tu lenguaje de alaridos. Si no Me crees, haz una visita a los huéspedes del manicomio más cercano y escúchalos: todos ellos han aprendido *algo*, lo han querido expresar..., y oye cómo silban y cómo dan vueltas en el vacío las ruedas de estas locomotoras panza arriba. Observa con cuánta dificultad tratan de disimular en sus semblantes el estupor y la maravilla.

Te veo ya dispuesto a importunarme con preguntas, ahora que sabes que soy Satanás humanizado. ¡Resulta tan interesante! ¿De dónde vengo?

¿Qué régimen existe en el Infierno?

¿Existe la inmortalidad del alma, y cuáles son los precios del carbón fósil en la última cotización de la Bolsa infernal? Desgraciadamente, querido lector, con la mayor buena voluntad, aun en el caso que estuviera de mi parte, Yo no sería capaz de satisfacer tu legítima curiosidad. Podría hilvanar una de esas cómicas

historietas de diablos cornudos y velludos que tanto agradan a tu mísera fantasía, pero de esas ya tienes de sobra; además, no quiero mentir tan burda y rutinariamente. Ya te diré mentiras en otra ocasión, cuando menos te lo pienses, y esto será más interesante para los dos.

Pero en realidad, ¿qué puedo referirte, si hasta mi nombre es inexpresable en tu lengua! Tú me has puesto Satanás, y Yo acepto este nombre, como aceptaría cualquier otro, ¡Vaya por Satanás!

Pero mi verdadero nombre suena del todo distinto, completamente distinto. Tiene un sonido deshumano que en manera alguna puedo Yo meterlo en tu angosto oído sin desgarrarte el cerebro. En fin, sea: me llamo Satanás y nada más.

¿Eres tú, mi querido amigo, culpable de esto, que en tu pequeña mente haya tan poca comprensión? Tu mente es como un talego de mendigo donde sólo hay un pedazo de pan seco; mientras que aquí se pide algo más que el pan.

Sólo tienes dos concepciones de la existencia: la Vida y la Muerte —¿cómo sería posible explicarte la tercera, y cómo podría asirla para ti?—. Ahora Yo soy un hombre como tú. En mi cabeza tengo un cerebro humano, mi boca pronuncia neciamente tus palabras, todas rebuscadas, y por lo tanto no puedo contarte cosas sobrenaturales.

Si te dijese que no existen diablos te engañaría; pero si te dijese que los hay te engañaría igual mente... Ves cómo todo esto es difícil? ¡Absurdo, amigo mío! Pero tampoco de mi humanización, en los diez días que hace dió principio mi vida to'rrestre, tengo gran cosa que contarte.

Olvida, ante todo, tus caros diablos peludos, cornudos y alados, que respiran fuego, transforman en oro los cacharros de barro y los viejos en jóvenes seductores; y habiendo hecho esto y habiendo arrojado por la borda muchas necedades en un instante, penetra a través del escenario y observa: cuando nosotros queremos aparecer sobre la tierra tenemos que humanizarlos. Por qué es así lo sabrás después de tu muerte, y por ahora sábelo bien: en la actualidad soy

un hombre como tú y no se advierte mi olor a cabrón maloliente. Puedes estrecharme tranquilamente la mano sin temor de que te clave las uñas.

Me las corto, como tú.

¡Pero cómo ha sucedido todo esto? Muy sencillamente. Cuando quise verir a la tierra busqué un americano conveniente como presa y envoltura, mister Henry Wunderhood, de treinta y ocho años, millardario; lo maté... Claro que de noche y sin testigos. Pero no puedes delatarme a los tribunales a pesar de mi confesión, puesto que el americano vive, y ambos, con una reverencia de estimación, te saludan: Yo y Wunderhood. El me ha dejado en arriendo el local vacío, ¿comprendes?, y aun no todo: ¡que el diablo le lleve! Desgraciadamente, no puedo volver. atrás sino por el camino que conduce a tu liberación: a través de la Muerte.

Ya sabes lo esencial. Pues aunque pudieras comprender algo más, el querer hablar de ello con tus palabras es como intentar meter una montaña en el bolsillo del chaleco o secar el Niágara con un dedal. Figúrate, mi querido rey de la naturaleza, que quisieras acercarte a la hormiga y que por un milagro o una brujería te volvieras hormiga; una verdadera, minúscula hormiga que arrastra los granos: sólo entonces podrías medir en algún modo el abismo que separa lo que soy Yo ahora de lo que fui en el pasado... No, todavía más: era el sonido, y me he vuelto el signo de la nota en el papel... No, todavía más, todavía más...: ningún parangón te dirá este atroz abismo, del cual Yo mismo no alcanzo el fondo. ¿Es que acaso lo tiene? Piensa un poco. ¡Durante dos días, después de nuestra salida de Nueva York, he estado sufriendo el mareo! ¡Te parece a ti esto bufo, tú que estás acostumbrado a revolcarte en tus propias inmundicias! Pues bien: Yo, Yo... también me he sublevado. Pero no lo creía bufo. Tan sólo sonreí una vez cuando pensé que aquél no era Yo, sino Wunderhood, y he dicho: Tambaléate, Wunderhood, tambaléate!» Queda todavía una pregunta a la que esperas una respuesta: por qué haya venido Yo a la tierra, decidiéndome a un cambio tan poco ventajoso: de Satanás omnipotente, inmortal, señor y fuerte»,

cambiarme en hombre como tú. Estoy cansado de buscar palabras que no existen y te responderé en inglés, en francés, en italiano, en alemán, en una lengua que entendamos los dos bien: comenzaba..a aburrirme en el infierno, y he venido a la tierra para mentir y recitar.

El aburrimiento sabes lo que es, la mentira la conoces de sobra, y de la recitación te pueden dar una idea tus teatros y tus ilustres actores. Quizá tú mismo tengas tu miajita de recitación en el Parlamento, o en casa, o en la iglesia, y podrás comprender algo del goce que se experimenta recitando. Si todavía conservas en la mente la tabla de multiplicar, multiplica este éxtasis, este placer por cualquiera gran cifra, y el resultado será mi goce.

No, todavía más: imagina que es la onda del océano, eso es, esta que diviso a través del cristal, y que quiere levantar a nuestro ATLANTE... Pero no ceso de buscar palabras y comparaciones. Es que tengo, sencillamente, ganas de recitar. En este momento aun soy un artista desconocido, un modesto debutante; pero tengo la esperanza de llegar a ser no menos célebre que tu Harrich o tu Olridge cuan do recite lo que deseo. Soy orgulloso, lleno de amor propio y hasta quizá vanidoso... Tú conoces bien qué sea la vanidad; tú, que desees hasta las alabanzas y los aplausos de los tontos. Después, pienso temerariamente que soy genial—¡Satanás es conocido por su temeridad!—y, ahí tienes, se me ha hecho insoportable el infierno, donde toda esa canalla peluda y cornuda recita y miente casi tan bien como Yo. Los laureles infernales no me bastan, en los cuales, con perspicacia, descubro bajas Hisonjas y bufonadas poco comunes. Pero de ti he oído decir, mi terrestre amigo, que eres inteligente, bastante honesto, incrédulo en cierto modo, sensible a los problemas del arte eterno, y que recitas y mientes tan mal hasta el punto de ser capaz de apreciar en mucho una recitación de otro: no en balde en tu mundo abundan los grandes.

Y aquí estoy, ¿comprendes? Mi escenario será la tierra, y la decoración más próxima, Roma, adonde Me dirijo, la Ciudad Eterna», como la llamáis vosotros con vuestra profunda comprensión

de la eternidad y de las demás cosas sencillas. Aun no tengo formada una compañía—¿quieres acaso tomar parte?—, pero tengo fe en que el Destino o el Acaso, al que de aquí en adelante estoy sujeto, como todos en vuestro mundo terrestre, apreciará mis desinteresadas intenciones y Me enviará al encuentro dignos compañeros... ¡Es tan fecunda en talentos la vieja Europa! Confío también que encontraré en esta Europa espectadores lo suficiente sensibles por quienes valga la pena transformarse la cara y cambiar las mórbidas zapatillas infernales por los pesados coturnos. Para decir verdad, primero pensé ir a Oriente, donde, no sin éxito, tentó ya fortuna alguno de mis... compatriotas; pero Oriente es demasiado confiado y muy dispuesto a la coreografía, como también al veneno; sus dioses son deformes, huelen todavía a bestias atigradas; sus tinieblas y sus fuegos son bárbaramente groseros y demasiado vistosos para que valga la pena que un artista fino, como lo soy Yo, se aventure en un tan hediondo y estrecho teatro de saltimbanquis.

¡Oh amigo mío!, soy de tal modo vanidoso, que este diario comienza no sin una secreta intención de deslumbrarte..., a pesar de mi pobreza como buscador de palabras y metáforas. Espero que no hagas uso de mi franqueza, cesando de creerme.

¿Quedan aún más cosas por decir? De la representación no conozco exactamente el desarrollo.

Lo improvisará el mismo empresario que escogerá los actores—el Destino y Yo tendré una parte modesta, en principio: seré el hombre que ha empezado a amar tanto a los hombres que les quiere dar todo, alma y dinero. Espero que no habrás olvidado que soy millardario. Tengo tres mil millones. Verdad que son suficientes para producir una recitación de efecto?

Ahora, todavía un detalle, para terminar estas páginas: Conmigo viaja y comparte el destino cierto Erwin Toppy, mi secretario; es un personaje muy estimable, con chaquet y chistera, con una nariz péndulo semejante a una pera descomunal y con cara afeitada como un pastor. No Me maravillaría et encontrarle en el bolsillo un breviario. Toppy ha venido a la tierra desde el más allá, es decir, del

infierno; como Yo, se ha humanizado, con un éxito discreto. El muy tunante es completamente insensible a los cabeceos del buque. Claro que hasta para el mareo se requiere cierta inteligencia y mi buen Toppy es tonto de remate, hasta para aquí en la tierra. Además es muy tosco. Ya Me voy arrepintiendo de no haber elegido, de nuestra rica reserva, una bestia algo mejor; pero me sedujo su honradez y cierto conocimiento que tiene de la tierra. Era más agradable emprender este paseo con un compañero experto.

Hace ya tiempo tomó forma humana, y fué penetrado hasta tal punto de la idea religiosa que, ipásmate!, entró en un convento de frailes franciscanos y allí vivió hasta la vejez; murió bajo el nombre de fray Vicente. Sus restos han sido objeto de adoración por parte de los fieles. ¡No fué mala carrera para un diablo tonto! Ahora está en mi compañía, y cuando siente olor a incienso se le alegra el corazón. Verás cómo le tomas cariño.

Y por ahora basta. Anda, amigo mío. Quiero estar solo. Me irrita tu imagen reflejada sobre esta pared y quiero quedarme solo, o por lo menos con este Wunderhood que Me ha cedido su local estafándome. El mar está tranquilo. Ya no sufro náuseas como en los malditos días pasados; pero hay algo que me da miedo... Sí, tengo miedo. Probablemente me atemorizan estas tinieblas que vosotros llamáis noche y que se ciernen ahora sobre el océano.

Aquí al menos hay la claridad de la lámpara; pero más allá de esta sutil pared reina una obscuridad espantosa, contra la cual mis ojos resultan completamente impotentes. Estos estupidísimos espejos que no hacen mas que brillar, facultad que pierden también en la obscuridad, no valen para nada. Claro que llegaré a acostumbrarme hasta a la obscuridad. Me he habituado ya a muchas cosas; pero ahora me hace daño, me da miedo pensar que con una vuelta a la llave... me envolverían estas ciegas y siempre dispuestas tinieblas.

¿De dónde vienen ellas?

¡Qué valientes sois vosotros! Con esos pequeños y turbios espejos no veis nada, y decís sencillamente: «¿Está oscuro?, pues hay que

encender la luz. Después apagáis vosotros mismos, y os quedáis dormidos. He observado con cierto estupor y frialdad estas valentías y... Me he entusiasmado.

Es posible que para conocer el miedo sea necesaria una inteligencia demasiado vasta, como la mía.

Tú, Wunderhood, no eres tan cobarde; siempre has tenido fama de hombre experto y probado.

Sólo hay un momento de mi humanización que no puedo recordar sin horror: aquel en que sentí latir por primera vez mi corazón. Esta palpitación precisa, sonora, constante, que habla de la vida y de la muerte, Me ha dejado estupefacto, causán dome un miedo y una agitación jamás sentidos.

Vosotros colocáis contadores por todas partes en la electricidad, el agua, los coches de punto—; ¿pero cómo podéis llevar en vuestro pecho uno parecido, que hace desaparecer con la rapidez de un prestidigitador los instantes de la vida? En el primer momento quise gritar y pensé volver, allí ad precipicio, quedándome hasta que estuviese avezado a la nueva vida; pero después eché una mirada a Toppy. Este bobo, apenas acabado de nacer se limpiaba tranquilamente la chistera con la manga de la levita.

Entonces le grité como un energúmeno: —¡Toppy, el cepillo!

Y nos cepillamos los dos, y el contador de mi pecho contaba los segundos que transcurrían en la operación, y parece que contó algunos de más.

Después, escuchando el aburrido tic—tac he comenzado a pensar: ¡No me dará tiempo!» ¿Para qué no me dará tiempo? Yo mismo no lo sabía; pero durante dos días enteros me entregué locamente a beber, a comer y hasta a dormir: ¡no es verdad que duerme el contador mientras estoy echado como una masa inerte y duermo?

Ya no me apresuro más. Sé que tendré tiempo, mis segundos Me parecen inextinguibles; pero mi contador está trastornado por alguna cosa y alborota como un soldado borracho que bata un

tambor. ¡Pero cómo!... ¡Los minutos que anota ahora han de considerarse igualmente grandes? Entondes esto es una estafa. Yo protesto como ciudadano honrado de los Estados Unidos y como comerciante.

No Me encuentro bien. Ahora no rechazaría un amigo: probablemente son una gran cosa los amigos. ¡Ah, en todo el universo Me encuentro solo!

7 DE FEBRERO DE 1914.

Roma. Hotel Internacional.

Me enfurezco cada vez que Me toca coger el bastón de guardia y poner orden en mi cabeza: ilos hechos, a la derecha; las ideas, a la izquierda! ¡Paso libre a Su Majestad la Conciencia, que ya apenas cojea con sus dos muletas!

Pero no hay más remedio; si no, tendrían os la revolución, el clamor, la confusión, el caos. Por lo tanto, ¡orden, señores hechos y señoras ideas!

Doy comienzo.

Noche. Oscuridad. El aire es suave y tibio. Huele bien. Toppý olfatea con delectación, diciendo que esto es Italia.

Nuestro tren corre impetuoso y se acerca a Roma; estamos tumbados sobre los blandos cojines, cuando... *icrac!...*, y se va todo al diablo. ¿Es que se ha vuelto loco el tren? No, ha descarrilado. Sin rubor confieso—¡no soy un héroe!—que se apoderó de Mí el terror. La electricidad se apagó, y cuando con gran dificultad salí del ángulo obscuro adonde fuí lanzado no pude recordar por dónde estaba la salida.

' Por todas partes tabiques, ángulos, algo que golpea, se agita contra Mí. ¡Y todo esto en la obscuridad! De improviso me encuentro bajo las piernas un cadáver; le piso en la mismísima cara; después supe que se trataba de mi camarero Jorge, muerto del choque.

Grité, y Me socorrió mi invulnerable Toppy, cogiéndome de una mano y sacándome a través de la ventanilla abierta, pues las puertas estaban todas obstruidas por los escombros.

Salté a tierra, pero Toppy no estaba allí; mis rodillas comenzaron a temblar. Se sentía la respiración de Toppy como un gemido, pero él no aparecía. Me puse a dar grandes gritos. Al poco rato, he aquí que sale de una ventanilla: —¿Por qué grita? Estoy buscando nuestros sombreros y la cartera de usted.

En resumen, no pasó mucho hasta que Me entregó el sombrero, y luego salió él fuera con su chistera y mi cartera. Yo exclamé, sonriendo: n —¡Hombre, te has olvidado del paraguas!

Pero aquel viejo bufón no se dió cuenta de mi chanza y respondió con seriedad: ; —No lo llevábamos. ¿Sabe? Nuestro Jorge ha muerto y el cocinero también.

¡Entonces, aquella carroña que no sentía que pateaban su cara era Jorge! De nuevo se apoderó el miedo de Mí cuando a poco oí levantarse gemidos, lamentos, gritos salvajes, aullidos, todos EL DIARIO DE SATANÁS. los sonidos que salen de la garganta de un valiente cuando se ve perdido. Durante unos instantes permanecí como sordo, sin oír nada. Los vagones prendieron fuego, aparecieron las llamas y el humo, los heridos comenzaron a aullar más fuerte.

Sin esperar a que terminara el asado, la emprendí a correr por los campos, como loco. ¡Vaya carrera!

Afortunadamente, la ligera pendiente de las colinas es muy a propósito para este género de deporte; Yo me revelé como un corredor no de los peores.

Cuando, sin aliento, Me eché sobre una pequeña elevación del terreno, ya no se oía ni veía nada; tan sólo llegaban las lejanas pisadas de Toppy, quedado atrás.

¡Pero qué atroz cosa es ésta, el corazón!

Se me subió a la garganta de tal manera que tenía la sensación de poderlo escupir. Retorciéndome por la falta de respiración, apoyé tiernamente la cara contra la tierra: estaba fresca, sosa y tranquila; Me agradó; casi me devolvió la respiración; el corazón volvió a su sitio; Me sentí mejor. Y allá en lo alto seguían tranquilas las estrellas... ¡Pero qué podrá turbar a las estrellas?

En tan bellísimo festín, la tierra, amamantada de tinieblas, Me pareció una encantadora desconocida bajo un antifaz negro. (Noto que Me he expresado regularmente, y tú, lector, debes estar contento: ¡mi estilo y mis modales se perfeccionan!) Di un beso a Toppy en el sincipucio—Yo beso en el sincipucio a todas las personas que amo—y le dije: —Te has humanizado muy bien, Toppy. Posees mi estimación. ¿Qué hacemos ahora? ¡Es ése el resplandor de Roma? ¡Qué lejos! — Sí, es Roma confirmó Toppy, y alzó una mano. Escuchad, ¡silban!

¡Llegaban de la locomotora silbidos largos y lastimeros, como pidiendo auxilio.

—Silban—he dicho riendo.

—Silban—repitió Toppy sonriendo secamente.

El no sabe reír.

De nuevo Me sentí mal.

La fiebre y una angustia extraña me producían escalofríos y un temblor en la misma raíz de la lengua. Me turbaba el recuerdo de aquella carroña pisoteada y hubiera querido sacudirme como un perro después del baño. Hazte cargo: era la primera vez que Yo veía y sentía tu cadáver, mi querido lector; y dispénsame: la verdad, no me gustó.

¿Por qué no ha protestado, por qué no dijo nada cuando le pisé la cara? Jorge tenía una cara joven, hermosa, que llevaba con dignidad. Piensa que también tu cara será pisoteada por algún pie y no podrás decir ni pío.

Relatemos con orden. No nos dirigimos a Roma, sino que nos pusimos a buscar algún refugio más cercano.

' Anduvimos mucho. Nos cansamos. De buena gana hubiéramos bebido—¡ah con qué ansias deseábamos beber! —. Y ahora permite que haga la presentación de mi amigo el signor Tomás Magnus y de su bellísima, encantadora hija María.

Al principio no era mas que una lucecilla apenas visible, que atraía al caminante fatigado. De cerca era una casita solitaria que descollaba en la espesura de los altos cipreses y otros árboles. Sólo estaba iluminada una ventana; las demás tenían las persianas cerradas. Un recinto de piedra, una cancela de hierro, un portal pesado.

Y el silencio. A primera vista todo esto parecía algo sospechoso. Toppy golpeó la puerta: silencio, Después de largo rato golpeé Yo también: silencio.

Finalmente, una voz áspera preguntó, a través de la puerta de hierro: —¿Quién sois y qué queréis?

Moviendo apenas la árida lengua, mi valeroso Toppy narró la catástrofe y nuestra fuga; habló prolijamente, y al fin se sintió rechinar la cerradura y abrióse la puerta. En pos del austero y silencioso desconocido entramos en la casa, atravesamos una habitación oscura y silenciosa, salimos de allí por una escalera crujiente, y penetramos en un ambiente iluminado; al parecer, el estudio del desco, nocido. Había muchos libros, y uno de éstos yacía sobre la mesa, bajo la lámpara, cubierta de una pantalla verde. Aquélla era la luz que habíamos visto desde el campo.

Me sorprendió el silencio de la casa. A pesar de la hora, ya cerca de la mañana, no se oía un rumor, ni una voz, ni un ruido.

—Sentaos. Nos hemos sentado, y Toppy, enervado, comenzó de nuevo el relato; pero el extraño personaje le interrumpe otra vez, con indiferencia: —Sí, una catástrofe. Esto ocurre con frecuencia en nuestras vías férreas. ¡Muchas víctimas?

Toppy recomenzó desde el principio, y el anfitrión, escuchando distraídamente, sacó del bolsillo un revólver y lo dejó en el cajón de la mesa, explicando con negligencia: —Esta comarca no es del todo tranquila. Pues bien: me harán el honor de quedarse aquí.

Por primera vez alzó sus ojos, grandes y oscuros, apagados, casi sin luz, y los fijó con atención, como en una rareza de museo, en Mí y en Toppy, de los pies a la cabeza. Era una mirada inconveniente, insolente; Yo me levanté: Temo que estemos aquí de más, señor, y...

El me paró con un gesto lento y aire burlón: —Deje. Quédense. En seguida les traeré vino y algo de comer. La criada viene sólo por el día; yo mismo los serviré. Lávense y refresquen mientras voy por el vino; el baño está detrás de esa puerta.

En fin, estén como en su casa.

Mientras que bebíamos y comíamos con avidez, el extraño señor seguía leyendo su libro, con tal expresión en el rostro como si no hubiera nadie en la habitación, como si no estuviera allí Toppy haciendo gran ruido con la boca, sino un perro entretenido en roer un hueso. Yo me puse a observarlo bien. Alto, casi de mi estatura y mi talla, la cara pálida y cansada, con una barba de bandido, no gra como la pez, y una nariz..., ¿cómo diría?

—¡aquí me tenéis otra vez en busca de comparaciones!, una nariz que era la historia de una vida secreta, grande, apasionada, poco vulgar. Bella y como cortada por un buril finísimo, no parecía hecha de carne y cartílagos, sino..., ¿cómo explicarme?, de pensamientos y deseos audaces. A lo que parecía, itambién era un valiente! Pero sobre todo me chocaron sus manos grandísimas, muy blancas y serenas.

¿Por qué me quedé absorto? No lo sé; pero de pronto pensé: «Está bien que no sean aletas; está bien, y es maravilloso que

tengamos justamente diez dedos: justo, diez dedos finos, malos, inteligentes y malignos.

Le dije cortésmente: Muchas gracias, señor...

—Me llamo Magnus. Tomás Magnus. Beban más vino. ¡Americanos?

Esperaba que Toppy Me presentase, según la costumbre inglesa, y miraba a Magnus. Hacía falta ser una bestia analfabeta y no haber leído ni siquiera un periódico inglés, francés o italiano, para no saber quién era Yo.

—Míster Henry Wunderhood, del Illinois, y su secretario Erwin Toppy, vuestro humilde servidor.

Sí, ciudadanos de los Estados Unidos.

El viejo bufón pronunció su parrafada no sin orgullo, y Magnus se inmutó un poco. ¡Los millares de millones, amigo mío, los millares de millones!

Me miró largo rato fijamente. Míster Wunderhood? ¿Henry Wunderhood?

Entonces es usted, señor, ese americano millardario que quiere colmar de beneficios a la humanidad con sus millones?

Afirmé con la cabeza: —Yes, nosotros.

Magnus se inclinó ante los dos y con tono insolente nos dijo: —La humanidad le espera, míster Wunderhood.

A juzgar por los periódicos romanos, está llena de impaciencia. Les ruego que me dispensen la modesta cena: no sabía...

Con franca sinceridad cojo su mano, extrañamente caliente, y la estrecho con fuerza, a la americana: —Déjese, señor Magnus. Antes de ser millardario fuí guardador de puercos; usted es un caballero recto, honrado y noble, del que tengo en gran estima estrechar la mano. El diablo lo sabe: hasta aquí ninguna cara ha despertado en Mí... tanta simpatía como la suya.

Entonces dijo Magnus... ¡Nada! ¡Magnus no dijo nada! No, no puedo decir así: «Yo dije», «él dijo». Esta maldita sucesión mata mi inspiración: me estoy haciendo un novelista mediocre de periódico popular y miento como un hombre nulo.

Poseo cinco sentidos, soy un hombre completo y hablo como si sólo tuviera el oído. ¿Y la vista?

Creedme, no está ociosa. ¿Y este sentido de la tierra, de Italia, de mi existencia, que experimento con una fuerza nueva y dulce?... ¿Crees que no he hecho otra cosa mas que escuchar al inteligente Tomás Magnus? El habla y Yo le miro, comprendo, respondo, y al mismo tiempo pienso: «¡Cómo huele la tierra y la hierba del campo!» Además, he vuelto a tratar de penetrar en toda la casa con el sentimiento (¿se dice así?); en las habitaciones silenciosas y apartadas. Me parecían misteriosas... Y cada vez más Me alegraba de estar vivo, poder hablar, poder recitar cuanto quisiera...

Y de un golpe Me gustó ser hombre.

Recuerdo que de pronto di mi tarjeta de visita a Magnus: Henry Wunderhood». El se maravilló y no ha comprendido; pero puso cortésmente la tarjeta encima de la mesa. Me dieron ganas de besarle en el sincipucio por esta cortesía suya: porque es hombre y Yo también, Yo, lo soy. Una vez más Me ha agradado mi pie en el zapato de color, e imperceptiblemente lo he columpiado: tú también, americano, columpia este bellissimo pie humano.

Esa noche he estado muy sensible. Me entraron ganas, hasta cierto punto, de llorar. Mirar fijamente en los ojos de mi interlocutor y exprimir dos pequeñas lágrimas de mis buenos ojos, abiertos, llenos de amor...

Me parece que lo hice, pues sentí en la nariz un picor agradable, como de agua efervescente. Y en Magnus mis dos pequeñas lágrimas, apenas notadas, hicieron una impresión maravillosa.

¡Pero Toppy!... Mientras vivía Yo este estupendo poema de humanización y lloraba, él estaba borracho como un bobo en la

misma mesa a que nos habíamos sentado. ¿Quizá estuviera demasiado humanizado? Quise encolerizarme, pero Me contuve.

—Su amigo está sobreexcitado y fatigado, míster Wunderhood.

Además, se había hecho muy tarde.

Habíamos conversado y discutido calurosamente con Magnus durante más de dos horas, cuando hice esto: mandar a Toppy a la cama. Continuamos todavía bastante tiempo bebiendo y fumando.

El vino era Yo quien casi exclusivamente lo bebía, mientras Magnus se mostraba reservado, casi hosco; cada vez me agradaba más su austero semblante.

Con tono maligno y seco Me decía: —Creo en vuestro impulso altruísta, míster Wunderhood. Pero no creo que usted, inteligente, hombre de negocios..., por lo tanto frío, a mi parecer, pueda fundar ninguna esperanza seria en su dinero...

Tres millares de millones son una fuerza inmensa, Magnus.

—Sí, tres millares son una fuerza inmensa, estoy de acuerdo dijo tranquilamente, a regañadientes, Magnus. ¿Pero qué puede usted hacer con ellos?

Me eché a reír.

—Lo que usted quiere decir es qué puede hacer con ellos este ignorante americano, este antiguo guardador de puercos, que conoce mejor los cerdos que a los hombres...

— Un conocimiento ayuda al otro. este insensato filántropo, al que se le ha subido el oro a la cabeza como la leche al ama de cría. Sí, cierto, ¿qué puedo hacer Yo? ¿Otra Universidad en Chicago? ¿Un nuevo hospital en San Francisco? ¿Otra cárcel humanitaria, un correccional en Nueva York?

En verdad que ésta última sería una buena obra para la humanidad. No me mire con ese aire de reproche, míster Wunderhood, no es broma.

En mí no encontraréis ni una brizna de... ese amor infinito por los hombres que tan luminosamente arde en usted.

El, con insolencia, jugaba conmigo. ¡Yo le daba tanta pena! ¡No amar a los hombres! ¡Infeliz Magnus! De buena gana le habría besado en la nuca.

¡No amar a los hombres!...

—Sí, no los amo—confirmó Magnus—. Pero me agrada que no tengáis intención de seguir los vulgares derroteros trazados por todos los filántropos americanos. Sus millares de millones...

—Tres millares, Magnus. Con ese dinero se puede crear un nuevo estado...

—¡Sí?

—O destruir uno viejo. Con este oro se puede desencadenar la guerra, la revolución...

—¡Sí?

Esto al menos consiguió conmoverle; tembló su grande y blanca mano y en sus ojos oscuros leí un cierto respeto: —Pero sabe, Wunderhood, que no es usted tan tonto como he creído al principio? Se levantó, y después de haber recorrido una vez la habitación, se paró delante de mí y me preguntó en tono burlón, bruscamente: —¿Y sabe usted con precisión qué cosa necesita la Humanidad? ¿De la creación de un nuevo estado o de la destrucción del viejo? ¿De la guerra o de la paz? ¡De la revolución o del orden? ¿Quién sois vos, míster Wunderhood, del Illinois, que asumís la solución de dichos problemas? Me equivoqué: construir el hospital y la universidad en Chicago...

Es menos peligroso.

Me agradó la insolencia de ese hombre. Bajó con modestia la cabeza y dije: —Tiene usted razón, señor Magnus. ¿Quién soy Yo, Henry Wunderhood, del Illinois, para resolver tales problemas? Pero Yo no los resuelvo. Sólo me los planteo, y busco la solución; busco la

solución y al hombre que Me la dará. Soy un estúpido ignorante. Fuera del libro Mayor no he leído ningún libro, y veo que existen bastantes. Es usted misántropo, Magnus; como europeo que es, no puede menos de estar desilusionado en todo campo; y nosotros somos la joven América, itenemos fe en los hombres! El hombre hay que hacerlo. Vosotros, en Europa, sois malos artífices; habéis hecho un hombre pésimo; nosotros haremos uno bueno. Perdonad mi rudeza: hasta aquí, Yo, Henry Wunderhood, he hecho puercos, y mis puercos, lo digo con orgullo, tienen tantas condecoraciones y medallas como pueda tener el mariscal Moltke; pero ahora quiero hacer hombres... Magnus sonrió: — Es usted alquimista, Wunderhood: coge el plomo y quiere transformarlo en oro.

—Sí, quiero hacer el oro y buscar la piedra filosofal. ¿Pero es que acaso no ha sido encontrada ya?

Se encontró, pero vosotros no sabéis utilizarla: y es el amor. ¡Ah Magnus! Yo mismo no sé lo que haré; pero mis designios son vastos y... casi diría majestuosos, si no fuese por esa sonrisa vuestra de misántropo. Empezad creyendo en el hombre y ayudadme. Usted sabe lo que el hombre necesita.

Respondió fríamente: — Necesita la cárcel y el patíbulo.

Yo exclamo indignado (la indignación es lo que mejor me sale de todo): — Cállese, Magnus. Veo que ha sufrido alguna profunda herida, quizá una traición, y...

— Pare el carro, Wunderhood. Jamás hablo de mí mismo, ni me gusta que hablen los demás. Bástele saber que en cuatro años es usted hoy el primero que turba mi soledad, y eso por casualidad.

No amo a los hombres.

—¡Oh, perdone, pero no creo...!

Magnus se acercó a la estantería de libros y, con una expresión de desprecio y cierta repugnancia, cogió con su mano blanca un volumen cualquiera.

—Usted, que no ha leído libros, ¿sabe de qué tratan éstos? Sólo de las maldades, de los errores de los hombres. Son lágrimas y sangre, Wunderhood.

Mire, sólo en este sutil librito que tengo entre los dedos está contenido todo un océano de sangre humana; y si los examináis todos... ¿Quién ha derramado esta sangre? ¿El diablo?

Me sentí lisonjeado y de buena gana me hubiera inclinado; pero él tiró indignado el libro y gritó: —No, señor: el hombre. La ha derramado el hombre. Sí, leo estos libros, pero sólo con el objeto de aprender a odiar y a despreciar al hombre. Usted ha transformado sus puercos en oro y ya estoy viendo cómo este oro se transformará de nuevo en puercos: le destrozarán, Wunderhood. Pero yo no quiero ni devorar ni mentir: arroje al mar su dinero; o bien... construya cárceles y patíbulos.

Es usted ambicioso, como todos los filántropos.

Pues bien: construya patíbulos. Los hombres serios le estimarán y la grey le llamará grande. ¿O quizá usted, americano del Illinois, no quiere tener un puesto en el Panteón?

Pero Magnus...

—La sangre, ¿es que no ve la sangre por todas partes? Mire, ahí la tiene ya en sus zapatos.

Confieso que a estas palabras del loco—tal me pareció en aquel momento Magnus—retiré mi pie, sobre el que advertí una mancha roja oscura...

¡Qué espanto!

Magnus sonrió y, recobrado el dominio sobre sí mismo, continuó, frío y casi indiferente: —Le he horrorizado involuntariamente, mister Wunderhood. ¡Bobadas! ¡Probablemente habréis pisado algo... con el pie! Esto son tonterías. Me enardeció demasiado ese tema, que no he tocado desde hace años, y... ¡Buenas noches, mister Wunderhood! Mañana tendré el honor de presentarle a mi hija. Y ahora, permítame...

Y así sucesivamente. En una palabra, que este señor, de la manera más cortés me llevó a mi cuarto y casi me zambulló en la cama. Pero no protesté; ¿para qué? Tengo que decir que en aquel momento no me agradaba él gran cosa. Hasta me alegré que se marchara, cuando de repente, precisamente al lado de la puerta, se para y, dando un paso atrás, Me extiende bruscamente sus manos, grandes y blancas, murmurando: —¿Ve usted estas manos? ¡Están empapadas de sangre! Sangre de un infame verdugo, de un tirano, pero por eso no menos roja sangre humana. Adiós...

Me echó a perder toda la noche. Juro por la salvación eterna que me sentí satisfecho de ser hombre: Me encontraba bien instalado, como en mi casa, en la estrecha piel. Me aprieta un poco debajo de las axilas; la compré en un bazar de ropa hecha y parece cortada por el mejor sastre. Me mostré sentimental; estaba muy gentil y bueno; quería recitar mucho; pero, a decir verdad, no estaba dispuesto a la tragedia, a una tragedia tan intensa.

¡La sangre! Pero no se debe poner en las narices de un caballero apenas conocido las manos blancas...

Todos los verdugos y tiranos tienen las manos blancas.

No creáis que bromeo. Me he sentido muy mal.

Sí, ahora, de día, logro vencer a Wunderhood, pero por las noches él es quien gana la partida. Puebla las tinieblas de mis ojos con sus estupidísimos sueños y agita el polvo de su archivo... Y qué inicuamente idiotas y absurdos son sus sueños. Toda la noche Me trata en amo, como un señor que vuelto a casa mira todo con repugnancia, busca algo, se lamenta de los gastos y de las cosas perdidas, gime como un avaro y se revuelve como una ramera que no logra dormir en su viejo catre. Es él quien todas Me sumerge, como en la húmeda arcilla, en la profundidad de esta asquerosa humanización en que me ahogo. Todas las mañanas, apenas despierto, me doy cuenta de que en la humanización la esencia wunderhoodiana ha aumentado en un diez por ciento... Reflexiona: un paso más, y me pondrá sencillamente en la cochina calle; ¡él,

mísero propietario de una cueva vacía a la que Yo he traído la respiración y el alma!

Como un ladrón apresurado me he metido en un traje de otro, con los bolsillos llenos de letras...

No, todavía peor. Este no es un traje estrecho, es una baja, oscura y sofocante prisión, en la cual ocupo un puesto más pequeño que el gusano de la solitaria ocupa en el estómago de Wunderhood.

Lector querido, tú estás metido desde tu tierna edad en una prisión semejante y ¡hasta has llegado a tomarle gusto! Pero Yo... ¡Yo vengo del reino de la libertad! No quiero ser el gusano solitario de Wunderhood. Un solo sorbo de este excelente cianuro de potasa, y ¡otra vez libre! ¿Qué dirá entonces ese bribón de Wunderhood? Pero sin Mí pronto te devorarían los gusanos; pronto harías pedazos las costuras..., abominable carroña. ¡No me toquéis!

Y sin embargo estuve toda la noche bajo el poder de Wunderhood. ¿Qué me importa la sangre humana? ¿Qué me importa esta líquida realidad de vuestra vida? Pero las palabras del loco agitaron a Wunderhood. De repente observo—¡fíjate bien! que estoy todo lleno de sangre como una vejiga de buey; y ésta es tan sutil y poco resistente que no se puede pinchar sin que derrame. Pincha aquí: comienza a chorrear sangre; toca allá, y la verás salpicar.

En cierto momento pensé con terror que Me cortarían el cuello en esta casa, degollándome y colgándome por los pies para hacer caer toda la sangre. Yaciendo inmóvil en la oscuridad he escuchado atentamente, como para sentir llegar a Magnus con sus manos blancas. Y cuanto mayor era el silencio en aquella casa maldita, tanto más se apoderaba el miedo de Mí. Me contrariaba bastante que Topsy no roncase, como de costumbre.

Después comencé a sentir dolores por todo el cuerpo. Debían ser las contusiones producidas por el desastre, o quizá el esfuerzo de la carrera. Empecé a rascarme por todo el cuerpo como un perro; me rascaba hasta con los pies. ¡Ya pareció el bufón en la tragedia!

De improviso Me cogió el sueño por los pies, y tiraba tan velozmente que no me dió tiempo, a abrir la boca. He aquí las tonterías que vi—¿tienes tú sueños semejantes?—: Me parecía que era una botella de champaña, con un cuello fino y la ca beza atada; pero no estaba lleno de vino, ¡estaba lleno de sangre! Otros hombres semejantes a botellas embreadas estaban conmigo yaciendo en hileras ordenadas sobre una playa. Y llega allí alguno que nos mete miedo porque quiere hacernos pedazos.

Y he aquí que encuentro Yo todo esto muy estúpido y quiero gritar: «¡No nos haga pedazos; coja un sacacorchos y destápenos!»» Pero Me falta la voz: soy una botella. Después aparece de pronto Jorge, el camarero muerto. Trae un enorme sacacorchos en la mano y, diciéndome algo, Me agarra por el cuello..., ¡oh, por el cuello!...

Me desperté con un fuerte dolor en la nuca: probablemente intentó realmente destaparme. Mi desén fué tan grande que no sonreí; ni siquiera suspiré ni Me moví.

Lo único que hice fué, tranquila y sencillamente, vencer otra vez a Wunderhood. Apreté los dientes, dotuve y serené Mi mirada, estiré los miembros en toda su longitud, y serenamente me tranquilicé en la conciencia de Mi gran «Yo». El océano podría haberse lanzado sobre Mí, que no hubiera pestañeado. ¡Basta! ¡Hale, hale, querido amigo!; quiero estar solo...

Y el cuerpo se ha calinado, vuelto el color y ahuecado y lleno de aire de nuevo. Con paso ligero lo he abandonado, y apareció a mi intencionada mirada lo sobrenatural», ¡eso que es inexpresable en tu idioma, mi pobre amigo! Baste a satisfacer tu curiosidad el extraño sueño que tan fielmente te he relatado, y no pidas más. ¿O es que no tienes EL DIARIO DE SATANÁS. bastante con el inmenso «sacacorchos», que no es muy... artístico.

A la mañana siguiente Me sentí sano, fresco, hermoso, y deseaba ardientemente recitar como un actor acabado de caracterizarse. Claro está que no olvidé afeitarme; este canalla de Wunderhood se recubre de cerdas lo mismo que sus puercos producen oro. Me

lamenté de esto a Toppy mientras paseábamos por el jardincito esperando a Magnus, que aun no había aparecido. Toppy, después de pensar sobre el asunto, respondió, filosóficamente: —Sí, el hombre duerme y su barba crece, crece..

Es preciso que así sea, para los barberos.

Apareció Magnus. No se mostró más afable que ayer. Tenía en la cara señales evidentes de cansancio; pero estuvo tranquilo y cortés. ¡Qué negra aparecía su barba de día!

Con fría cortesía estrechóme la mano y dijo (estábamos sobre un alto muro de piedra): —Admire la campiña romana, míster Wunderhood. ¡Maravilloso espectáculo! Se dice que la campiña romana es peligrosa por sus fiebres; pero la única fiebre que produce es la del pensamiento!

Evidentemente mi Wunderhood permanecía bastante indiferente ante los espectáculos de la Naturaleza y no le sacaba el gusto a la contemplación del paisaje. El campo desierto se me presentaba sencillamente como un campo desierto. Paseé, por cortesía, una mirada sobre la tierra inculta y exclamé: —Me interesan más los hombres, señor Magnus. El, fijando atentamente en mí sus ojos oscuros, en voz baja pronunció secamente, recreándose: —Dos palabras sobre los hombres, míster Wunderhood. Inmediatamente va usted a ver a mi hija María: eso son tres millares de millones. ¡Comprende?

Moví afirmativamente la cabeza.

— Ese oro no lo produce vuestra California ni ningún país de la tierra. Este es oro del cielo. Soy un descreído, y sin embargo, míster Wunderhood, me asalta la duda cuando tropiezo con la mirada de mi María. Ahí tenéis las únicas manos a las que podríais confiar vuestros millones...

Como soy un viejo solterón, llegué hasta tener miedo; pero Magnus continuaba severamente y con solemnidad: —Pero no los tomaría. Sus tiernas manos jamás deben conocer estas doradas inmundicias. Sus purísimos ojos no verán otro espectáculo que este

de la campiña sin confines y sin pecados. Este es un convento, míster Wunderhood, y su única salida será para el reino ultraterrenal, si es que existe.

— Dispense, pero no comprendo Yo eso, querido Magnus comencé a decir, protestando jocosamente. La vida y los hombres...

El semblante de Tomás Magnus se tornó maligno, como ayer, y me interrumpió, con tono socarrón: — Pues le ruego que comprenda, querido Wunderhood. La vida y los hombres no son para María...; le basta con lo que yo soy de vida y hombre. Era mi deber prevenirle; y ahora—recobrando de nuevo el tono de fría cortesía—le ruego: la mesa nos espera. ¡A la mesa, míster Toppy!

Comenzábamos ya a comer, charlando de bagatelas, cuando entró María. Entró por una puerta colocada a mi espalda, de forma que tomé sus leves pasos por los de la criada que servía la mesa. Pero me llamó la atención el narigudo Toppy, que estaba sentado frente a Mí, pues se puso de pronto amoratado como si se ahogara, y, a lo largo del cuello, la nuez de Adán iba de aquí allá, hasta que desapareció dentro del estrecho cuello de pastor. Me figuré que se habría atragantado con alguna espina de pescado, y grité: —¿Qué te pasa, Toppy? Bebe agua.

Ya Magnus se había levantado, y pronunció fríamente: —¡Mi hijita María! ¡El señor Henry Wunderhood!

Me incliné con desenvoltura y... ¿cómo expresar lo que es indeciblemente excepcional? Era más que maravillosa: era espantosa en su belleza perfecta.

No quiero buscar comparaciones. Encuéntralas tú mismo. Coge todo lo bello que conozcas en la tierra: el lirio, la estrella, el sol. Júntalo todo: ¡pues aún más! Esto no era lo espantoso, sino otra cosa: un extraño y chocante parecido con alguien... ¡Con quién? ¡Que se lo lleve el diablo!... ¿Quién he visto Yo en la tierra de una belleza tan maravillosa y terrible, terrible e inaccesible para una criatura terrestre?

Conozco ya todo tu archivo, Wunderhood; pero ¡no forma parte de tu mísera galería! ¡Virgen!—murmura tras de Mí, con voz asustada, Toppy.

¡Eso mismo! Sí, Virgen; este bobo tiene razón, y Yo mismo, Satanás, comprendo su espanto. La Virgen que ven los hombres sólo en la iglesia, en los cuadros, en las imágenes de los pintores creyentes. María, cuyo nombre suena tan sólo en las plegarias y en los cantos sagrados; la belleza divina, la misericordia infinita, el infinito amor, ¡la estrella del mar! ¿Te gusta este nombre? ¡Estrella del mar!

¿Te atreverás a decir que no?

Yo estuve diabólicamente ridículo.

Me he inclinado profundamente y faltó poco —obsérvalo bien, ¡poco!—para que dijera: ¡Señora! Le pido perdón por mi presencia; pero, en verdad, no esperaba encontrarla aquí.

Le pido mil perdones; pero no Me hubiera podido imaginar que este original de la barba negra tuviera el honor de llamarle hija. Le vuelvo a pedir perdón...» ¡Basta! Hablé de una manera bien distinta: —Buenos días, señorita. ¡Muy complacido!

Pero ella no pareció reconocerme. Es preciso respetar el incógnito, si se quiere ser un perfecto caballero; sólo un bellaco se permite arrancar la máscara a una dama... Tanto más cuanto el padre, Tomás Magnus, continuaba sirviendo a los convidados con ironía: — ¡Pero coma, mister Toppy! No bebe usted nada, mister Wunderhood. El vino es excelente.

En seguida pude notar: Que respira. Que mueve las pestañas. Que come.

Y que es una bella mocita de diez y ocho años, vestida con una bata blanca que deja desnudo su cuellecito.

Todo Me parecía cómico. Deslizaba bravamente frases necias en la negra barba de Magnus y al mismo tiempo pensaba en otra cosa. Observaba la blanca nuca y..., créeme, terrestre amigo: no es que

sea un seductor ni un jovenzuelo fácil de inflamarse, como los diablos» que tú prefieres; pero todavía estoy lejos de ser un viejo; soy así, así», tengo una posición independiente en el mundo y ¿no te va esta combinación?: Satanás y María, María ¡y Satanás!

Como prueba de la seriedad de mis intenciones, diré que andaba pensando en nuestra descendencia y en un nombre para nuestro primogénito, en vez de abandonarme a la vulgar frivolidad. Yo no soy un insensato, ni mucho menos.

En poco tiempo Toppy ha paseado aquí y allá su nuez de Adán, y acabó por informarse, con voz ronca: —¿Ha pintado alguien su retrato, señorita?

—María no se deja retratar por los pintores—respondió ásperamente Magnus.

Y Yo hubiera querido reír de la estupidez de Toppy, y ya me disponía a abrir mi boca, dotada de espléndidos dientes americanos, cuando la mirada pura de María penetró en mis ojos, y se lo llevó todo el diablo, como en el momento de la catástrofe ferroviaria. Comprende: me ha vuelto del revés como a un calcetín... o, ¿cómo diría Yo?, mi excelente traje parisino; se metió dentro, y mis todavía más excelentes pensamientos, que ciertamente no hubiera querido comunicar a la dama, de improviso salieron todos fuera. A pesar de todos mis secretos, me he vuelto no menos reservado que un número del New—Herald de quince céntimos.

Pero ella no lo ha tomado a mal, y no dijo nada, y su mirada, semejante a un reflector, se ha marchado a otra parte, en la obscuridad: a iluminar a Toppy.

No; empezarías también aquí a reírte viendo cómo se inflaman y se iluminan las míseras vísceras de este viejo y tonto diablo...: desde el breviario a la espina de pescado que se le atragantó.

Para fortuna nuestra, Magnus se levantó y nos invitó a pasar al jardín: —Pasemos al jardín—dijo—. María les enseñará sus flores.

¡Sí, María! ¡No esperes de Mí himnos sagrados, oh poeta! Me puse tan furioso como un hombre a quien han robado la caja de caudales. Quería admirar a María, y en su lugar estaba forzado a mirar estupidísimas flores, ya que no osaba alzar los ojos. Soy caballero y no puedo comparecer ante una dama... ¡sin corbata! Y cuando encontraba su mirada, entonces mis pobres modestos pensamientos, mis pequeños gentiles pensamientos, ¡oh cómo replegaban la cola, su pequeña colita! Me impregnaba por entero de humildad, y mi ingenioso disfraz se desvanecía irresistiblemente, como el colorete de un artista sudoroso. Amigo, ¿eres humilde?

Yo no.

No sé lo que decía María. Pero juro por la salvación eterna que su mirada y toda su figura, no vulgar, era la encarnación de un sentido de tan absoluta comprensión que cualquier palabra sabia se convertía en una absurdidad. La cordura de las palabras es sólo necesaria a los pobres de espíritu; los ricos, por el contrario, son silenciosos, obsérvalo bien, poetilla, sabio y eterno chismoso de todas las encrucijadas. Debe bastarte que Yo me haya rebajado hasta a las palabras.

¡Ah, pero Me había olvidado de mi humildad!

Ella andaba y Yo y Toppo nos arrastrábamos detrás de ella, y Yo me odiaba a mí mismo, odiaba a Toppo por su ignominiosa nariz pendularia y por sus muelles orejas. Hubiera hecho falta un Apolo, por lo menos, y no un par de americanos y, para más, actores de una pantomima.

¡Qué bien nos produjo el que se marchara ella y nos dejara solos con Magnus! Magnus ¡es tan gentil y sencillo! Toppo paró de esparcir religiosamente incienso como un sacristán cualquiera.

Yo pongo una pierna sobre otra, enciendo un cigarro y lanzo mi mirada de acero afilado justamente en las pupilas de Magnus. ¿Pero qué me encuentro?: el vacío o una coraza parecida a la Mía.

—Debe usted ir a Roma, mister Wunderhood; estarán intranquilos por usted—dijo tranquila mente Magnus con cortesía. Yo puse aún

más intensidad en mi mirada.

—Sí, pero puedo enviar a Toppy...

Magnus sonrió con insolencia.

—No le va a servir de nada, míster Wunderhood.

Busco con los ojos la gran mano blanca para estrecharla amigablemente; pero la mano está lejos y no muestra ninguna intención de acercarse. No obstante, me apodero de ella, la estrecho y obligo a Magnus a responderme con un apretón.

—Está bien, señor Magnus, me marcharé en seguida. Ya he mandado a buscar el coche.

—¡Qué hermoso está el campo, ino es verdad?, bajo este sol de mediodía!

Miro otra vez la tierra inculta y, con sentimiento, confirmo: —Sí, maravilloso. Erwin amigo, déjanos por un minuto: necesito decir dos palabras al señor Magnus.

Toppy ha salido, y el señor Magnus ha desenvainado los ojos, en verdad nada alegres, probando el acero de su mirada. Yo me he inclinado sobre su cara hosca y pregunté: —No ha notado, querido Magnus, cierta gran semejanza entre su hija, la señorita María, y una..persona muy conocida? ¡No le parece que se asemeja a la Virgen?

—Virgen?...—pronuncia lentamente Magnus, así como para envolverme todo con esta palabra—.

No, querido Wunderhood, no lo he notado. No frecuento las iglesias... Temo que se haga tarde para su marcha. La fiebre romana... Yo agarro nuevamente la gran mano blanca y la estrecho con violencia... Apuntan de nuevo a mis dos buenos ojos aquellas dos lagrimuchas...

— Hablemos francamente, señor Magnus. Soy un hombre leal, y empiezo a amarle. ¿Quiere venir conmigo y ser el administrador de mi fortuna?

Magnus callaba. Su mano permanecía inmóvil en la mía. Sus ojos hoscos se bajaron y sobre su cara cálida pasó algo que ha desaparecido; al fin dijo, severamente y con sencillez: —Le comprendo, míster Wunderhood. Pero tengo que responderle con una negativa. No, no iré con usted. Todavía no le he dicho una cosa; pero su rectitud y confianza me obligan a ser franco.

Yo debo, en cierto modo, esconderme de la policía...

—¿Romana? ¡La compraremos!

— No; más bien... internacional. Claro que no se figure que he cometido algún delito ignominioso—so... Sí, está bien. Pero no se trata de la policía; ésta se la puede comprar. Tiene usted razón, mister Wunderhood: todos los hombres se venden.

Pero lo principal consiste en esto: en que no puedo serle útil. ¿De qué puedo servirle? Usted ama a la humanidad, yo la odio; en el mejor caso, me es indiferente. ¡Que viva y que me deje vivir! Déjeme mi María, déjeme el derecho y la fuerza de odiar a los hombres leyendo la historia de sus vidas, déjeme esta campaña, y esto es todo lo que quiero... ¡y de lo que soy capaz! Todo mi aceite se ha quemado ya, Wunderhood: ante usted está una lámpara apagada, un muro desnudo sobre el cual una vez... ¡Adiós! No, sea franco, Magnus...

—Dispense, pero jamás lo podrá conseguir. Mi nombre es imaginario..., es el único que puedo proponer a mis amigos.

Diré la verdad: en aquel momento «Tomás Magnus» me ha agradado. Hablaba con audacia y sencillez; en su severo semblante se leían la firmeza y la voluntad. Este hombre conocía el valor de la vida humana y tenía el aspecto de un condenado a muerte, de un condenado orgulloso que no se reconcilia, que rechaza el último auxilio del cura.

Hasta cruzó por mi mente una hipótesis: el Padre mío tiene muchos hijos naturales desheredados que vagan ociosamente por el mundo: ¿no sería Tomás Magnus uno de estos vagabundos? ¿Será posible que encuentre Yo en la tierra un hermano? ¡Sería muy

interesante! Pero aun desde el punto de vista humano del asunto no puede menos de estimarse a un hombre cuyas manos están ensangrentadas.

Saludo inclinándome, cambio de postura y, con el tono más modesto, pido permiso a Magnus para volver de cuando en cuando por consejos. Duda ól un poco; pero después Me mira a los ojos y expresa su consentimiento: —Está bien, míster Wunderhood, venga. Espero oír de usted cosas muy interesantes, que substituirán en parte a mis libros. El señor Toppy ha agradado mucho a mi María...

Toppy?

—Sí; le encuentra ella cierta semejanza a un santo; María va con frecuencia a la iglesia, míster Wunderhood.

—Toppy un santo?

Magnus Me mira casi tiernamente; sólo su nariz fina se estreinece ligeramente, como por una risa contenida... Da gusto que tras esta severidad exterior se esconda tanta alegría tranquila.

Ya empezaba a anochecer cuando partimos. Sólo nos acompañaba Magnus. María no había salido.

La blanca casa, tras de los cipreses, estaba, como la noche anterior, tranquila y silenciosa; pero Yo veía esta quietud diversamente: ésta era el alma de María.

Diré, en verdad, que Me entristeció marchar; pero pronto me cogieron y distrajerón otras impresiones: empezábamos a entrar en Roma.

A través de una brecha practicada en un gran muro abocamos a una calle poblada e iluminada; a través del mismo muro penetraban los coches del tranvía, estridentes y gimiendo.

Toppy, que conocía Roma, husmeaba encantado hacia toda masa oscura de iglesia, y con sus largos dedos Me indicaba las ruinas de la vieja Roma incrustadas en las paredes inmensas y lisas de las

casas nuevas, como si el presente hubiese bombardeado la ciudad con los proyectiles del pasado, clavándolos en los ladrillos.

Aquí y allá negreaban montones de estas antigüedades. Desde un bajo parapeto de piedra entrevimos una fosa oscura y no muy profunda, y un gran arco triunfal ahondado en tierra. «¡Forum!», pronuncia solemnemente Toppy; y el cochero, en el pescante, agita afirmativamente la cabeza, cubierta con un sombrero arrugado.

A cada nuevo montón de ladrillos viejos y restos mi originalísimo Toppy se inflaba de importancia, y Yo echaba de menos mi alta Nueva York y hacía la cuenta de los carros de inmundicia que harían falta para sacar en una sola mañana toda la vieja Roma. Cuando comuniqué esto a Toppy éste se mostró muy ofendido y respondió secamente: No entiende usted de esto ni palabra. Mejor es que cierre los ojos y piense solamente que está en Roma.

Así lo hice, y Me persuadí una vez más de que la vista es un gran obstáculo para la inteligencia, como también el oído: no en balde los sabios son casi todos ciegos y el mejor músico del mundo era sordo.

Apenas comencé a olfatear el aire a la manera de Toppy, penetró Roma mucho mejor a través de mi nariz, con su historia tremendamente larga y extraordinariamente curiosa: una vieja hoja marchita huele con más fuerza e intensidad que una joven y verde. ¡Me querrás creer? Al pasar por cierto sitio sentí distinto el olor a Nerón y a sangre.

Y cuando, extasiado, abrí los ojos percibí ¡un vulgar puesto de periódicos y un quiosco de refrescos y limonadas!

—Y bien, ¿cómo le va?—mugió Toppy, siempre descontento. ¡Huele!

—Y se comprende que huela. Cada día olerá más; es un fuerte perfume viejo, míster Wunderhood.

Y en verdad que olía cada vez más fuerte, y no sé encontrar símiles; todas las moléculas de mi cerebro empezaron a agitarse y a zumbar como avispa empujadas por el humo.

Es extraño; pero en el archivo de este absurdo Wunderhood parece también se halla Roma; quizá hasta provenga él de estos lugares. Al menos, en una plaza bulliciosa percibí distintamente el olor de alguno de mis parientes, y pronto Me persuadí perfectamente de que Yo había caminado por estas mismas vías otra vez. ¡Pero será posible que me haya dado la idea de humanizarme en otro tiempo, como le ha sucedido a Toppy? Las avispas zumbaban cada vez más, toda mi colmena se revolvía, y de un golpe mil rostros, morenos y blancos, bellos y espantosos, comenzaron a arremolinarse a mi alrededor, y me ensordecieron miles de voces, rumores, gritos y risas. No, ya no era una colmena: era una inmensa fragua en la que golpeaban el hierro pesadísimos martillos, que hacían saltar chispas rojas. ¡El hierro! Ciertamente, he vivido ya otra vez en Roma, fui emperador: recuerdo la expresión de mi faz, el movimiento de mi cuello desnudo al volver la cabeza para mirar; recuerdo el contacto de la corona de oro sobre mi peludo sincipucio... ¡El hierro! Son los pasos de los legionarios romanos cubiertos de hierro, es la voz de hierro de ellos: —Vivat Csar! Cada vez tengo más calor, ardo. Quizá no haya sido emperador, sino una de las víctimas del incendio que abrasó a Roma, según el maravilloso designio de Nerón. No, no es un incendio, es una hoguera donde me encuentro. Oigo cómo silban, serpentean alrededor de mis piernas las lenguas de fuego. Recuerdo el penoso echarse adelante de mi garganta turgente, de venas hinchadas, y el salir creciente de mi laringe, el último grito de maldición... ¿o de bendición? Imaginate esto sólo: Que recuerdo hasta aquel hocico romano, en primera línea entre los espectadores, que no Me daba paz con su expresión idiota y con su mirada extraviada: oye: Me queman ¡y los espectadores duermen!

—Hotel Internacional—anuncia Toppy, y Yo abro los ojos.

Ibamos por una calle tranquila en cuyo fondo resplandecían las luces de una inmensa casa, digna casi de Nueva York: era el hotel en el que tenía Yo con mucha anticipación reservada una habitación para Mí.

Probablemente en el hotel nos creerán perecidos en la catástrofe ferroviaria.

Mi hoguera se ha extinguido, y me he puesto tan alegre como un negrito que ha abandonado el trabajo, y murmuré a Toppy al oído: —¿Qué tal, Toppy? ¿Cómo va... la Virgen?

—Sí, sí, interesante. Llegué a asustarme y a ahogarme...

—¿Con una espina de pescado? Eres un tonto, Toppy: ella es muy gentil, no te ha reconocido; te ha tomado sencillamente por uno de sus santos.

¡Pero qué lástima, bandido, que hayamos escogido como propias unas caras americanas tan insignificantes! ¡Si hubiéramos buscado mejor podríamos habernos humanizado en tipos más bellos!

— Estoy contento de lo que he hecho—contesta sordamente Toppy volviéndose hacia Mí.

Sobre su triste nariz lustrosa brilla el reflejo de una escondida presunción... ¡Ah Toppy! ¡Ah el santo!

Pero éramos ya recibidos con entusiasmo

14 DE FEBRERO DE 1914.

Roma. Hotel Internacional.

No quiero visitar a Magnus; pienso excesivamente en él y en su Virgen de carne y hueso. He venido aquí para recitar y mentir alegremente, y de veras que no me place hacer el papel de actor inepto que llora amargamente tras el telón y aparece en escena con los ojos secos. No tengo tiempo de corretear por el campo inculto y cazar mariposas con red, como un chico.

Toda Roma se ocupa de Mí. Yo soy el hombre sobrenatural que ama a los hombres, y soy famoso; vienen a adorarme multitudes no menos numerosas que las que van al Vicario de Cristo. Dos Papas en el mismo tiempo...; sí, la Roma feliz no puede llamarse huérfana. Por ahora vivo en un hotel donde gimen todos, extáticos, cuando dejo las botas por la noche a la puerta de mi cuarto; mientras tanto, toda una muchedumbre de pintores, escultores y poetas restaura y pone en orden un palacio para Mí: la histórica villa de los Orsini. Un pintorzuelo me está haciendo un retrato, afirmando que Yo recuerdo a uno de los Médicis; otros malos pintores preparan sus pinceles para aburrirme hasta la muerte.

Les he preguntado: «Decidme, ¿podríais pintar una Virgen?» Claro que pueden. Uno, «si el señor se acuerdas, ha pintado aquel famoso turco de las cajas de puros, conocido hasta en América. «Si el señor quiere...» En la actualidad hay tres pintores que pintan para Mí una Virgen. Otros recorren Roma en busca de originales, modelos», como ellos dicen.

Con la ignorancia más bárbara y grosera (del todo americana) de los problemas de arte, he rogado a uno de estos pintores: —Pero cuando haya usted encontrado una «modelo, así, tráigamela aquí, sin más, señor pintor.

¿Para qué estropear tela y colores?

A lo que él se contrajo como si sufriera un dolor insoportable, y apenas si murmuró: —¡Ah señor! ¡La modelo!... Veo que me ha tomado usted por un traficante de mercancía blanca.

—Pero sonrío ¿qué necesidad tengo de tu mediación, por la que tendría que pagarte una domiEL DIARIO DE SATANAS. sión, cuando en mis antecámaras hay todo ur muestrario de bellezas romanas? ¡Todas ellas Me adoran!

Yo les recuerdo a Savonarola. Sentadas en mórbidos divanes, intentan ellas transformar todo rincón obscuro del salón en... un confesonario.

Me complace que estas ilustres damas, igual que los pintores, conozcan tan bien la historia patria y sepan en seguida quién soy Yo.

La alegría de los periódicos romanos cuando se han enterado de que no he sido víctima de la catástrofe y no les he remitido ni una pierna ni los millones ha sido igual a la de los periódicos de Judea el día de la inesperada resurrección de Cristo...; y eso que estos últimos tenían menos de qué alegrarse, según se desprende de la historia.

Temía recordar a Julio César a los periodistas; pero, afortunadamente, piensan poco en el pasado, y todo quedó reducido a una semejanza con el presidente Wilson... ¡Pillos, queréis atraparme por Mi patriotismo americano! Además, también recuerdo al Profeta; pero, modestamente, no dicen a cuál.

En todo caso, ciertamente que no será a Mahoma.

Mi repugnancia por el matrimonio es conocida en todas las agencias telegráficas.

Es difícil saber de qué porquerías nutro Yo a mis hambrientos reporteros. Como experto criador de cerdos, miro con espanto toda esta inmundicia envenenada; pero ellos se la comen y viven..., aunque verdad es que algunos no se puede decir que engorden.

Ayer, en una mañana espléndida, he volado sobre Roma y sobre la campiña romana. Qué, ¿me vas a preguntar si he visto la casa de María? No, no la he visto: ¿cómo se puede encontrar un grano de arena entre otros granos? Además, no la busqué; tenía miedo de la altura.

Pero mis excelentes reporteros, que esperaban abajo con impaciencia, se quedaron asombrados de mi valor y mi sangre fría. Un hombrón robusto, enojado y barbudo, que me recordaba a Aníbal, fué quien primero se apoderó de mí, preguntándome: —¿No es verdad, míster Wunderhood, que apenas en el aire y dueño de este indomable elemento os habéis sentido lleno de orgullo por el hombre, que lo ha conquistado?...: Me repitió su frase desde el principio para hacérmela recordar mejor: parece que todos estos

periodistas no confían mucho en mi inteligencia y me sugieren las respuestas oportunas. Pero Yo alargo las brazos y respondo amargamente: —Nada de eso, señor. Sólo una vez he sentido orgullo por la obra del hombre, y fué... en el retrete del vapor Atlante.

—¡Oh! ¡En el retrete? ¿Pero qué sucedió? ¿Quizá... en la tempestad?, y os ha impresionado el genio del hombre, que la ha domado.

—No ocurrió nada extraordinario. Me conmovió el genio del hombre, que de una necesidad tan sucia como el retrete haya sabido hacer un verdadero palacio...

—¡Oh! ¡Qué digo, un verdadero templo, del que os sentís el arcipreste!

—¿Me permite que tome nota? Es éste un modo tan.... tan original de enfocar la cuestión...

Y hoy la Ciudad Eterna ha estado digiriendo todo esto. Y no sólo no me han expulsado de la ciudad, sino que hasta he recibido visitas oficiales: algo así como un ministro o un embajador, o alto cocinero de corte, que me ha empolvado largo rato de azúcar y caramelos, como si fuera Yo un pudding. Hoy mismo devuelvo estas visitas; no es agradable conservar estas cosas para uno.

Me parece superfluo decir que ya tengo un sobrino. Todo americano tiene un sobrino en Europa, y el mío no es peor que los demás. Se llama él también Wunderhood; está de agregado en alguna Em bajada, es muy exquisito y lleva la cabeza tan embadurnada que Mi beso se habría convertido en comida, de agradarme los perfumes. Pero hay que sacrificarle algo, sobre todo el olfato. Mi beso no Me ha costado un céntimo y al joven le ha abierto un largo crédito para nuevos perfumes y jabones.

¡Pero basta! Cuando miro estos gentlemen y estas ladies y pienso que son parecidos a los de la corte de Assurbanipal y que durante dos mil años las monedas de plata de Judas han continuado dando frutos, como su beso, me fastidia tomar parte en esta vieja y vulgar representación.

¡Ah! Yo ansío una gran representación que tenga por palco proscenio al sol; busco frescura y talento; necesito una línea bella y audaces recodos..., y con esta compañía me estoy convirtiendo tan sólo en una vieja máscara. O quizá no soy sino un comparsa.

Pero de cuando en cuando Me paro a pensar que, decididamente, no valía la pena de emprender un viaje tan largo y cambiar... el viejo, suntuoso, pintoresco infierno por esta indecente imitación suya.

¡Qué lástima que Magnus y su Virgen no quieran recitar un poco conmigo... Habíamos recitado un poco... ¡pero sólo un poco!

Sólo he logrado pasar una mañana con interés y hasta con cierta agitación. Un grupo de señoras y señores muy serios, deseosos de creer a su manera, Me han invitado a leer una oración dominical en una pequeña iglesia libre. Me puse el frac, con el que me parezco a Toppy, y ejecuté ante el espejo algún gesto particularmente expresivo; y después, en automóvil, como un profeta moderno, caí en la reunión. Mi tema o «texto» era la alocución de Jesús al joven rico, con el consejo de distribuir los bienes a los pobres; en media hora demostré como dos y dos son cuatro que el amor por el prójimo es la mejor colocación del capital. Como buen americano práctico y cauto, he demostrado que no hay necesidad de tratar de apoderarse de todo el reino de los cielos de una vez y desembolsar de golpe todo el capital: se puede, con pequeños desembolsos graduales, asegurarse algún pequeño trozo seco, situado sobre una alta montaña, con espléndidas vistas de alrededores.

Los rostros de los feligreses tomaron una expresión meditabunda: parecían calcular, y después se despejaron de un golpe: el reino de Dios en estas condiciones resulta conveniente para todos.

Desgraciadamente, asistía a la reunión un compatriota mío, hombre de comprensión demasiado rápida, el cual inmediatamente se levantó para proponer una sociedad anónima... Con toda una cascada de sentimentalismo pude calmar, no sin gran dificultad, su ardor religioso...

¿Qué cosa habrá de la que no haya hablado?

Hablé, gimiendo, de mi triste juventud, pasada entre el trabajo y las privaciones; vertí lágrimas sobre la memoria de mi pobre padre, muerto en una fábrica de cerillas; sollocé, apretando los dientes, sobre mis hermanos y mis hermanas en Cristolos cuales daban tales lamentos que los periodistas pudieron hacer acopio de canards para seis meses, ¡Cómo hemos llorado!

Me atravesó el escalofrío de la humanidad, y, con un gesto decidido, agarré el tambor de mis millones y, idun, dun!: todo para los hombres, ¡ni siquiera un céntimo para Mí: idun, dun!

Con una insolencia merecedora de que me apalearan, terminé con las palabras del inolvidable Maestro: «Venid a Mí vosotros los afligidos y oprimidos: Yo os consolaré.» ¡Ah qué lástima que no tenga facultad para hacer milagros! En aquel momento cualquier milagro pequeño, práctico, como la transformación del agua de la jarra en un Chianti ácido o uno de los oyentes en un cesto de lechugas no habría sido su perfluo. ¿Te sonríes con desdén, lector terrestre?

No lo hagas. Recuerda que lo sobrehumano es inexpresable en tu lengua ventrílocua, y mis palabras no son otra cosa sino una desdichada máscara de mis pensamientos.

¡María!

Podrás leer mi éxito en los periódicos. Pero un bufón me ha echado a perder el humor: un miembro del Ejército de Salvación me ha propuesto agarrar inmediatamente las trompetas y llevar el ejército a la batalla... Eran posturas demasiado baratas, y mandé a paseo a él y a su ejército.

¡Pero Toppy!... Mientras íbamos camino de casa callaba solemnemente; al final Me dijo, seco y respetuoso: —Hoy ha estado usted muy en vena, míster Wunderhood. ¡Casi me ha hecho usted llorar! ¡Qué lástima que no le hayan oído Magnus y su hija!...

¿Aquella, se acuerda? Ella hubiera variado su opinión sobre nosotros.

' Comprenderás que me dieron ganas de arrojar por la ventanilla del auto a este adulator poco feliz. Sentía nuevamente dentro de mis pupilas la mirada penetrante de sus ojos; y no con tanta desenvoltura abre el mozo del bar la lata de conservas como estuve Yo de nuevo abierto y distribuído sobre los platos y ofrecido a la atención del público que abarrotaba la calle. Me calé bien la chistera, me alcé el sobrecuello, y, semejante a un actor trágico que haya hecho fiasco, silenciosamente, sin responder a los saludos, Me retiré a mis habitaciones. ¿Cómo podía responder a los saludos no llevando conmigo un bastón?

He rechazado todas las invitaciones para hoy y paso la velada en casa. «Estoy sumergido en meditaciones religiosas.» El hallazgo es de Toppo, que parece que ha vuelto a respetarme.

Delante de Mí tengo whisky y champaña. Lentamente y con disgusto beborroteo el líquido y escucho la música lejana que viene del comedor. Debeestarse celebrando allí algún concierto famoso.

Al parecer, mi Wunderhood era un discreto borracho, y Me mete todas las noches en libaciones, con mi consentimiento. Afortunadamente, su borrachera es alegre, no turbulenta, y pasamos discretamente las horas. Primero observamos el ambiente, con los ojos cerrados, y, sin querer, calculamos cuánto pueda costar todo: bronce, tapices, los espejos venecianos y lo demás—¡tonterías!—; juzgamos y, presuntuosamente, profundizamos en la consideración de nuestros millones, en nuestro poder, nuestro carácter e ingenio considerable. A cada vaso nuestra delicia es más grande y enervante. Con gozo nos sumergimos en el lujo barato del hotel, y ¡figúrate! Yo empiezo de veras a tomarle gusto y a amar los bronce, tapices, el vidrio y las piedras.

El puritano Toppo condena el lujo, que le recuerda Sodoma y Gomorra; pero le va a ser difícil alejarme de estos pequeños placeres sensuales...

¡Habría tontería!' Después escuchamos de mala gana y con pre!

sunción la música, y, tras de ella, tarareamos fuera de tono motivos que no conocemos; hacemos placenteras y edificantes consideraciones sobre los escotes de las señoras, si es que las hay, y con paso demasiado pesado nos dirigimos hacia el lecho. ¿Pero qué Me sucedió una vez?

He aquí: entonces... nos preparábamos ya a irnos a dormir, cuando un incauto sonido de violín... y al instante Me invade un torbellino de tempestuosas lágrimas, de amor y de angustia. Lo sobrenatural se hace inexpresable: soy extenso como el espacio, profundo como la eternidad, y en cada aliento mío Yo contengo todo. ¡Qué angustia! ¡Qué amor! ¡María! ¡Pero Yo no soy sino un lago sepultado en el estómago de Wunderhood, y las tempestades que Me agitan no turban siquiera su pesado paso! ¡No soy en su estómago sino un gusano solitario, contra el cual busca él en vano un remedio! Llamamos al camarero: ¡Soda!» Estoy sencillamente borracho. ¡Hasta la vista, señores; buenas noches!»

18 DE FEBRERO DE 1914.

Roma. Hotel Internacional.

Ayer estuve en casa de Magnus. En verdad que me ha hecho esperar gran rato en el jardín, y apareció con tal aire de fría indiferencia que me entra ron ganas en seguida de volverme. He notado en su barba negra algún hilo blanco que antes no había visto... ¿Quizá María no se encuentra bien?

Me he preocupado. Aquí en la tierra es todo tan frágil que a un hombre del que nos hayamos separado hace una hora se le puede en seguida buscar en vano hasta la eternidad.

—María está bien, muchas gracias—ha respondido fríamente Magnus; y por sus ojos cruzó el asombro, como si mi pregunta le hubiera parecido inconveniente e insolente. ¿Y cómo van sus asuntos, míster Wunderhood? Los periódicos romanos están llenos de noticias sobre usted. Tenéis un gran éxito.

Con amargura, hecha aún más aguda por la ausencia de María, hice partícipe a Magnus de mi desilusión y aburrimiento. Hablaba discretamente, no sin sarcasmo e ironía; cada vez más Me irritaba la desatención y el aburrimiento estampado con todas sus letras en la cara pálida de Magnus. El no ha sonreído ni siquiera una vez, ni Me ha vuelto a preguntar. Y cuando relaté lo del sobrino de Wunderhood, arrugó la frente con desprecio y me dijo de mala gana: —Huf! Esto no es mas que una farsa de variétés. ¿Cómo puede usted ocuparse en semejantes pequeñeces, míster Wunderlood?

Respondí con vehemencia: —No soy Yo quien Me ocupo, señor Magnus.

—¿Y las interviús? ¿Es eso lo que quiere? Debió usted echarlos, míster Wunderhood; esto humilla...| sus tres millares de millones. ¿Es cierto que ha leído usted un sermón?

El entusiasmo de la recitación se había evadido, y de mala gana, como también de mala gana escuchaba Magnus, le hablé de la plática y de aquellos serios creyentes que se habían tragado el sacrilegio como si fuera mermelada.

—¿Pero es que esperaba usted otra cosa, míster Wunderhood?

—Esperaba que Me apalearán por esta insolencia. Cuando parodié sacrílegamente las hermosas palabras del Evangelio...

—Sí, son palabras hermosas confirmaba Magnus. ¿Pero no sabe usted todavía que todo culto y toda fe es un sacrilegio? Si una simple hostia es considerada por ellos como el cuerpo de Cristo, si a un Sixto o a un Pío cualquiera se le llama, tranquilamente, con el consentimiento de todos los católicos, Vicario de Cristo, ¿por qué entonces a nosotros o a un americano del Illinois no le ha de estar

permitido al menos ser... el Gobernador civil de Cristo? Esto no es un sacrilegio, míster Wunderhood; es sencillamente una alegoría necesaria para las cabezas rudimentarias, y usted se altera en balde. ¿Pero cuándo emprende usted el asunto?

Con una tristeza admirablemente simulada alargó los brazos: — Quiero hacer, mas no sé qué hacer. Probablemente no me decidiré a nada hasta que usted, Magnus, esté dispuesto a prestarme su ayuda. El detiene bruscamente sus dos grandes manos blancas y dice después: —Míster Wunderhood, es usted demasiado confiado; es un gran defecto... cuando se poseen tres mil millones. No puedo serle útil; nuestros caminos son distintos.

—Pero, querido Magnus...

Me pareció que de buena gana me habría pegado por este ternísimo querido que Yo tarareé en el mejor falsete. Pero si la cosa lleva camino de boxeo, ¿por qué no hablar más extensamente? Con toda la dulzura que se ha acumulado en Mí desde que estoy en Roma miré a la cara huraña de mi amigo y canté en un falsete aún mas tierno: —¿Y de qué nacionalidad es usted, querido..señor Magnus? No sé por qué me parece que no es usted italiano.

Respondió con indiferencia: —No, no soy italiano.

—Entonces su patria...

—¡Mi patria!... Omne solum liberum libero patria. Probablemente usted no conoce el latín. La frase, míster Wunderhood, quiere decir: toda tierra libre es la patria del hombre libre. ¿Pero no quiere usted quedarse a comer conmigo?

La invitación fué hecha en un tono tan glacial y tan bien subrayado el anuncio de que no estaría María, que me vi obligado a rechazar cortésmente. ¡El diablo se lleve a este hombre! En realidad Yo no estaba contento. Hubiera querido derramar en su chaleco unas pocas lágrimas since ras, pero él enarenaba las raíces de todo impulso mío noble.

Tras de un suspiro, y poniendo una cara significativa, paso a otra parte de mi recitación, ya preparada para ser dicha exactamente a María; bajando la voz: —Quiero ser franco con usted, señor Magnus.

En mi pasado... existen páginas oscuras que quiero expiar... Yo...

El Me interrumpe con presteza: — En todo pasado hay páginas oscuras, míster Wunderhood, y yo mismo no soy tan irreprochable que pueda aceptar la confesión de un caballero tan digno. Soy un mal confesor—añadió con la más antipática sonrisa—; yo no perdono a quien se arrepiente y así se pierde la dulzura de la confesión. Mejor será que me cuente algo del... sobrino de usted. ¿Es joven?

Hablamos del sobrino. Magnus sonreía complacido.

Después guardamos un poco de silencio. Luego Me preguntó Magnus si había visitado los museos del Vaticano, y me despedí rogándole que transmitiera mi saludo a la señorita María. Tenía, lo confieso, un aspecto bastante envilecido, y experimenté un sentimiento de viva gratitud para Magnus cuando, como saludo, pronunció estas palabras: — No me guarde rencor, mister Wunderhood.

Me encuentro un poco mal y... estoy algo preocupado por mis asuntos: un acceso de misantropía sencillamente. Espero que otra vez seré un interlocutor más agradable; por esta mañana, perdóneme.

Transmitiré su saludo a María.

Si este bravo barbudo negro recitaba, hay que convenir en que he encontrado un digno adversario. Una docena de negritos no bastarían para lamerme toda la miel que inundó mi cara a la sola promesa avara de Magnus: transmitir mi saludo a María. Hasta que llegamos al hotel fuí sonriendo a las espaldas revestidas de cuero del chófer e hice feliz a Toppy con un beso en el sincipucio—ila canalla huele siempre como un diablillo!

—Veo que no ha hecho usted el viaje en balde —dice con intención Toppy—. ¿Cómo va esa...

¿comprende?... la hija de Magnus.

—A las mil maravillas, Toppo. Dice que Yo le recuerdo, por belleza y sabiduría, a Salomón.

Toppo sonríe ben evolamente, y la miel y el azúcar desaparecen de mi rostro y le substituyen el vinagre y la bilis.

Me encerr  largo tiempo en la habitación, pensando en Satanás que se enamora de una mujer.

Cuando tú te enamoras de una mujer, ioh mi terrestre camarada!, y empiezas a temblar de amor cual si tuvieras fiebre, icrees t  ser original? Yo no. Yo veo todas las copias—de Ad n a Eva—, veo sus besos y sus caricias, oigo sus palabras, condenadas a ser siempre iguales, y mi boca se me hace odiosa porque se atreve a repetir palabras de otro; y se Me hacen odiosos mis ojos, que repiten miradas de otro, y mi corazón, que se presta fácilmente a dejarse dar cuerda como un reloj. Veo los coitos de todas las bestias, siento sus mugidos de ternura condenados a ser siempre iguales; y Me repugna este acto de sumisión de mis huesos, de mi carne y de mis nervios, argamasa maldita por todos.  Est te alerta, ioh espíritu encarnado!: sobre ti se cierne el huracán!

 No quieres llevarte a María, ioh compañero terrestre! Tuya es y no mía.  Ah!, si María fuese mi esclava... Yo le atar a una cuerda al cuello y la llevaría desnuda al mercado:  Qui n la quiere comprar?  Qui n me da más por la belleza terrestre?

 Oh, no os aprovech is del pobre mercader ciego: abrid más las bolsas, haced que resuene más el oro, generosos señores!   Pero ella no quiere moverse!   No tema, señor; te seguir  y te amar ...; no es sino su pudor de virgen! Mire, le pegar  con el extremo de la cuerda,  quieres? La llevar  hasta tu alcoba, hasta tu misma cama, buen seño!  T mala con toda la cuerda, la cuerda te la doy gratis!  L brame de la belleza celeste! Tiene la cara de la Virgen y es la hija del estimad simo Tomás Magnus; padre e hija han robado:  l, el nombre y las manos blancas; ella, el rostro purísimo.  Ah!...  Pero me parece haber comenzado a recitar contigo, mi terrestre lector. Es

un error, me equivoqué al coger la copia. No, no es una equivocación, es peor. Yo recito porque mi soledad es inmensa y muy profunda—itemo que no tenga fondo!—. Me pongo en el borde del abismo y dejo caer las palabras allá, un gran número de palabras pesadas, y caen sin ruido. Arrojo allí risas, amenazas, sollozos, esputos; hago precipitar montones de piedra, bloques de roca, vuelco montañas, ¡y el abismo sigue siempre hueco y sordo! No; en verdad que este abismo no tiene fondo, compañero; no nos carsemos y sudemos en vano. Pero descubro tu sonrisa y tus astutos guiños; tú has comprendido por qué he comenzado a hablar de la soledad, lloriqueando... ¡Ah, es el amor!

¿Y quieres preguntarme si tengo amantes? Tengo dos. Una condesa rusa y otra condesa italiana. Se diferencian en el perfume; pero ésta es una diferencia tan poco substancial, que amo igualmente a las dos.

¿Me preguntas además si volveré a casa de Tomás Magnus?

Sí, volveré a su casa. Le quiero mucho. No importa que su nombre sea un nombre ficticio y que su hija tenga la insolencia de parecerse a la Virgen.

Yo mismo no soy del todo el Wunderhood de quien llevo el nombre para sofisticar sobre nombres, y Yo mismo me he humanizado demasiado para no perdonar a los demás un intento de divinización.

Juro por la salvación eterna que uno vale por lo otro.

,

21 DE FEBRERO DE 1914.

Roma. Villa Orsini.

Me ha visitado el cardenal X, el amigo más íntimo y predilecto del Papa y, según dicen—es la frase consagrada—, su más probable sucesor. Le acompañaban dos abates. En resumen: es un personaje de muy grande importancia y su visita Me hace un no pequeño honor. Me dirigí a encontrar a Su Eminencia a la sala de recepción de mi nuevo palacio, y pude observar cómo sabe Toppy zamparse bajo las manos de los curas y cardenales, atrapando bendiciones con más solicitud que un Don Juan los besos de una dama. Seis piadosas manos apenas si daban abasto para satisfacer a un diablo poseído de devoción; y ya bajo el trono de mi estudio había logrado colocarse debajo del estómago del cardenal. ¡El éxtasis!

El cardenal X habla todas las lenguas europeas; pero, en homenaje a la bandera estrellada y a mis miles de millones, habló en inglés.

La conversación se inició con las felicitaciones que Me hizo el cardenal por la adquisición de la Villa Orsini; Me hizo doscientos años de historia detallada de mi morada. Esta inesperada historia, muy larga, en algunos pasajes no del todo comprensible, Me ha obligado a tener atentas, con envilecimiento, las orejas como un verdadero asno americano... En cambio, pude observar bien a mi respetable y demasiado docto huésped.

EL DIARIO DE SATANÁS.⁹⁹ No se puede todavía decir que es viejo; es ancho de espaldas, robusto; ciertamente la estructura de su cuerpo es muy fuerte y sana. Su cara es de rasgos enérgicos, casi cuadrada, de color ligeramente aceitunado, con manchas azuladas en los sitios afeitados; las manos, igualmente oscuras, pero muy finas y bellas, atestiguan su sangre española—antes de consagrarse a Dios el cardenal era duque y grande de España.

Pero sus ojos negros son demasiado pequeños y están demasiado hundidos bajo las fuertes sobrecejas, y la distancia entre la breve nariz y los labios finos es demasiado grande...; todo esto Me recuerda a alguien. ¿Pero a quién? ¡Y de qué modo extraño Me recuerda a alguno!... Ciertamente, a un santo cualquiera...

En cierto momento el cardenal se queda pensativo, y de repente descubro a quien me recuerda: ise trata simplemente de una vieja mona afeitada! ¡De ahí su aire pensativo, solemne y triste, el pequeño fuego maligno en sus estrechas pupilas!

Pero hacía ya un instante que reía el cardenal, y recitaba con expresiones en el rostro y gestos. de lazzarone napolitano; no narraba la historia de Mi palacio, no; ¡la recitaba como un monólogo dramático!

Tiene cortos los brazos, no de mono, y cuando los agita parece más bien un pingüino, mientras que su voz recuerda al papagayo parlante... ¿Pero quién eres, entonces? ¡No, una mona no! De nuevo ha comenzado a reír, y Yo recuerdo que no sabe reír. Habiendo aprendido desde ayer tan sólo este arte humano, le agrada mucho reír; pero cada vez encuentra con dificultad la risa en su laringe, y los sonidos le destrozan, y grazna, gime casi.

No es posible hacer eco a esta risa extraña: es contagiosa, pero inmediatamente se quiebra entre las mandíbulas, y los dientes y los músculos se hacen como de madera. Todo esto es extraordinario.

Estaba francamente enfrascado en estas observaciones, cuando el cardenal X interrumpió de pronto sus lecciones sobre Villa Orsini con un acceso de risas—relinchos; después se calmó y calló.

Con sus finos dedos pasaba en silencio las cuentas de un rosario, Me miraba con una expresión de profundísima devoción y ternísimo amor: algo así como una lágrima brillaba en sus ojos negros: ¡le agradaba tanto, Me amaba tanto!

Distraído por aquella pausa improvisada, el tren de mis pensamientos se lanzaba ya por el declive; callaba Yo también y—¿qué hacer?—miraba con igual ternura su rostro cuadrado de mona. La ternura se transformaba en amor, el amor se convertía en pasión, y seguíamos callados... ¡Si continuamos un instante más nos ahogamos en recíprocos abrazos!

—Ya está usted en Roma, mister Wunderhood — dice canturreando la vieja mona, sin cambiar su mirada amorosa. Ya

estoy en Roma—confirmando Yo, sumiso, siguiendo mirándole con la misma pasión pecaminosa.

—¿Sabe, mister Wunderhood, por qué he venido a verle..., aparte, claro está, del placer de conocerle... y demás?

Pensé un poco, y con la misma mirada ardiente repuse: —¿Por dinero, Eminencia?

El cardenal hizo chocar secamente los dedos, rióse, Me dió un golpecito en las rodillas, y de nuevo se quedó parado en la contemplación de mi nariz.

Esta muda adoración, a la que Yo respondía con un fuego redoblado, comenzaba a ponerme en un estado extraño.

Relato esto tan al detalle para que comprendas, lector, cuál fué mi deseo en aquel momento: echarme a rodar como una bola, cantar como un gallo, contar la anécdota más picante de Arkansas, o proponer sencillamente a Su Eminencia que se remangara la sotana y se pusiera a jugar conmigo al paso y la uva.

—Su Eminencia...

—Yo amo mucho a los americanos, míster Wunderhood.

—Cuéntase, Eminencia, que en Arkansas...

—¿Quiere que lleguemos presto al asunto? Comprendo su impaciencia: los asuntos financieros requieren rapidez, ino es así?

—Depende de la silla que usted ocupa, Eminencia. La cara del cardenal se volvió seria y pasó por sus ojos una sombra de amoroso reproche: —No me eche en cara mi fogosidad, míster Wunderhood. Amo tanto la historia de nuestra ciudad, que no he resistido a la tentación... Pero ¿es que acaso esto que ve usted ahora es Roma? Míster Wunderhood, Roma ya no existe. En un tiempo ésta era la Ciudad Eterna, y ahora no más que una gran ciudad que cuanto más grande se hace tanto más se aleja de la eternidad. ¿Dónde está el gran espíritu que la protegía?

No tengo la intención de referirte toda la monserga del purpúreo papagayo, ni hablarte de sus tiernas, miradas de caníbal, sus muecas y sus risas. Esto Me dijo la vieja mona, ya a punto de calmarse: — Su desgracia consiste en esto, míster Wunderhood: que usted ama demasiado a los hombres...

— Ama a tu prójimo...

—Eso, que se amen los unos a los otros, enseñarlo a los hombres, sugerirlo, ordenárselo; ¡pero para usted de qué puede servirle esto? Cuando se ama demasiado no se distinguen los defectos del ser amado y, lo que es aún peor, se aumentan las virtudes. ¿Cómo queréis corregir a los hombres y hacerlos felices no conociendo sus defectos y tomando los vicios por virtudes? Cuando se ama se disculpa, y la disculpa mata la fuerza. Mire, míster Wunderhood, quiero ser completamente franco con usted, y he de decirle: el amor es debilidad. El amor os limpiará el bolsillo de dinero y se lo gastará en... colorete. Dejad el amor para los que están abajo, exigidlo de ellos... ¡Pero usted, con esa posición tan elevada, con la fuerza que le da el...!

—Pero ¿qué debo hacer, Eminencia? Estoy desorientado. Cuando niño, y precisamente en la iglesia, Me enseñaron que el amor es necesario; lo creí, y ahora...

El cardenal se quedó pensativo. A la risa sucedió la turbación, que de improviso dió a su cara cuadrada un aire triste, abatido y un poco bufamente solemne. Con los sutiles labios apretados hacia fuera, las sienes apoyadas en la palma de la mano, estaba inmóvil, fijos y llenos de tristeza los ojos agudos y hundidos. Parecía esperar el final de mi frase; pero como éste no llegaba, suspiró y comenzó a mover las pestañas.

—La infancia, sí...—murmuraba, sin dejar de mover las pestañas con igual tristeza—. Los niños, sí; pero ahora ya no es usted un niño. Olvide todo eso. El olvido es un don maravilloso, ¿sabe?

Hizo rechinar ligeramente sus dientes blancos y se rascó significativamente la nariz con sus finos dedos. Después continuó: —

Pero da igual, míster Wunderhood. Solo nada puede usted hacer... ¡Sí, sí! Para hacer felices a los hombres es preciso conocerlos, y los hombres sólo la Iglesia los conoce. Ella ha sido la madre y educadora de innumerables generaciones; su experiencia es única y, puedo decirlo, infalible. Por lo que conozco de vuestra vida, es usted un experimentado criador de animales, míster Wunderhood. Cierta mente sabe lo que vale la experiencia, aun tratándose de seres tan poco complicados como...

Como los puercos.

El, asustado, mira en dirección Mía moviendo las pestañas, y comienza a gañir, a crujir, a mugir: de esa manera ríe él.

—¡Puercos? Está muy bien, es maravilloso, míster Wunderhood; pero no olvidéis que en ellos a veces penetra el demonio.

Habiendo terminado de reír, prosigue: —Enseñando aprendemos. No diré que todos los métodos de educación y corrección adoptados por la Iglesia hayan sido igualmente felices. No, hemos cometido también errores; pero cada error nos traía una revisión de nuestros métodos...; de paso nos perfeccionamos, míster Wunderhood, inos perfeccionamos!

Aludí al rápido progreso del racionalismo, que en un futuro no muy lejano amenaza de ruina a la Iglesia perfeccionada»; pero el cardenal comenzó de nuevo a agitar las cortas alas, alborotando con grandes risas: —¡Racionalismo! Pero veo que tiene usted un talento indiscutible de humorista, míster Wunderhood. Dígame, el fam oso Mark Twain ino es compatriota suyo? ¡Sí, sí, el racionalismo! ¿Recuerda usted de qué palabra se deriva, qué cosa significa ratio? An nescis, fili mihi, quanta sapientia regitur orbis? ¡Ah querido Wunderhood, hablar de ratio an esta tierra es aún más inoportuno que mentar la cuerda en casa del ahorcado! Observaba cómo se divertía la vieja mona, y Yo mismo me ponía de buen humor. Miraba dentro de este conjunto de macaco, papagayo, pingüino, zorro, lobo —¡y qué más todavía?—, y la alegría se apoderaba también de Mí: Yo amo los suicidios alegres.

Nos hemos divertido todavía un buen rato con la mísera ratio hasta que Su Eminencia se calmó y pasó a un tono de preceptor: — Como el antisemitismo es el socialismo de los idiotas...

—¿Conoce usted también...?

—¡Nos perfeccionamos!... Así, pues, el racionalismo es el intelecto de los tontos. Unicamente un tonto rematado se para en la ratio; el inteligente va más allá. Pero hasta para el tonto de remate su ratio no es mas que un traje de fiesta, el chaquet que se pone para los demás, mientras él vive, duerme, trabaja, ama y muere aullando de espanto, sin ninguna ratio. ¿Tiene usted miedo a la muerte, mister Wunderhood?

No quise responder y me callé.

—No tenga reparo, míster Wunderhood. Es preciso temerla. Y mientras exista la muerte...

La mona afeitada puso de improviso una cara de espanto, y el horror y la maldad se reflejaron en sus ojos como si alguien le hubiese cogido por el cuello y de golpe la hubiese arrojado allí en el vacío, en las tinieblas y en el horror de las selvas primitivas. El cardenal temía la muerte, y su horror era tenebroso, perverso e infinito. No me hacían falta palabras ni pruebas. Me bastaba sólo con mirar la cara alterada, lúgubre y extraviada del hombre para inclinarme humilde y sumiso al Gran Inquisidor (1).

Aquí precisamente reside toda la fuerza de ellos; hasta mi Wunderhood palidece y se altera... ¡Ah pícaro! ¡Ahora viene a pedirme protección y ayuda!

—No quiere vino, Eminencia?

Pero la Eminencia ya se ha repuesto. Pliega los labios con una sonrisa y mueve negativamente la cabeza, que le debe pesar bastante, a lo que parece.

Y mientras exista la muerte la Iglesia será indestructible. Sacudidla todos, minadla, tratad de hacerla estallar y saltar por el aire: no lo

conseguiréis. Y aunque lo consiguieseis, vosotros mismos seríais los primeros en perecer bajo sus ruinas.

¿Quién os protegerá entonces de la muerte? ¿Quién os dará entonces la dulce fe en la inmortalidad, en la vida eterna, en la beatitud?... Créame, míster Wunderhood, el mundo, en realidad, no pide vuestra ratio; es una equivocación..

—¿Pero entonces qué quiere, Eminencia?

—¿Qué quiere? Mundus vult decipi... ¿Conoce usted nuestro latín?: el mundo quiere ser engañado.

Y la vieja mona se alegra otra vez, y comienza a menear los párpados, a hacer muecas, golpearse en las rodillas, ahogando una risa lamentable. Tam(1) El autor alude al pasaje de Los hermanos Karamasof, de Dostojewski, en que el Gran Inquisidor expone a Cristo su programa para hacer a los hombres felices y devotos por medio del engaño; Cristo, con su silencio, le prueba que él mismo es el primer engañado. N. del T. bien Yo me echo a reír: ¡es tan bufo este viejo truhán que juega con las cartas marcadas!

—¿Y precisamente sois vos quien queréis engañarlo?

El cardenal X se puso de nuevo serio y dijo con tristeza: —La Santa Sede necesita dinero, míster Wunderhood. Aunque el mundo no se ha hecho racionalista, por lo menos la fe se ha entibiado, y resulta, en verdad, difícil saber cómo hay que regularse con él.

Suspiró profundamente y continuó: —¿No es usted socialista, míster Wunderhood?...

Ah, ne vous gnez pas! Todos somos hoy socialistas, todos estamos al lado de los hambrientos. Que se coma mejor; cuanto más saciados estén, más la muerte..., ¡me comprende?

Alargó todo cuanto pudo los brazos para significar el anzuelo donde pica el pez, y en tono zum, bón dijo: —¡Somos pescadores, míster Wunderhood, modestos pescadores! Pero, dígame, ¡la aspiración a la libertad la considera usted como un vicio o como una virtud?

—Todo el mundo civilizado considera una virtud la aspiración a la libertad—respondí indignado.

—No esperaba otra respuesta de un ciudadano de los Estados Unidos. ¿Y usted personalmente no cree que quien da al hombre una ilimitada libertad le da también la muerte? ¿No es la muerte la única que libra de todas las ataduras terrestres? ¡Y no le parecen estas dos palabras, «libertad y muerte», dos simples sinónimos?

Esta vez la vieja mona consiguió, en verdad, pincharme en la séptima costilla: Me acordé de mi Wunderhood, dominé el contador y respondí evasivamente: —Hablo de la libertad política.

—¡Ah, de la política! ¡Oh, de ésa toda la que queráis! Claro está, si ellos la desean. ¿Estáis seguro que la reclamarán? ¡Oh!, entonces, le ruego, toda cuanto quiera... Es absurdo y calumnioso decir que la Santa Sede está siempre a favor de la reacción, y cosas parecidas... Yo he tenido el honor de ver desde un balcón del Vaticano a Su Santidad bendecir el primer aeroplano francés aparecido en el cielo de Roma; y el Papa que ha de venir—estoy persuadido no tendrá inconveniente en bendecir las barricadas. Los tiempos de Galileo ya pasaron, mister Wunderhood, y todos estamos ya hartos de saber que la Tierra gira.

Movió los dedos para indicar cómo gira la Tierra, y guiñó amigablemente los ojos, prometiéndome también a Mí una parte en su función de estafador.

Yo dije con dignidad: —Permítame, Eminencia, que medite sobre su proposición.

El cardenal X saltó de la poltrona y me golpeó ligeramente las espaldas con dos aristocráticos dedos: —¡Oh!, no le apremio, excelente mister Wunderhood. Estoy casi seguro que al principio os negaréis; pero una breve experiencia os persuadirá de lo que es necesario para la felicidad de los hombres...

También yo los amo, míster Wunderhood; en realidad, no muy apasionadamente, y...

Con las muecas de ritual se alejó, arrastrando la sotana y distribuyendo bendiciones. Le vi todavía, desde mi ventana, firme ante la escalinata, esperando el coche, que se retrasaba. Ligeramente vuelto decía algo a uno de los abates, respetuosamente inclinado; su cara ya no se parecía a la de una vieja mona; era más bien el rostro pelado, fatigado, de un león que tiene hambre. ¡Aquel hombre de talento no tenía necesidad de disfrazarse!

Detrás de él había un lacayo todo vestido de negro, parecido a un joven baronet inglés; cada vez que la mirada de Su Eminencia topaba con su cara o su persona él alzaba ligeramente su metálica chistera negra.

Una vez que Su Eminencia partió, fui circundado por la multitud de amigos míos que hice poblar las habitaciones posteriores de mi palacio para evitar la soledad y el aburrimiento.

Topsy estaba orgulloso y era feliz: había ingerido tantas bendiciones que hasta parecía más gordo. Pintores, decoradores, restauradores—¡y qué más?— se mostraron halagados con la visita del cardenal, y con sentimiento hablaban de la extraordinaria expresión de su rostro, de la majestuosidad de sus maneras: O, é un gran signore! (1). El mismo Papa...

(1) En italiano en el texto ruso.—N. del T Pero cuando Yo, con el candor de un piel roja, comuniqué que Me recordaba a una vieja mona afeitada, esta astuta canalla prorrumpió en risotadas y alguno, en un abrir y cerrar de ojos, dibujó un boceto de retrato del cardenal... ¡en una jaula!

Yo no soy moralista, para juzgar a los hombres por sus pequeños pecados—¡ya vendrá el día del Juicio final!, y admiré francamente el talento de estos burlones. Parece que ninguno de ellos cree mucho en mi excesivo amor por los hombres, y si se escarba un poco en sus mesas de trabajo, sin duda se podrá encontrar un discreto diseño presentando a Wunderhood bajo forma de asno. Esto me agrada. Con estos pequeños y agradables pecadores Me indemnizo

del grande y desagradable hombre piadoso... de las manos ensangrentadas.

Después Toppo Me preguntó: —¿Y cuánto pide?

—Todo.

Toppo afirmó con decisión: —No le dé todo. Me ha prometido hacerme sacristán; pero, eso no obstante, no le dé mucho. ¡No hay que derrochar el dinero!

Diariamente Me suceden con Toppo historias desagradables: todos los días le meten moneda falsa. Cuando sucedió esto por primera vez se mostró muy confuso y aguantó tranquilamente mi reprimenda: —Positivamente te estás volviendo cada vez más estúpido, Toppo—le dije severamente. Es inconveniente que un diablo tan viejo se deje pasar papeles falsos. ¡Dejarse estafar! ¡Avergüénzate, Toppo! ¡Temo que me dejes en la calle!

Ahora Toppo, no distinguiendo entre el dinero bueno y el falso, trata de ahorrar uno y otro; es muy meticuloso en los asuntos financieros, y en vano el cardenal ha tentado corromperlo. ¡Pero Toppo es un sacristán!

La mona afeitada quiere los tres mil millones; ¡se ve bien que el estómago de la Santa Sede está en un lamentable estado! Observo con atención la caricatura del cardenal, y cada vez me gusta menos; no, no es eso. La comicidad de la figura está bien interpretada, pero falta aquella pequeña llama de maldad que se agita interrogativamente en las pupilas, bajo la tupida reja del espanto. Está bien interpretado el lado bestial y el humano, pero entrambos no se han fusionado en una máscara sobrenatural, la cual, ahora que no tengo ante mis ojos al cardenal en persona y no siento su extraña risa desacompasada, comienza a agitarme bastante desagradablemente. ¿Será también inexpresable lo sobrenatural con el lápiz?

En resumen, él no es sino un bergante de poca monta, no muy superior a un vulgar carterista, y no Me ha dicho nada nuevo; pero, sin embargo, es el facsímil del hombre, y hasta de la mente

humana. Por eso se ríe tan furiosamente y con tanto desprecio de la ratio. El se ha descubierto así mismo, y... no te ofendas, lector, por mi cortesía toda americana—a través de sus espaldas, encorvadas por el miedo, se Me apareció tu querida imagen. Algo así como una visión, ¿comprendes?; y como si alguno te estrangulase, tú dabas alaridos hacia lo alto, con voz desencajada: «¡Guardias, auxilio!» ¡Ah, tú no posees la tercera concepción de la existencia, aquella que no es ni vida ni muerte, y Yo sé quién te estrangulará con sus huesudos dedos.

Y Yo lo sé.

¡Oh!, ríe del bufón, compañero; parece que te ha llegado el turno de divertirme.

Y Yo lo sé.

Alegre y sereno, Yo he venido a ti de las inmensas profundidades, consciente de mi inmortalidad..., y he aquí que empiezo a titubear, a temblar delante de este rostro afeitado de mona que se atreve a expresar con tanta majestuosa insolencia su miedo. ¡Ah!, Yo no he vendido mi inmortalidad: simplemente la he adormecido para siempre, como una incauta madre a su pequeño bebé; ella se ha descolorido bajo tu sol y la lluvia y se ha convertido en una tela transparente, sin dibujo, incapaz de cubrir la desnudez de un correcto gentleman. El agua putrefacta del estanque wunderhoodiano, en el que estoy sumergido hasta los ojos, se me pega en torno como un fango; sus vapores envenenados nublan mi conciencia y el hedor insoportable de la descomposición la ahoga. ¿Cuándo comienzas tú a descomponerte?, ¡oh compañero! ¡Al segundo, al tercer día, o según el clima? Yo me descompongo ya y Me estomaga el olor de mis vísceras. ¿Quizá tú estás habituado a este olor y confundas el tra bajo de los gusanos con el trabajo ascensional de los pensamientos y de la inspiración?

¡Dios mío, pero Me olvido que puedo caer también en manos de bellísimas lectoras! Le pido apresuradamente perdón, estimable lady, por esta inoportuna digresión sobre los olores. Yo soy un interlocutor

poco agradable, milady, y un pésimo perfumista...; no, todavía peor: soy el resultado del repugnante acoplamiento entre Satanás y un oso americano, y, en verdad, no sé apreciar su benevolencia...

¡No! ¡Todavía soy Satanás! Aun no he olvidado que soy inmortal, y cuando lo ordene Mi voluntad Yo mismo llevaré Mis huesudos dedos a mi garganta.

¿Y si me olvido?... Entonces distribuiré mis bienes entre los pobres y Me arrastraré contigo, compañero, ante la vieja mona afeitada, y Me arrodillaré y pegaré mi rostro americano a sus pantuflas, de las que se esparce la bendición. Lloraré, aullaré de horror: ¡Sálvame de la Muerte!» Y la vieja mona se afeitará diligentemente todos los pelos, revestirá los hábitos sacerdotales esplendentes, y, temblando ella misma de horror, engañará apresuradamente al mundo, que brama de ansia de ser engañado.

Pero esto son bobadas. Quiero ser serio. El cardenal X me agrada, y le permitiré que se acerque un poco a mis miles de millones. Estoy cansado.

Hay que dormir. Mi lecho y Wunderhood Me esperan ya. Extinguiré la luz y en la obscuridad esou charé todavía un poco cómo trepida cansado Mi contador; después llegará el pianista genial, pero borracho, y comenzará a golpear sobre el teclado negro de mi cerebro. Se acuerda de todo y lo ha olvidado todo este genial borracho, y alterna los trozos inspirados con los sollozos.

Su nombre es el sueño.

EL DIARIO DE SATANAS.

1. [!\[\]\(a9a7cf821bf949be41db724492f295be_img.jpg\)](#) En Rusia los manicomios tienen pintadas las paredes exteriores de amarillo.— *N. del T.*

II

22 DE FEBRERO DE 1914.

Roma. Villa Orsini.

Magnus no estaba en casa y Me ha recibido María.

Sobre Mí ha descendido un gran sosiego, respiro una gran quietud. Como en una barca con las velas amainadas, Me adormezco en el ardor del mediodía sobre el océano apaciguado. Ni un rumor, ni el crujir del agua. Tengo miedo de moverme, de abrir los ojos, deslumbrados de sol; tengo miedo de respirar, de provocar una ligera increpatura sobre el infinito liso. Y depongo dulcemente la pluma.

23 DE FEBRERO DE 1914.

Villa Orsini.

Tomás Magnus no estaba en casa y Me ha recibido María, con improvisada sorpresa. No es interesante contar cómo Me he inclinado y lo que he murmurado al principio. Diré que quizá hablé

bajo más de lo que podía y que me entraron unas grandes ganas de reír. No detuve mis ojos sobre María sino cuando hube logrado cambiar mis pensamientos, como si fueran ropa blanca, y no hice que se sonaran las narices a los chicuelos caprichosos de mi cerebro. Como verás, el gusto de las comparaciones no me ha abandonado.

Pero en vano preparé el campo de maniobras y molesté al centinela: la prueba no Me ha salido.

La mirada de María era sencilla y serena y no tenía la fuerza penetrante de la luz que mortifica, ni la interrogación divina, ni la misericordia que mata.

Estaba tranquila y serena como el cielo del campo y no sé cómo sucedió—todo mi infierno se iluminó de la misma serenidad. Mis maravillosos soldados comenzaron a tambalearse y a desaparecer en batallones, como sombras confusas durante una revista nocturna; y todo se ha vuelto claro dentro de Mí, desierto y quieto; todo se ha vuelto alegre, de la alegría del desierto sobre el que todavía no haya puesto pie el hombre.

Perdóname, querido, si me vuelvo poeta, y dame las gracias por el tierno vocablo: querido; iéste es el don que envía María por mi mediación!

Ella me recibió en el jardín, y juntos nos sentamos en el recinto desde donde se ve tan bien el campo. Cuando se mira al campo entonces se puede también no charlar de tonterías, ino es verdad?

Pero era ella quien miraba al campo; Yo miraba sus ojos, y descubrí el campo y el cielo, y aun otros cielos hasta el séptimo, donde acaba el número de tus cielos, ioh hombre! Hablábamos, si quieres considerar como hablar estas preguntas y respuestas: — Aquellos montes se ponen azules.

— Sí, se ponen azules los montes Albani. Por allí está Tívoli.

Después ella buscaba la casitas blancas y me las mostraba, y Yo miraba y Me parecía que la mirada de María crease allí una quietud improvisada y una gran alegría.

La sospechada semejanza de María con la Virgen ya no Me turbaba—¿cómo puede turbarme tu semejanza contigo mismo ?—, y llegó el momento en que se apoderó de Mí una gran tranquilidad.

No encuentro palabras ni comparaciones para darte a comprender claramente esta grande y serena tranquilidad... Se insinúa siempre en mi cabeza esa maldita barca con las velas amainadas sobre la que Yo no he navegado jamás porque itengo miedo al mareo! ¡No será quizá porque en esta hora nocturna de mi soledad mi camino está iluminado por la Stella Maris?

Pues bien, sí: Yo he sido la barca, si quieres; y si no quieres, entonces he sido todo. Y además he sido nada. Veis qué cosas más absurdas salen fuera cuando Wunderhood busca palabras y comparaciones?

Me sentí tan tranquilo que no miré más a María en los ojos. Simplemente tuve fe en ellos, y esto es más profundo que mirar. Cuando me hagan falta los volveré a encontrar; y por ahora seré una barca con las velas amainadas, seré todo, seré nada. Sólo una vez un vientecito ligero agitó mis velas, y no por mucho tiempo: cuando María, indicándome la Vía Tiburtina, que se dibujaba como un hilo blanco sobre las verdes colinas, me preguntó si había pasado alguna vez por allí.

—Sí, varias veces.

Miro esa carretera porque pienso lo agradable que debe de ser correr por ella en automóvil. ¿Tien usted automóvil rápido, señor?

—¡Oh señorita, muy veloz! Pero para aquellos que son ellos mismos el espacio y el infinito—continué con tono de dulce reproche—todo motor es superfluo.

¡María y el automóvil! ¡El ángel alado que monta, para llegar presto, en el metropolitano! ¡Una golondrina que cabalga sobre una tortuga! ¡La flecha sobre la encorvada espalda de un descargador de grandes pesos! ¡Ah, todos los símiles mienten! ¿Qué es la golondrina, qué es la flecha y el más veloz de los motores para María, ya que en ella están contenidos todos los espacios? Pero sólo

ahora hablo Yo de metropolitano y de tortuga, mientras entonces mi quietud era tan grande y beata que no tenía y no conocía más imagen que la de la eternidad y la de la luz inextinguible.

Una gran calma reinaba en Mí y nada habría podido turbar su infinita serenidad. Probablemente no llevaba mucho tiempo con María, cuando apareció Tomás Magnus, y Me ha saludado. El pez volador que se desliza un instante sobre el océano no conmueve más la lisa extensión del azul que lo hizo Magnus. Lo acogí dentro de Mí, Me lo engullí tranquilamente y ni siquiera sentí el leve peso que siente una ballena cuando se zampa un arenque.

Me agradó su aire acogedor alegre, su fuerte apretón de manos, su mirada serena y buena; y hasta su cara Me pareció menos pálida y cansada que de costumbre.

Hicieron que me quedara a comer con ellos.

Diré en seguida que estuve allí hasta una hora bien tarde de la noche. Cuando se alejó María conté a Magnus la visita del cardenal X. El rostro de Magnus se obscureció y en sus ojos apareció la habitual llama hostil.

—¿El cardenal X? ¿Ha estado en su casa?

Le referí detalladamente la conversación tenida con la «mona afeitada, y le dije, modestamente, que Yo había sacado la impresión de que era un bergante, pero no de los más grandes. Magnus puso una cara avinagrada y dijo con severidad: —Es inútil que riáis, míster Wunderhood. Conozco bien al cardenal X y... lo he observado: es déspota, malo, cruel. A pesar de su aspecto bufo, es astuto, despiadado y tan vengativo como Satanás.

¡Oh Magnus, como Satanás! ¡Este orangután afeitado, este macaco que hace muecas delante del espejo! Pero dominé la impresión suscitada en Mí por el ultraje: se hundió como una piedra en el fondo de mi beatitud, y escuché el resto.

—Sus bromas sobre los socialistas y sus chanzas sobre Galileo son mentira. Como ahorcaron los enemigos el cadáver de Cromwell, así

el cardenal X quemaría con gusto los huesos de Galileo. El soporta la rotación de la Tierra como un ultraje personal. Es de la vieja escuela, míster Wunderhood: para quitar los obstáculos de su camino no se pararía ni ante el veneno, ni ante el homicidio a traición que tuviese todos los caracteres de un desgraciado incidente. Usted se sonríe; pero yo no podré mirar el Vaticano sonriendo mientras acoja hombres de tal catadura..., y en el Vaticano habrá siempre alguien parecido al cardenal X. ¡Tenga cuidado, míster Wunderhood! Ha entrado usted en su horizonte y en el cerco de sus intereses, y a esta hora velan ya diez ojos sobre usted y quizá hasta sobre mí. ¡No se descuide, querido amigo!

Me ha parecido agitado y le he estrechado la mano con sincero ardor.—¡Oh Magnus!... ¡Cuándo se va usted a decidir a ayudarme?

—Pero usted sabe que yo no amo a los hombres.

Usted los ama, míster Wunderhood; no así yo.

En sus ojos brilló la acostumbrada sonrisa burlona.

—El cardenal afirma que en realidad no se necesita amar a los hombres para hacerlos felices... ¡Al contrario!

—¿Y quién le ha dicho que yo quiera hacer felices a los hombres? Es usted quien los ama, no yo.

Dé sus miles de millones al cardenal X: su receta no es en nada inferior a los demás métodos patentados para hacer feliz a la humanidad. Aunque su método tiene una parte molesta: destruye a los hombres para hacerlos felices... ¡Pero es que tiene importancia esto? Es usted demasiado hombre de negocios, míster Wunderhood, y veo que no conoce lo suficiente el mundo de nuestros mejores inventores. Métodos para hacer feliz a la humanidad» hay más que medicamentos para hacer crecer el pelo. Yo mismo, en mi juventud, inventé uno..así, un poco de química... Una desgraciada explosión me quemó los cabellos; y estoy muy contento de no haberme encontrado entonces con sus miles de millones. Son bromas, mister Wunderhood. Pero, si quiere, aquí tiene, en verdad, mi respuesta: críe y multiplique sus puercos, eleve a cuatro sus tres mil millones,

venda carne en conserva, no absolutamente genuina... Y deseché a un lado la preocupación de la felicidad humana. ¡Mientras la humanidad aprecie el buen jamón no le negaré su amor!

—¿Y aquellos que no tienen medios para comer jamón?

—¿A usted qué puede importarle eso? A ellos las tripas les hacen ruido—perdone la vulgaridad de la expresión—, mientras que a usted no... Pero cuando el ruido sea muy fuerte ¡entonces no estará usted allí para oírlo, pierda cuidado! Me congratulo con usted por su nueva morada; conozco Villa Orsini: es un bellissimo palacio supérstite de la vieja Roma.

¡También él me dió una conferencia sobre mi palacio! Sí, Magnus Me disuadió una vez más de mi propósito ruda y groseramente; pero en su voz no había aspereza y sus ojos oscuros miraban con dulzura y benevolencia. ¿Qué hacer?... ¡El diablo se lo lleve, con su humanidad, su felicidad y su jamón!

Ya encontraré un camino para entrar en la cabeza dura de Magnus, y por ahora no sacrificaré a nadie mi gran tranquilidad y... María. La gran quietud y... ¡Satanás!: ¡es que no es esto un soberbio truco de mi recitación? ¿Y qué vale un Gran Embustero que sólo sabe engañar a los demás?

Miente a ti mismo de modo que puedas tú creer en tu mentira: ¡eso es el arte!

Después del lunch paseamos los tres por las colinas y los suaves declives del campo. La primavera se estaba iniciando apenas y sólo unas pocas florecitas blancas alegraban el verde joven y tierno; el aire era dulce y perfumado, y las casitas del lejano Albano se destacaban netamente. María caminaba delante, parándose de cuando en cuando y mirando alrededor, con sus divinos ojos, todas las cosas visibles... Ordenaré a mi pintorzuelo que absolutamente pinte así a la Virgen, sobre un tapete de tierna verdura con florecillas blancas.

Magnus estaba alegre y llano; y una vez más le hablé de la semejanza y de mis desventurados pintores, a toda hora en busca

de una modelo». Seechó a reír; después, poniéndose serio, confirmó mi impresión sobre la extraordinaria semejanza y su rostro tornóse triste. Es un parecido fatal, míster Wunderhood. ¿Se acuerda que le hablé, en un momento doloroso, de sangre? A los pies de mi María hay sangre... de un noble joven cuya memoria ella y yo veneramos.

No sólo Isis necesita velos: existen caras fatales, parecidos fatales que atormentan nuestro espíritu y nos empujan hacia el precipicio de la autodestrucción. Yo soy el padre de María; pues bien: no me atrevo a poner jamás los labios sobre su frente.

¿Qué obstáculos infranqueables no se creará a sí mismo el amor cuando ose poner los ojos en María?

En aquel momento, el único de mi feliz jornada, se amontonaron sobre mi océano nubes tempestuosas, enmarañadas como la barba del loco señor," un viento salvaje desgarraba furiosamente las velas: Pero Yo alcé los ojos sobre María, encontré su mirada: era tranquila y serena como el cielo que teníamos sobre nosotros, y el huracán salvaje se alejó sin dejar rastro, llevándose consigo aquel poco de tinieblas que había traído.

No sé si te dirán algo estos símiles marinos, que Yo mismo considero poco felices; por eso Me explicaré mejor: recobré otra vez la tranquilidad. ¿Qué me importa el noble joven romano que, no habiendo encontrado comparaciones, precipitó de cabeza a su Pegaso? Yo soy la goleta blanca—alada, y debajo de Mí está el océano. Y quizá se llame ella la Incomparable.

El día fué largo y tranquilo y Me agradó mucho la suave regularidad con que el Sol fué declinando de lo alto hasta los confines de la tierra, y las estrellas aparecieron en el cielo: primero, las grandes; después, las chicas, y al final todo el cielo comenzó a chispear y a resplandecer; y el lento crecer de la obscuridad, y el surgir, a su hora, la Luna: primero algo rojiza y después esplendente; y su leve claridad, originaria del Sol. Pero más que todo Me agradó el momento en que Me senté con Magnus en la habitación semiobscura a escuchar a María, que tocaba el arpa y

cantaba. Escuchando el arpa comprendí por qué ama tanto el hombre, para su música, las cuerdas fuertemente tensas. Yo mismo he sido una cuerda tensa; y sin que Me tocase dedo alguno manaba de Mí, temblando, el sonido, y se desparramaba hundiéndose, y se hundía lentamente hasta una profundidad tal que todavía lo siento.

Y de un golpe he visto que había por el aire cuerdas vibrantes tendidas de estrella a estrella, y todas estas cuerdas dispersas se reunían en la tierra y todas pasaban por mi corazón... como pasan los hilos telefónicos por la central, si quieres una comparación más comprensible.

Y también he comprendido otra cosa oyendo la voz de María...

¡Wunderhood, eres sencillamente una bestia!

¡Cómo me acuerdo de tus estúpidos lamentos sobre el amor y sobre sus cantos, condenados a ser monótonos y uniformes!—¡no fué así como te expresaste?

Me dan ganas de echarte a la porquera. Eres simplemente una sucia y aburrida bestia y Me avergüenzo de haber escuchado cortésmente una hora entera tu estúpido gruñir. Odia tus palabras y tus caricias, maldice los abrazos, pero deja en paz al amor: sólo a través del amor te es concedido echar una fugaz mirada hacia la eternidad!

¡Márchate, amigo! Deja a Satanás, que en la más tenebrosa profundidad de la imaginación se ha topado de improviso con nuevas e inesperadas luces. ¡Tú no debes ver la maravilla, el estupor y la alegría de Satanás!

La hora era ya avanzada y la Luna estaba precisamente en medio del cielo cuando abandoné la casa de Magnus; di orden al chofer de meterse por la Vía Nomentana. Pensaba con temor que mi gran quietud Me había abandonado y quería sorprenderla en el vasto silencio del campo. Pero el rápido motor ahuyentaba al silencio y abandoné la máquina. Esta en seguida se durmió bajo el claro de luna y se quedó inmóvil sobre su sombra negra, como una gran piedra atravesada en el camino. Aun durante un poco vi brillar

alguna de sus partes; después se volvió invisible, sumergiéndose en la obscuridad. Me quedé solo: Yo y mi sombra.

Andábamos por la carretera blanca, nos parábamos y andábamos de nuevo; después Yo me senté sobre una gran piedra, al margen de la vía, y mi sombra se escondió tras de mis espaldas.

Y se esparció aquí una gran calma sobre la tierra, sobre el mundo; y sobre Mi frente fría rozó un beso fresco de la luna.

2 DE MARZO DE 1914.

Roma. Villa Orsini.

He pasado todos estos días en una soledad completa. Mi humanización comienza a preocuparme.

A cada hora que pasa voy perdiendo la memoria de lo que he dejado del otro lado del muro de la humanización. Por minutos mi vista se hace más débil, y el muro, casi impenetrable; apenas si a través de él veo moverse débiles sombras, cuyos contornos no distingo bien. A cada instante mi oído se hace cada vez más obtuso: oigo el chirrido del topo bajo tierra y estoy sordo a los sonidos que zumban alrededor de mi cabeza.

Un silencio mentiroso Me rodea, y en vano trato, con el oído tenso, de asir las voces de la revelación: éstas se han quedado al otro lado del mismo impenetrable muro.

A cada instante la verdad se aleja de Mí; en vano lanzo, para alcanzarla, las flechas de mis palabras: ellas vuelan a otro sitio. En vano la abrazo estrechamente con mis pensamientos y las ligaduras de sólidas cadenas: la prisionera se escapa como el aire, y en mis abrazos Yo aferro el vacío. Ayer mismo Me pareció haber cogido la presa y haberla encadenado, atando la gran cadena al muro; pero

por la mañana miré y vi que no había encadenado sino un esqueleto. La cadena, enmohecida, se balanceaba libremente sobre las vértebras del cuello, y la calavera reía insolentemente mostrando los dientes.

Como ves, busco de nuevo palabras y metáforas, cojo la tralla; pero la verdad huye corriendo. ¡Qué quieres que haga si me he dejado todas las armas en casa y no puedo proveerme en tu vacío arsenal!

Si conviertes en hombre al mismísimo Dios, si lo vences, Jacob comenzará de pronto a hablar contigo en perfecta lengua hebrea o francesa, y no dirá más de lo que se puede decir en perfecta lengua hebrea o francesa. ¡Dios!... ¡Y Yo que únicamente soy Satanás, un modesto e incauto diablo encarnado!

Cierto que esto fué poco prudente. Pero cuando Yo, desde allá, observaba tu vida humana...; no, espera; ¡ya estamos metidos juntos en una mentira, ¡oh hombre! Cuando he dicho desde allá tú has pensado en seguida en un mundo muy lejano, ¿no es verdad? Es posible que hasta hayas calculado aproximadamente los kilómetros, pues no tienes a tu disposición tantos ceros como quieras? ¡Ah!, no es verdad: mi desde allá está igualmente cerca al desde aquí como el mismo presente aquí—¡ves la absurda mentira en que juntos nos debatimos?

Arroja lejos el metro y el peso y escucha, como si a tu espalda no hiciese tic—tac el reloj y en tu pecho no le respondiera el contador, lo siguiente: cuando Yo observaba tu vida desde allá—convénganos en decir así cuando queramos decir «del extranjero»—la veía como la agradable y alegre recitación de una partícula de inmortalidad. ¿Conoces el teatro guiñol? Cuando un muñeco se rompe lo substituye otro, pero la representación continúa, la música no calla, los espectadores aplauden, y esto es lo que importa. ¿Se interesa acaso el espectador por el sitio donde son echados los pedazos del muñeco? ¿Le sigue hasta el cajón de la basura? Admira la recitación y se divierte. ¡Y Yo me divertía tanto!—¡los timbales resonaban tan invitantes, y los clowns hacían cabriolas y bobadas tan divertidas! —.

¿Y Yo, que tanto amo la recitación inmortal, he querido transformarme en actor? ¡Ah!, no sabía aún que todo esto no es en realidad la recitación inmortal y que el cajón de la basura es tan terrible cuando precisamente eres tú un muñeco y que de tu cuerpo roto mana la sangre! ¡Ah, Me has engañado, Mi terrestre compañero de ahora!

Pero estás asombrado, guiñas tus ojos de estaño con desprecio y preguntas: ¿Pero qué demonios de Satanás es éste, que desconoce cosas tan sencillas?...

¡Tú estás habituado a tener en estima a los diablos, consideras al más tonto de ellos digno de ocupar una cátedra, ya Me has dado tu dolor como a un profesor de magia blanca y negra, y de repente resulta patente mi ignorancia en las cosas más sencillas! Comprendo tu desilusión; Yo mismo ahora tengo respeto por las adivinas y las cartomantes, Me mortifica bastante el confesarte que no sé hacer ni siquiera un simple juego de manos y que mato las pulgas sencillamente con el dedo y no con la mirada; pero la verdad Me es más querida que cualquier otra cosa; sí, Yo no sabía tus cosas sencillas. Probablemente la culpa de todo está en el límite que nos separa: lo mismo que tú no conoces ni sabes pronunciar una cosa tan sencilla como mi verdadero nombre, así Yo desconocía el tuyo, joh tú mi terrestre sombra!, y sólo ahora, extático, Me doy cuenta de tu riqueza inmensa. Piensa un momento: Wunderhood Me ha enseñado hasta el cálculo, y sin embargo no sería capaz de abrocharme el traje si no Me ayudasen los hábiles y ágiles dedos del mismo óptimo Wunderhood.

En la actualidad soy un hombre como tú. Al sentido limitado de mi ser lo considero como Mi ciencia, y me rasco con respeto la nariz cuando la necesidad Me obliga a rascarla: ella no es sencillamente una nariz, sino un axioma. Ahora soy Yo también un muñeco: mi cabecita de porcelana gira a derecha e izquierda, mis manos se mueven aquí y allá, estoy alegre, recito, lo sé todo... Excepto esto: ¿a quién pertenece la mano que tira de mis hilos? Y en lontananza

obscorece el cajón de la basura y de ella salen dos piececitos calzados con zapatos de baile...

No, no es ésta la recitación de inmortales que Yo ansiaba; todo esto se parece a la diversión tanto como las contorsiones de un epiléptico se parecen a una danza rusa. Aquí todo el mundo es lo que es, pero no quisiera serlo. ¿Y esta infinita serie de timos la he tomado Yo por un espectáculo divertido?; ¡qué error más grosero, qué chasco para el omnipotente, el inmortals... Satanás!

Aquí todos se llevan al tribunal, unos a los otros: los vivos llevan a los muertos; los muertos, a los vivos; la Historia, a los unos y a los otros; Dios, a la Historia ¡y esta infinita serie de intrigas, este turbio torrente de falsos testimonios, de falsos juramentos, Yo lo he tomado por la recitación de los inmortales! ¡Me habré equivocado y no habré ido donde quería? ¡Eh, tú, respetable indígena, díme: ¡adónde conduce este camino? Palideces, tu dedo indica temblando algo... ¡Ah, es el cajón de la basura!

Ayer interrogué a Toppo sobre su vida pasada, cuando se humanizó la primera vez: quería conocer bien lo que experimenta el muñeco cuando se le parte la cabeza o se rompen los hilos que le hacen moverse. Encendimos las pipas y, con vasos de cerveza delante, como dos buenos alemanes, nos ocupamos un poco de filosofía. Pero esta cabeza obtusa había olvidado casi todo y mis preguntas le ponían en una vergonzosa confusión.

—¡Es posible que te hayas olvidado de todo, Toppo?

—Cuando vayáis a morir, entonces lo sabréis.

A mí no me gusta recordar sino lo bueno.

—Quieres decir que no es nada bueno.

—¿Ha oído jamás a alguien hablar bien?

—Sí, es verdad: nadie ha hablado bien.

Y nadie lo hará. Se lo aseguro.

Callamos un momento.

—¿Y te acuerdas, Toppy, de dónde eres?

—Del Illinois, de donde es usted.

— No, hablo de lo otro. ¡No te acuerdas de EL DIARIO DE SATANÁS. dónde eres? ¿Te acuerdas de tu verdadero nombre?

Toppy Me miró extrañamente, se puso ligeramente pálido y acabó lentamente en silencio su pipa. Luego se levantó y dijo, sin alzar los ojos: —Le ruego que no me hable así, míster Wunderhood. Soy un honrado ciudadano de los Estados Unidos y no comprendo sus alusiones.

Todavía recuerda, pues por algo se puso tan pálido; pero está a punto de olvidar y pronto olvidará.

Sus fuerzas no resisten a este doble peso: la tierra y el cielo, y se ha dado por entero a la tierra.

Dentro de poco, si le hablo de Satanás Me llevará al manicomio... o Me denunciará al cardenal X.

—Te admiro, Toppy. Te has humanizado muy bien le he dicho, y le di un beso en el sincipucio.

Yo beso en el sincipucio a aquellos que amo.

Y de nuevo Me he encaminado al verde desierto del campo: Yo sigo los ilustres ejemplos, y cuando Me asaltan las tentaciones Me retiro al desierto.

Humanizado, yacía en el polvo y suplicaba, cuando sentí leves pasos en lontananza y algo fuerte y luminoso Me ha levantado en alto. Y de nuevo he visto el Edén abandonado, su exuberante vegetación y sus inextinguibles auroras, sus dulces luces sobre las aguas tranquilas. Y de nuevo he sentido el murmullo de los labios inmateriales. La Verdad se acerca a mis ojos y le tiendo mis manos encadenadas: ¡Líbrame!

—María. ¿Quién ha dicho María? Pero Satanás huye, se apagan las luces sobre las aguas tranquilas, desaparece, asustada, la Verdad, y he aquí que estoy de nuevo sentado sobre la tierra, humanizado;

miro obtusamente con los ojos del disfraz el mundo dibujado, y yacen mis manos encadenadas sobre mis rodillas.

—¡María!

Me duele confesarte que todo esto es una pura invención mía: el llegar Satanás con paso ligero, y los jardines del Edén, y las manos encadenadas.

Pero necesitaba tu atención y estaba seguro que no despreciarías el Edén y las cadenas, estos términos antitéticos que tú pones al límite de tu vida humana. Los jardines paradisíacos ison tan hermosos!; las cadenas itan espantosas! ¿Y cuánto más interesante muchísimo más no es todo esto que el estar sentado sobre una pequeña elevación de terreno polvoriento, con un cigarro en las manos libres, meditando perezosamente, bostezando, mirando el reloj y la carretera, en espera del chofer.

Hablé de María simplemente porque desde esta elevación de terreno se distinguen los cipreses negros sobre la casita blanca de Magnus, y una involuntaria asociación de ideas..., ¿comprendes?

¡Pero puede un hombre provisto de tal vista ver a Satanás? ¿Puede un hombre provisto de tal oído oír murmurios inmateriales»? ¿Y qué más?

¡Bobadas!

Y, por favor, te ruego: llámame lisa y llanamente Wunderhood. De aquí en adelante, y hasta que se rompa mi cabeza de muñeco esto abre la más angosta puerta sobre el más vasto palacio—, Me llamarás sencillamente Wunderhood, míster Henry Wunderhood, del Illinois; Yo responderé dócilmente y con prontitud.

Pero si un día, hombre, sucede que ves mi cabeza rota, mira atentamente entonces a sus pedazos: estará trazado con signos rojos el nombre de Satanás. Pliega tu cuello e inclínate profundamente ante él; pero no acompañes esos pedazos hasta el cajón de la basura: ies inútil inclinarse con respeto ante las cadenas rotas!

9 DE MARZO DE 1914.

Roma. Villa Orsini.

Ayer noche tuve una conversación importante con Tomás Magnus.

Cuando se retiró María a sus habitaciones, Yo, como de costumbre, manifesté mi deseo de marchar para casa, pero Magnus Me retuvo.

—¿Dónde quiere ir, Wunderhood? Quédese a dormir aquí; ¿no ve cómo se enfurece marzo loco?

Ya desde algún tiempo se cernían sobre Roma pesadas nubes y una lluvia furiosa azotaba las paredes y las ruinas; esa misma mañana leí en un pronóstico sobre el tiempo: «Cielo nuvolo, vento forte e mare agitato» (1). Hacia la tarde el mal (1) En italiano en el texto.— No del T. LITORNIA 01 tiempo se había transformado en tempestad, y el mar, revuelto, mandaba un húmedo olor desde noventa millas hasta las mismas paredes de Roma.

Y el verdadero mar romano, la campiña ondulada, comenzaba a cantar con la voz de la tempestad, como el océano, y por momentos parecía que las colinas, inmóviles, estas sus petrificadas ondas, comenzaban a moverse sobre la base, y todas juntas, en rebaño, avanzaban sobre los muros de la ciudad. Marzo «loco», este ágil suscitador de miedos y de tempestades, corría impetuosamente el espacio, plegaba las pálidas hierbas y las tiraba por los pelos al suelo, bramaba como perseguido y lanzaba a plenos brazos el viento entre los cipreses gemidores. De cuando en cuando se arrojaba con algo pesado sobre el techo de tejas de la casita, que temblaba bajo los golpes; y los muros de piedra murmuraban, como si dentro de las mismas piedras el viento, prisionero, estuviera buscando una salida.

Toda la velada habíamos escuchado la tempestad.

María estaba tranquila, pero Magnus se agitaba visiblemente, hasta retorció sus grandes manos blancas, y escuchaba atentamente las variables voces del viento, que imitaban el silbido de un bandido, los chillidos y los alaridos, la risa y el gemido...; hábil artista, el viento lograba hacer de asesino y de víctima, y estrangulaba e imploraba desesperadamente ayuda al mismo tiempo. Si Magnus hubiera tenido orejas móviles, como las de las bestias, habrían estado todo el tiempo en tensión. Su fina nariz vibró, y sus ojos se obscurecieron como si una nube los hubiera rozado, y sus sutiles labios se han plegado en una rápida sonrisa. También Yo Me conmoví, pues por primera vez desde el día de mi humanización asistía a una tempestad semejante, y ésta despertaba en Mí todos los miedos pasados: casi como un niño evitaba dirigir la mirada a la ventana, más allá de la cual reinaba la obscuridad. «¿Por qué ésta no entra? —pensaba—; será el cristal quien se lo impida. ¡Si le diera por irrumpir aquí dentro!...» De cuando en cuando alguno llamaba ruidosamente y golpeaba la puerta de hierro a la que hacía tiempo había llamado Yo con Toppy.

—Será el chofer, que viene a buscarme—dije—; abrirlehabrá que —No existe camino por este lado. Da al campo.

Es marzo loco que pide hospitalidad.

Como si hubiera oído estas palabras, marzo, descubierto, se echó a reír y se alejó silbando. Pero al poco se sintieron nuevos golpes en el portón de hierro, y voces parecidas, gritando e interrumpiéndose recíprocamente, cual si discutieran agitadas y alarmadas; se oía como el llanto de un niño.

—Esta vez es un chico perdido..., ¡escuche! Hay que abrirle.

—Bueno, veremos—dijo Magnus con enojo.

—Le acompaño, Magnus.

—Siéntese, Wunderhood. Me basta este compañero. Sacó prontamente del cajón un revólver, y con una expresión singular de amor y casi de ternura lo estrechó dulcemente en la palma de la

mano; después se lo metió cautamente en el bolsillo. Salió, y se oyó el grito con que le acogieron en el portón.

Toda la noche Yo había evitado, no sé por qué, la mirada serena de María, y Me sentí embarazado al quedarme solo con ella. De improviso Me vinieron ganas de echarme a tierra, de arrastrarme de rodillas hasta ella, de arrojarme a sus pies. Me parecía que mis espaldas se cubrían densamente de pelos; si tú, con la mano, hubieras hecho saltar chispas, entonces Me habría sentido más ligero. Me arrastraba así, con el pensamiento, hacia ella, más cerca, cada vez más cerca, cuando he aquí que vuelve Magnus; dejas el revólver en el cajón. Las voces de la puerta se habían tranquilizado y había cesado el estrépito.

—¿Quién era?—pregunta María.

Magnus, todavía enojado, se sacude de las espaldas las gotas de lluvia.

—Marzo loco. ¿Quién otro podía ser?

—Pero parece que ha estado hablando usted con él—digo, bromeando y ocultando una impresión desagradable, debida al frío que ha entrado con Magnus.

—Sí, le he dicho que era inconveniente arrastrar detrás un tropel tan sospechoso. El me ha pedido perdón y no volverá más.

Magnus sonríe y añade: — Estoy seguro que todos los bandidos de Roma y del campo sueñan a esta hora con emboscadas y sangre y besan sus puñales como amantes...

Después se oye nuevamente un rumor indistinto y casi tímido. ¡Otra vez!—grita encolerizado Magnus, como si marzo le hubiera prometido de verdad no llamar más. Pero inmediatamente después del rumor se oye sonar la campanilla: es mi chofer. María se retiró; Magnus, como ya he dicho antes, Me propone quedarme aquí toda la noche. Después de una breve insistencia accedo; Me gusta bastante poco Magnus con su revólver y su sonrisa, pero Me gusta aún menos la estúpida obscuridad.

El amable anfitrión ha ido él mismo a despedir al chofer. Por una de las ventanas vi resplandecer, a la vuelta de la carretera, los reflectores eléctricos del automóvil, y por un momento Me entró una tremenda gana de volver a casa, a encontrar a mis agradables pecadores, dedicados seguramente a echar traguitos de vino, en mi espera... ¡Ah!; ya hace tiempo que abandonó toda virtud, y llevo una viciosa vida de borracho y jugador. Otra vez, como en aquella primera noche, la dulce casita blanca, esta alma de María, Me apareció sospechosa y aterradora: ¡este revólver y las manchas de sangre sobre las manos blancas!...; ¿y en qué otro sitio se encontrarán tales manchas?

Pero ya era demasiado tarde para volverme atrás: el automóvil ya se había marchado. Cuando Magnus volvió, su barba blanca no era ya azul, sino muy negra y bella, y sus ojos sonreían amablemente. No traía un arma en la mano, sino dos botellas de vino, y Me gritó alegremente desde lejos: — En una noche como ésta no queda otra cosa sino beber. El mismo marzo, durante el coloquio, me ha parecido borracho...; ¡el vagabundo! ¡Venga el vaso, Wunderhood!

Llenos los vasos, el alegre borracho apenas ha tocado el vino y se hundió en una poltrona, dejando de beber y conversar. Sin excesiva animación, escuchando el ruido de la tempestad y pensando en la larga noche que Me esperaba, refería a Magnus las nuevas e insistentes visitas del cardenal X.

Parece que, ciertamente, el cardenal había puesto policías para seguir mis pasos; pero lo que es más estupefaciente y extraño es que ha logrado influenciar al incorruptible Toppy. Este sigue siendo el amigo fiel de siempre, pero se ha vuelto beato, va a confesar todos los días y trata con empeño de convertirme al catolicismo.

Magnus ha escuchado tranquilamente mi narración. De peor gana aún le hablé de las numerosas e infructuosas tentativas de otros para forzar mi bolsa; del infinito número de peticiones, escritas en un pésimo idioma, en que la verdad parece mentira; lágrimas, reverencias, adulaciones burdas, monótonas y aburridas, inventores locos, proyectistas fraudulentos, ansiosos de utilizar lo más

rápidamente posible el breve permiso de la cárcel; de toda esa humanidad poseída del delirio al olor de los miles de millones débilmente defendidos. Mis secretarios, y tengo seis, apenas si logran dar una ojeada a toda esta masa de cartas lacrimosas y de hombres furiosamente habladores que vigilan todas las puertas de mi palacio. Temo que me veré obligado a hacer construir un pasadizo subterráneo, pues Me vigilan hasta de noche. Se han precipitado sobre Mí con palas y picos, como en Klondyke (1), y Me han marcado como un yacimiento de oro. Las charlas de todos estos malditos periódicos a propósito de mis millones, que estoy pronto a dar a cualquiera que lleve una llaga sobre el cuerpo y tenga el bolsillo vacío, los han vuelto locos. Creo que cualquier noche Me van a hacer sencillamente pedazos y Me devorarán.

Se ha iniciado una peregrinación como la de Lourdes, y la gente llega sin cesar. Ciertos señores que Me consideran su propiedad han creado para Mí un infierno dantesco, por el que Me paseo todos los días; ayer vimos una vieja idiota cuyo único mérito era haber sabido sobrevivir al marido, a los hijos y a los nietos, y que necesitaba rapé. Otro viejo irascible no quería calmarse y no tomó el dinero hasta que hubimos olido su antigua herida en la pierna, que olía muy mal ciertamente. Este viejo irascible es el orgullo de mis señores, y, como todos los profetas, es caprichoso. Y todavía... ¡no se aburre escuchándome, Magnus? Puedo describir todavía una cantidad de padres andrajosos, de niños famélicos, verdes y podridos como el buen queso; puedo hablarle de borrachos espirituales con alegres narices coloradas... Mis señores se muestran poco amables con los borrachos, pero Yo (1) Famoso yacimiento en el territorio de Alaska (Estados Unidos). N. del T. los prefiero a todos los demás. ¿Y usted, señor Magnus?

Magnus callaba. Estaba cansado de hablar, y también callé. Sólo el loco marzo perseveraba incansablemente en sus bromas: estaba sobre el techo y trataba de romperlo precisamente por la mitad; las tejas crujían como azúcar triturada. Magnus rompió el silencio: —En estos últimos días los periódicos hablan poco de usted.

— Pago a los reporteros para que no escriban. Al principio los expulsaba sencillamente; pero comenzaron a preguntar hasta a mis caballos. Ahora les pago a tanto la línea de silencio. ¡No podría usted encontrar uno que comprara mi villa, Magnus? La vendo con todos los pintores y con lo demás.

Callamos otra vez largo rato, y hemos paseado por la habitación: primero paseó Magnus, y Yo estaba sentado; después paseé Yo, y me volví a sentar. Además, Yo bebí dos vasos de vino, y Magnus ninguno... ¡Oh, la nariz de este señor no se pondrá nunca encarnada! De pronto me dijo secamente: —¡No beba más, Wunderhood!

—¡Oh!, está bien: no beberé más vino. ¿Es esto todo?

Magnus habló con grandes intervalos de silencio.

El tono de su voz era áspero, rudo; el mío..., casi diré melodioso.

—Se ha operado una gran transformación en usted, Wunderhood. Es muy posible. Se lo agradezco, Magnus.

—Antes era usted más vivaz. Ahora ya casi no bromea. Se ha vuelto usted muy lúgubre, Wunderhood.

—¡Oh!

—Hasta está más delgado y tiene pálida la frente. Es verdad que todas las noches se emborracha con sus... amigos?

Así parece.

—Juega a las cartas, escupe oro... ¡No es cierto que no ha faltado mucho para que se cometiera un homicidio en su mesa?

—Temo que sea verdad. Creo que un gentleman quería despachar con un tenedor a otro gentleman...

¿Cómo lo sabe usted, Magnus?

Respondió ásperamente: —Ayer estuvo aquí míster Toppy. Trataba de tener una conversación con... María, pero fuí yo quien lo recibí.

Con todo el respeto que tengo para usted, Wunderhood, debo decirle que su secretario es de una sorprendente estupidez.

Asentí fríamente.

—Tiene usted mucha razón. Debería despedirlo.

Debo observar, de paso, que al nombre de María los dos últimos vasos de vino se Me evaporaron en el cuerpo, y durante la conversación el vino continuó evaporándose como éter en un vaso destapado. Siempre he creído que la piel humana es una cosa poco resistente. De nuevo hemos escuchado la tormenta, y Yo dije: Parece que arrecia el viento, señor Magnus.

—Sí, el viento se enfurece, míster Wunderhood.

Pero tiene usted que reconocer que yo le he prevenido a tiempo, míster Wunderhood.

—¿De qué Me ha prevenido a tiempo, señor Magnus?

El se apretó las rodillas entre sus manos blancas y fijó sobre Mí su mirada de encantador de serpientes... ¡Ah!, no sabía que Yo mismo Me había arrancado los dientes envenenados y que era tan inofensivo como un animal disecado de museo. Al fin comprendió la inutilidad de fijar tanto tiempo con la mirada un simple cristal de botella y pasó a las palabras: —Le previne a propósito de María—dijo lentamente. ¿Recordará que entonces no quería..que le conociese y que expresé bastante claro esta voluntad?... ¡No habrá olvidado lo que le decía de María, de su fatal influencia sobre las almas?

Pero usted ha sido perseverante y audaz, yo he cedido. Ahora quiere usted presentarnos a mí y a mi hija el espectáculo sentimental de un caballero que se hace pedazos y no pide nada ni se queja, pero que sólo podrá calmarse cuando sus heridas hayan sido contempladas por todos...; no quiero repetir todas sus expresiones, míster Wunderhood, exhalan demasiado mal olor. Sí, señor; ha hablado demasiado abiertamente de... su prójimo, y, francamente, estoy muy contento de que al fin haya abandonado aquel juego barato de amor y sentimiento humanitario...: itiene

tantas otras diversiones! Pero confieso que no me alegra tanto vuestra generosa intención de regalar también los restos del caballero. Estimo, señor, que hizo usted mal en abandonar América y sus negocios de... conservas. La vida social exige capacidades de otra especie muy diferente.

Se estaba burlando de Mí, casi me echaba; y Yo, que Me designo con mayúscula, escuchaba sumiso y humilde. Todo esto era divinamente cómico, de una comicidad especial para los aficionados a lecturas alegres. Al comienzo del discurso mis ojos y mi cigarro estaban dirigidos hacia arriba, con la necesaria vigilancia y negligencia; hacia el final el cigarro colgaba mirando al suelo... Siento ahora entre los dientes el gusto amargo del cigarro, míseramente apagado y casi lacio. La risa Me sofocaba...; es decir, no sé: ¿Me sofocaba la risa o la cólera? En vez de correr el riesgo de dejarme ahogar por la una o por la otra, ¿por qué no pedir un paraguas y marcharme? ¡Ah!, él estaba en su casa, él estaba en su terreno; ese hombre de la barba negra sabía qué hacer en tal caso; él cantaba solo y no en dúeto, como hacen, por el contrario, estos inseparables Satanás de la Eternidad y Wunderhood del Illinois.

—¡Señor—debí decir con dignidad—, hay un error doloroso! Tiene usted delante a Satanás humanizado..., ¿comprende? Salió para su paseo de la tarde y se ha perdido imprudentemente en la selva...; en la selva, señor, en la selva. ¿Señor, quiere usted tener la amabilidad de enseñarle el camino más directo para la eternidad? ¡Ah, tantas gracias: ya Me lo imaginaba! Adiós.

Claro que nada de esto dije. Me callé, dejando la palabra a Wunderhood; y he aquí lo que le dijo este respetable caballero, quitándose de la boca el cigarro, apagado y húmedo: —¡Que el diablo le lleve! Tiene usted razón, Magnus. Muchas gracias, querido. Sí, es verdad, usted Me previno honradamente; pero Yo he preferido recitar. Ahora estoy en quiebra y Me pongo a su disposición. No opondré nada si usted manda arrojar fuera los restos del caballero.

Creí que, sin esperar la camilla, Magnus tiraría los restos por la ventana; pero la generosidad de este señor ha sido, en verdad,

maravillosa. Me miró con lástima y hasta Me cogió la mano para estrechármela.

— Sufre usted mucho, míster Wunderhood?

Era bastante difícil para el célebre düeto responder a esta pregunta. Moví las cejas y alcé las espaldas. Esto debió satisfacer a Magnus, pues durante un minuto ambos guardamos un profundo silencio. No sé en qué estaría pensando Magnus; lo que es Yo no pensaba en nada. Simplemente examinaba con mucho interés las paredes, el sofá, los libros, los cuadros, todo el mobiliario de la habitación humana. La lámpara azul me llamaba sobre todo la atención: ¿por qué brilla ella y arde?

— Espero una palabra de usted, mister Wunderhood.

¿El esperaba una palabra mía? Bien. La cosa es bien sencilla, Magnus... ¿Usted Me ha prevenido? Por lo tanto, mi Toppy hará las maletas y Yo saldré para América, donde Me reintegraré a mis negocios... de conservas.

—¿Y el cardenal?

—¿Qué cardenal? ¡Ah, sí..., el cardenal y los millones! ¡Maldito si pienso en ellos! Pero no Me mire tan asombrado, Magnus; todo esto Me ha aburrido.

—¿Qué cosa precisamente le ha aburrido, míster Wunderhood?

—Esto: los seis secretarios, la vieja idiotizada, el rapé y el infierno dantesco a través del cual Me ha aparecido. No Me mire con tanta severidad, Magnus. Probablemente de mis miles de millones se podía hacer un remedio más eficaz; pero Yo no he sabido hacer sino un fermento de cerveza. ¿Por qué no ha querido ayudarme? ¡Ah, sí!, usted odia a los hombres, lo olvidaba.

—Y usted los ama?

—¡Cómo decirle, Magnus! No. Me son más bien indiferentes. No Me mire con tal expresión; se lo juro, ino vale la pena! Sí, Me son

indiferentes. Son tan numerosos, lo fueron y lo seguirán siendo, que, positivamente, no vale la pena...

—Entonces, mentía usted?

—No Me mire, pero prepare mis equipajes. No, no completamente. ¿Sabe?; he querido hacer algo interesante para la recitación, y para el argumento puse en circulación este... sentimiento...

—¿Por lo tanto, todo era ficción?

Yo moví de nuevo las cejas y alcé las espaldas. Me agrada este género de respuesta a las preguntas demasiado embarazosas. Y Me gusta bastante el rostro de Tomás Magnus. Este oval alargado Me compensa hasta cierto punto de todos mis fiaseos teatrales... y de la plancha con María. Me acuerdo que entre mis dientes tengo otro cigarro.

—Me dijo usted que en su pasado hay páginas oscuras... ¿De qué se trata, mister Wunderhood?

—¡Oh, una pequeña exageración! Nada, Magnus.

Le pido perdón por haberle improvisado »inútilmente, pero entonces Me parecía que el estilo lo requería...

—¿El estilo?

—Sí, la ley de los contrastes. Aquel pasado obscuro, el claro presente..., ¿comprende? Pero ya le he dicho, Magnus, que mi empresa no ha dado resultado alguno. Hoy en su país no se tiene una idea verdadera de las diversiones. Ya le explicaré esto cuando vuelva. Estuvo a punto de agradarme la mona afeitada; pero su modo de estafar a la Humanidad es demasiado viejo y demasiado seguro...

No Me gusta la casa de la moneda; prefiero el riesgo.

—¡Estafar a la Humanidad?

—¿Pero no la odiamos, Magnus? ¿Entonces por qué privarse del placer de hablar francamente, si la recitación no ha tenido éxito? Se

sonríe usted.

Eso Me gusta. Pero estoy muy cansado de rajar, y con su permiso voy a beber otro vaso de vino.

Tomás Magnus no tenía nada del hombre que sonríe y Yo aludí así a la sonrisa... por estilo.

EL DIARIO DE SATANAS. Pasó no menos de una media hora en un silencio interrumpido sólo por los gritos y el estrépito del loco marzo y por los pasos regulares de Magnus; con los brazos cruzados en las espaldas medía metódicamente la habitación: ocho pasos adelante y otros ocho atrás. Probablemente había estado alguna vez en prisión, y no por poco tiempo: poseía la facultad del preso de crearse un espacio en pocos metros. Arriesgué un bostezo, con el que Me atraje la atención del amable dueño de la casa.

Pero todavía estuvo callado Magnus un poco, hasta que las siguientes palabras resonaron en el aire y Me hicieron saltar de mi puesto: —Pero María le ama. ¿Verdad que usted no lo sabía?

Me levanté.

—Sí, ésta es la verdad: María le ama. Esta desgracia yo no me la esperaba. Ahora ya es demasiado tarde para matarle, míster Wunderhood. Al principio debí hacerlo; ahora no sé qué hacer. ¿Qué piensa usted de todo esto?

Yo Me levanté y..

¡María Me ama!

He asistido en Filadelfia a una ejecución capital en la silla eléctrica, que no pudo realizarse instantáneamente... He visto en la Scala, de Milán, a mi colega Mefistofeles retorcerse y saltar en la escena cuando se precipitaron sobre él los comparsas con la cruz. Mi tácita respuesta a Magnus fué una imitación bastante hábil de una y otra mímica: ¡ah!, ¿por qué en aquel instante no Me han venido a la mente imágenes mejores? Juro por la salvación eterna que jamás Me atravesó el cuerpo una corriente eléctrica tan mortificante; jamás

bebí tan amarga bebida; jamás se apoderó de mi alma risa semejante.

Ahora ya no Me río ni Me retuerzo, como un vulgar actor: estoy solo, y. Mi seriedad Me siente y Me ve. Pero en aquel instante solemne tuve necesidad de todas mis fuerzas para no prorrumpir en sollozos y dar unas sonoras bofetadas a aquel hombre austero y horrado que echaba a la Virgen en brazos del... diablo—habráse visto?—, no, del americano Wunderhood, con una barba de cabra y un cigarro húmedo entre los dientes de oro. De desprecio y de odio, de ira y de risa amarga como el ajenjo, he ahí de qué estaba llena hasta los bordes la copa que se Me ofrecía...; no, todavía peor, de algo aún más amargo y mortal.

Me tiene sin cuidado que se hayan engañado los ojos obtusos y la mente de Magnus; ipero cómo se ha podido engañar la mirada pura de María?

¿Seré acaso un tan hábil Don Juan a quien basten pocos y casi mudos encuentros para seducir a una inocente y confiada muchacha? ¿Virgen, dónde estás? ¡Me habrá encontrado parecido a algunos de sus santos, como Toppy?; ipero Yo no llevo breviario! ¿Virgen, dónde estás? ¿Son tus labios, que se lanzan a los míos, como el pistilo al estambre, como el deseo de todas las flores, de los hombres y de las bestias? ¡Virgen, dónde estás? ¡Oh!... Aun Me retorció y ahogaba todavía en un murmullo conveniente mi odio y mi desprecio, cuando, de un golpe, este otro pensamiento Me llenó de una nueva agitación y de un amor tal..., ¡ah, de un amor tal...!

—O bien—pienso Yo—tu inmortalidad, Señora, ha respondido a la inmortalidad de Satanás, y de la misma eternidad le tiende su suave mano?

Tú, divinizada, ¡no has reconocido quizá un amigo en el que se ha humanizado? Tú, que te elevas en las alturas, ¡no has tenido piedad del que se precipita? ¡Oh Virgen, pon tu mano sobre mi cabeza tenebrosa para que Yo te reconozca al contacto! Escucha lo que ha sucedido después, en la noche: — Ignoro por qué María haya

comenzado a amarme. Es un misterio de su alma, inaccesible a mi comprensión. Sí, no comprendo, pero me inclino ante su voluntad como ante una revelación. ¿Qué son mis ojos humanos frente a su mirada, que todo lo penetra, míster Wunderhood?...

(¡También él hablaba así!) —Hace un momento, en un ímpetu de ira, he hablado de homicidio y de muerte... No, míster Wunderhood, puede estar seguro para siempre: el que María ha elegido es inviolable para mí; más que la ley le protege su corazón puro. Claro que le rogaré nos deje inmediatamente creo en su honradez, Wunderhood—y que ponga entre nosotros y usted, como obstáculo, el océano...

—Pero... Magnus dió un paso hacia Mí y gritó encolerizado: —Ni una palabra más... No puedo matarle; pero si se atreve a pronunciar la palabra matrimonio», yo...

Bajó lentamente la mano que había levantado y continuó, tranquilo: —Veo que tengo que pedirle perdón por el ímpetu de mis palabras; pero vale más esto que no la mentira que ha producido estos frutos. No se justifique Wunderhood, es inútil. Y del matrimonio permítame que sea yo quien le hable: sonará menos ofensivo para María, menos que si hablara usted.

Este es absolutamente inadmisibile, recuerde bien.

Yo soy un sobrio realista: en el fatal parecido de María no veo mas que una semejanza, y no me asusta el pensamiento de que mi hija, con todas sus excepcionales cualidades, sea un día esposa y madre... Mi categórica oposición al matrimonio no ha sido mas que un medio de prevenirle. Sí, yo miro sobriamente a las cosas, míster Wunderhood; pero no es usted el destinado a ser el compañero de María. En realidad usted todavía no me conoce y ahora me voy a ver obligado a levartar el velo tras del que me he ocultado: mi inacción es sólo un descanso y yo no soy un pacífico compañero, y menos un filósofo de biblioteca; yo soy un luchador, iun gueriero en el campo de la vida! Y mi María será la recompensa del héroe, si... lo encontramos.

Yo repliqué: —Puede estar seguro, señor Magnus, que no Me permitiré decir a la señorita María una sola palabra. Usted sabe que yo no soy un héroe. Pero permítame preguntarle cómo concilia sus palabras con el desprecio que siente por los hombres. Recuerdo que alguna vez habló muy seriamente de patíbulo y de cárceles...

Magnus se echó a reír ruidosamente.

—¿Y se recuerda usted de lo que decía de su amor por los hombres? ¡Ah querido Wunderhood!, yo hubiera sido un mal guerrero y un pésimo político si en mi educación no hubiera entrado también el arte de la mentira. Ambos recitábamos, eso es todo.

— Usted recitaba mejor—confesé con tristeza.

—Y usted recitaba pésimamente, querido, no se ofenda. ¿Pero qué quería que hiciese cuando de pronto se me presenta un señor cargado de oro como...

—Como un asno. Continuad y comienza a expresar en todos los idiomas su amor hacia la Humanidad y cuya fe en el éxito podía igualarse sólo a la cantidad de dólares que llevaba encima? El defecto principal de su recitación está en esto: que usted ansía demasiado abiertamente el éxito y mira al efecto inmediato, lo que hace al espectador incrédulo y frío. Verdad es que yo no creía que se tratase sólo de una recitación una pésima recitación vale más que una tontería en serio. Le ruego que me perdone; pero usted me ha hecho la impresión de uno de esos necios yanquis que creen ellos mismos en sus empalagosas y vulgares parrafadas y... ¿comprende? Perfectamente. Continue.— Sólo una de sus frases—aquella sobre la guerra y sobre la revolución que sus millones pueden suscitar—me pareció un poco más interesante; ipero en seguida me di cuenta que se trataba de un simple bostezo, de un trozo de algún otro. Sus triunfos en los periódicos, su ligereza en las cosas serias— ¡acuérdesse del cardenal X!—, su beneficencia barata y de un gusto pésimo... No, míster Wunderhood, no ha nacido usted para el teatro serio. Su franqueza de ahora, aunque cínica, me ha producido mejor efecto que su elocuencia de barraca de feria. Diré lealmente que si

no fuese por María reiría de todo corazón y sin el menor escrúpulo alzaría con usted mi copa para el adiós.

—Una sola reparación, Magnus: francamente, querría que usted tomase parte...

—¿En qué? ¿En su recitación? Sí, faltaba a su recitación el creador, y usted quiere, francamente, volcar sobre mí la miseria de su espíritu. ¡Así como empleáis a pintores en pintar y en decorar vuestros palacios, así querríais emplear mi voluntad y mi imaginación, mi fuerza y mi amor!

—Pero su odio a los hombres...

Hasta este momento Magnus no ha abandonado casi el tono irónico y dulcemente burlón; mi observación produjo en él un repentino cambio. Se puso pálido, sus manos blancas se agitaron espasmódicamente a lo largo del cuerpo, casi para buscar el arma, y todo su semblante se volvió amenazador y espantoso. Como temiendo la fuerza de su propia voz, la bajó casi hasta convertirla en un murmullo, y alineaba con cuidado las palabras, de miedo que no se le fueran a libentar y echar a correr.

—¿El odio? Cállese, ilustre. ¿Es que no tiene conciencia, ni tampoco un adarme de ingenio? ¿Mi desdén? ¡Mi odio? Con esas afirmaciones respondía yo no a vuestro amor de cómico, sino a vuestra mortal indiferencia efectiva. Usted me ofendía, como hombre, con su indiferencia. Ofendía toda nuestra vida con su indiferencia. Ella estaba en su voz, ella miraba con una mirada inhumana por sus ojos, y más de una vez he temblado de miedo..., ¡de miedo, señor!, queriendo penetrar en el inconmensurable vacío de sus pupilas. Si en su pasado no existen esas páginas oscuras que ha lanzado usted así, por el estilo, entonces es peor: hay páginas blancas que yo no puedo leer...

—¡Oh!

—Si miro vuestro eterno cigarro; si me fijo en vuestro rostro petulante, pero enérgico y bello; si admiro sus maneras sin pretensiones, en las que cierta simplicidad de taberna es llevada

hasta alturas puritanas, todo me aparece claro en usted y en su ingenua recitación. Pero me basta encontrar vuestra pupila o el blanco de sus ojos, y desciendo en seguida en el vacío, me alarmo y no veo más su honrado cigarro ni sus honestísimos dientes de oro y estoy pronto a exclamar: «¿Quién sois que os atrevéis a llevar dentro tanta indiferencia?» La situación tomaba interés. La Virgen Me ama, y éste a cada momento está a punto de pronunciar mi nombre. ¿No es él hijo de mi padre? ¿Cómo ha podido descubrir el gran secreto de mi inmensa indiferencia? ¡Yo que la ocultaba con tanta diligencia!

—¡Ahí está, eso es!—gritó de pronto Magnus agitándose. Veo de nuevo en sus ojos las dos lágrimas que ya he visto otra vez; ¡es la mentira, Wunderhood! En sus ojos no existe manantial de lágrimas: han caído de lo alto, quizá de las nubes, como el rocío. Ríase, vale más: detrás de su risa veo simplemente un hombre perverso; pero tras de sus lágrimas blancas están las páginas blancas...

¡Las páginas blancas!... ¡Las habrá leído mi María?

Sin perderme de vista, como si temiera me fuera a escapar, Magnus dió algunos pasos por la habitación y vino a sentarse frente a Mí. Su cara se había apagado y su voz Me pareció fatigada cuando dijo: —Creo que me molestó en vano...

—No olvide usted, Magnus, que hoy Yo mismo le he hablado de la indiferencia.

Movió la cabeza con negligencia y cansancio.

—Sí, me acuerdo. Pero no se trata de eso, Wunderhood. En esta indiferencia no hay ofensa; la hay en otra parte... La sentí en seguida cuando llegasteis con vuestros miles de millones. No sé si To comprenderá; pero inmediatamente me entraron ganas de hablar de odio, de invocar el patíbulo y la sangre. El patíbulo es un asunto bastante tenebroso; pero los curiosos en torno al patíbulo, míster Wunderhood, son una cosa insoportable. En ese juego nosotros pagamos con la vida, y cuando de pronto asoma un curioso señor

con chistera y cigarro en la boca entran ganas, compréndame, de cogerlo por la solapa y...

En tal prolongado gemido pasa dentro de Mí el nombre de ¡María!... Y ya no mentía ni recitaba al responder a aquel hombre huraño: —Sí, no seguiré mucho tiempo cerca de ustedes, señor Magnus. Por razones bastante plausibles nada puedo decir de las páginas blancas que ha adivinado usted tras de mi encuadernación de cuero; pero sobre una de ellas hay escrito: «La muerte es la salida.» No era una chistera lo que había en manos del curioso visitante, era un revólver, ¿comprende? Echo una mirada al espectáculo, y después saludo y Me voy. En consideración a su realismo Me explicaré con mayor claridad y sencillez: próximamente, quizá mañana, partiré para el otro mundo... No, todavía no está bastante claro: muy pronto, quizá mañana, Me dispararé un tiro con el revólver. Primero pensé dispararme en el corazón; pero Me parece que en la cabeza es más seguro. Todo esto estaba ya determinado desde hace mucho tiempo, desde los primeros días... de mi llegada aquí. Quizá hasta en esta prontitud de decisión vea usted mi inhumana indiferencia. Pero si uno de tus ojos ve ya el otro mundo, difícilmente el ojo que todavía mira en éste tendrá una llama resplandeciente... como la que usted tiene en sus ojos, por ejemplo. ¡Oh, tiene usted unos ojos resplandecientes, señor Magnus! Magnus calló y preguntó después: —¿Y María?

—Me permite que le conteste? Yo he puesto en lo alto a la señorita María, para no considerar su amor por Mí como un error fatal.

—¿Pero usted deseaba este amor?

—Me es difícil contestar a esta pregunta. En principio, sí; quizá soñé un poco; pero cuanto más pensaba en este parecido fatal...

—Pero no pasa de ser un simple parecido—Me interrumpió vivamente Magnus—. No sea niño, Wunderhood... María tiene un alma elevada y bella; pero es una criatura de carne y hueso. Probablemente, hasta tiene sus pecadillos...

—¡Y mi chistera, Magnus? ¡Y mi salida? Para mirar a la señorita María con su parecido fatal —aunque no sea mas que una simple coincidencia! Me basta pagar la butaca; ¡pero cómo podré pagar su amor?

Magnus respondió duramente: —¡Sólo con la vida!

—¡Ve usted!, ¡sólo con la vida! ¿Cómo podría aspirar a tal amor?

—No se da usted cuenta de que ella le ama ya.

—¡Oh! Si la señorita María Me ama de verdad, entonces Mi muerte no constituye un obstáculo...

Aparte de que no me expreso con claridad. Quiero decir que mi salida...; no, mejor no decir nada. En una palabra, señor Magnus: ¿consiente usted ahora en aceptar mis miles de millones?

Me dirigió una rápida mirada. ¡Ahora?

—Sí; ahora que no recitamos ya: el papel del amor, yo, y usted, el del odio. Ahora que Me voy completamente, llevándome los restos» del caballero. Me expresaré con absoluta precisión: ¿quiere usted ser mi heredero?

La cara de Magnus se obscureció y me lanzó una mirada de odio: había tomado mis palabras como una burla. Pero yo seguía tranquilo y serio. Me pareció que sus blancas manos temblaban un poco.

Cerca de un minuto permaneció sentado volviéndome las espaldas; después se volvió de golpe.

—No—gritó fuertemente: te—. Quiere usted de nuevo...; ¡no!

Dió una patada en el suelo y gritó otra vez: «¡No!» Sus manos temblaban, su respiración estaba entrecortada. Después, un largo silencio y los silbidos de la tempestad y el murmullo del viento. Entonces nuevamente se apoderó de Mí una gran quietud, la grande y mortal quietud que lo contiene todo.

Todo estaba fuera de Mí. Aun oía los demonios terrestres de la tempestad, pero sus voces venían de lejos, débilmente, y no Me tocaban. Ante mis ojos tenía al hombre, pero era frío y extraño para

Mí como una escultura de piedra. Uno tras otro pasaron por delante de Mí, apagándose apenas surgidos, todos los días de mi humanización: brillaron los rostros, sonaron débilmente, en una inexpresable risa, y se callaron. Volví la mirada a la otra parte y encontré el silencio. Estaba como emparedado entre dos muros de piedra: tras del uno estaba la vida humana, de la que Me había desprendido; tras del otro en el silencio y las tinieblas—se extendía el mundo de mi eternidad y de la verdadera vida. Su silencio hablaba; sus tinieblas resplandecían; brotaba el deslumbramiento de una vida feliz y eterna; la onda golpeaba contra la dura piedra del muro impenetrable; pero mis sentidos estaban sordos y mi Pensamiento callaba. Le han arrastrado fuera los débiles pies de la memoria, y se ha quedado suspendido en el vacío, inmóvil, mudo. ¿Qué he dejado Yo tras del muro de mi desmayo?

El Pensamiento no respondía. Estaba inmóvil y vacío y callaba. Me rodeaban dos silencios, dos tinieblas velaban mi mente. Dos muros me enterraban, y tras del uno, en el mundo de las pálidas sombras, se deslizaba la vida humana, y tras del otro en el pensamiento y en la obscuridad—se extendía el mundo de mi ser verdadero y eterno. ¡De dónde venía la voz que llamaba? ¿Dónde se apoyaban mis pies?

Y en este instante ha resonado la voz lejana y extraña del hombre. Esta se acercaba cada vez más, y se sentía la terneza. Era Magnus, que Me hablaba. Temblando por el esfuerzo traté de oír y comprender las palabras, y helas aquí: —¡Vale más que viva, Wunderhood!

18 DE MARZO DE 1914.

Roma. Villa Orsini.

Desde hace tres días Magnus y María viven en Roma, en mi palacio. Este está ahora extrañamente vacío y silencioso y parece inmenso. Esta noche, desvelado de insomnio, he vagabundado por las escalinatas y los salones, atravesando habitaciones que no había visto antes, y su número Me ha asombrado. Aquí y allá había todavía andamios, caballetes y pinturas; pero mis irregulares compañeros ya no están. El alma de María ha arrojado fuera todo lo que había de frívolo y sucio, y sólo Toppy sigue en su puesto y se balancea solemne en el vacío, como el péndulo del reloj que está en la capilla.

¡Ah, qué bien está en su puesto! Si no fuera por el largo tiempo que se pasa sentado, y en que las faldas del hábito permanecen abiertas, y por el olor a pelambre que emana de su cabeza, Yo mismo lo habría tomado por uno de los santos que Me han honrado con su conocimiento.

Apenas veo a mis huéspedes: Yo realizo todo mi patrimonio en oro; Magnus, con Toppy y todos los secretarios, están ocupados todo el día en esta operación; nuestro telégrafo trabaja ininterrumpidamente. Conmigo Magnus habla poco y sólo de negocios. María... Yo la evito. Desde mi vertana diviso el jardín donde pasea ella, y por ahora esto Me basta. Su alma está aquí y todo el aire está lleno de la clara respiración de María. Ya creo haber dicho que sufro de insomnio.

Como ves, amigo, conservo la vida; con una mano muerta no se podría escribir ni siquiera las palabras muertas que Yo escribo; con una mano muerta no se puede escribir nada, nada. ¡Olvidemos el pasado!, como dicen los amantes reconciliados, y volvamos a ser amigos. Dame tu mano, compañero. Juro por la salvación eterna que no te ahuyentaré ni haré burla de ti; si he perdido la sabiduría de la serpiente he adquirido en cambio la dulzura de una pequeña paloma. La lástima es que haya ahuyentado a mis periodistas y a mis pintores: no tengo a quién acudir. Para ti parezco a un negro empolvado que teme quitarse el polvo con la mano y descubrir su negra piel... ¡Ah, mi piel es tan negra!

Sí, he quedado con vida, pero no sé hasta cuándo podré resistir: ya sabes lo difícil que es el tránsito del estado nómada al estable. Era Yo un libre piel roja que abría de par en par su humanidad como una tienda. En cambio, ahora pongo la primera piedra de mi habitación invernal y de antemano se me aparecen el frío y los relámpagos: ¿podrá conservarse en buena temperatura mi nueva casa cuando la cubra la blanca nieve? ¿Qué opinas; amigo, de los diversos sistemas de calefacción cential?

En aquella noche prometí a Tomás Magnus que no me mataría. Sellamos esta promesa con un amigable apretón de manos. No nos abrimos las venas ni lo hemos escrito con sangre; lo único que hicimos sencillamente fué decir sí». Pero sigamos: como sabes, sólo los hombres violan sus contratos; los diablos los respetan... ¡Acuérdate de todos tus héroes peludos y cornudos y de la honradez espartana de ellos! Afortunadamente—decimos afortunadamente que no fijé... por cuánto tiempo.

Lo juro por la salvación eterna: sería un pésimo rey si al construir un palacio no me reservase una salida secreta, una puertecita, una modesta hendedura por donde escapar los reyes inteligentes cuando se les sublevaran los súbditos e irrumpen en Versalles.

No me mataré mañana. Quizá pasará todavía mucho tiempo: de los dos muros, todavía no he superado sino el más bajo, y vivo ahora una vida humana contigo, compañero. Mi experiencia terrestre no es grande, y—¡quién sabe!—hasta es posible que la vida humana Me agrade mucho. ¡Es que no tengo el ejemplo de mi querido Toppy, que llegó hasta la vejez, teniendo un fin tranquilo? ¿Por qué entonces Yo—superando todas las edades como las estaciones del año—no he de poder alcanzar una vejez veneranda y canosa, convirtiéndome en un sabio maestro cargado de sentencias y de esclerosis?

¡Ah!, estas ridículas esclerosis, enfermedades seniles, quieren meterme miedo; pero podré habituarme durante la travesía por la vida y hasta podré amarlas. Todo el mundo dice que la vida se habitúa uno fácilmente: ¡probaré Yo también! Aquí está todo tan

bien dispuesto que después de la lluvia viene invariablemente el sol y seca la humedad, si esta no ha tomado ya la precaución de desaparecer. Aquí está todo tan bien ordenado que no existe enfermedad contra la cual no haya medicina...; ¡y siempre es una cosa hermosa poder enfermar con la seguridad de que cerca hay una farmacia!

Por lo que pueda suceder, ¡una puertecita, un paso secreto en el fondo de un húmedo corredor, al otro lado del cual están las estrellas y la inmensidad de Mi palacio! Quiero ser franco contigo: tengo un carácter nada sufrido, y esto me hace desconfiar. ¡Qué es la tos o el catarro gástrico?; y, de veras, no quiero soportar ni la tos ni otras bagatelas y escaparé. Hay veces que Me places, y estoy pronto a concertar contigo una larga y estrecha alianza; pero he aquí que de pronto sobre tu amable cara pasa algo así... No, no es posible prescindir de la puertecita secreta cuando se es tan caprichoso. Por desgracia, soy también muy orgulloso: éste es un defecto antiguo en Satanás.

Mi humanización Me ha aturcido como aturde a un pez un golpe en la cabeza: pero estoy seguro de una cosa: que pertenezco a la estirpe de los libres, a la raza de los dominadores que transforman su voluntad en ley. Los reyes vencidos se entregan algunas veces prisioneros, jamás se vuelven esclavos. ¿Y si veo levantado sobre Mí el látigo del sucio carcelero y mis manos encadenadas no pueden desviar el golpe?... ¿Continuaré viviendo con las cicatrices en la espalda? ¿Regatearé con EL DIARIO DE SATANAS. los jueces por un latigazo más o menos? ¿Besaré la mano del verdugo? (0) me iré a la farmacia por un medicamento?

No, no Me censure el honesto Magnus por esta pequeña inexactitud en nuestro contrato: viviré, pero sólo mientras quiera. Todas las ventajas de la humanización, que él Me exaltó aquella noche, cuando Satanás fué tentado por el hombre, no arrancarán el arma de mi mano: ¡ella es la única garantía de Mi liberación! ¿Qué valen, respecto a la libertad, todos tus principados y condados, todos tus títulos de nobleza, tu oro, ¡oh hombre!, frente a este leve y

libre movimiento del dedo, que en un momento te alza al Trono de los Tronos?...

—¡María!

Sí, Yo la temo. La mirada de sus ojos es tan imperativa y serena, la luz de su amor es tan viva, encantadora y maravillosa, que todo tiembla en Mí, oscila y Me impele a una fuga inmediata. ¡Ella Me tienta con la felicidad desconocida, con indistintas promesas, con encantadores sueños! (Gritaré: «¡Vete!», o, en cambio, desobediente y malvado, Me someteré a su voluntad y la seguiré?

¿Adónde? No lo sé. ¿Pero conozco Yo todo? ¿O hay todavía otros mundos además de los que he olvidado o conozco? ¿De dónde viene esta inmóvil luz sobre mis espaldas? Cada vez se hace más intensa y deslumbrante; a su tibio contacto ya se enciende Mi alma, y los témpanos polares que la cubren se quiebran y derriten. Me da miedo volverme atrás.

¿No es quizá Sodoma maldita que arde y no Me tornaré de piedra volviéndome? ¿O es quizá éste el nuevo sol que todavía no he visto Yo en la tierra y que se proyecta sobre mis espaldas, y es que voy a huir, como un imbécil, volviendo la espalda en vez de la cara y en lugar de la frente alta la nuca baja y obtusa de la bestia aterrada?

¡María! ¿Qué me vas a dar en cambio de mi revólver? Me costó diez dólares, con estuche y todo, ¡y no te lo cedería ni por un reino!

Pero, por favor, no Me mire, Señora, porque si no... te daré todo gratis: el revólver y el estuche, ¡y hasta al mismísimo Satanás!

26 DE MARZO DE 1914.

Roma. Villa Orsini.

Llevo cinco noches sin dormir. Cuando se apaga la última luz en mi palacio silencioso Yo bajo poco a poco por las escaleras y con grandes precauciones me marchó en el automóvil al campo, donde paso toda la noche. Abandono el automóvil en la carretera y vago por los senderos hasta el alba, o Me estoy sentado en lugar obscuro. Nadie Me ve, y los raros transeúntes—algún que otro campesino de Albano—hablan fuerte, sin sumisión. Me agrada ser invisible: esto Me recuerda algo que había olvidado.

Me he sentado una vez en una peña y puse en fuga a un lagarto—probablemente sería un lagarto que rozaría mis pies entre la hierba y desapareció. Quizá fuera una pequeña serpiente, no sé.

Pero Me entró un gran deseo de convertirme en lagarto o en una pequeña serpiente, invisible bajo las piedras. Me molesta esta mi alta estatura, las grandes dimensiones de mis piernas y brazos, nada a propósito para hacerme invisible.

Y además Yo evito mirarme en el espejo mi cara que todos ven. ¿Por qué temía tanto al principio la obscuridad? ¡Con lo bien que esconde y disuelve todo lo que es inútil! Probablemente todas las bestias, cuando mudan la piel o las escamas, experimentan una vergüenza, un miedo, una inquietud como esta mía, y buscan la soledad.

¿Quiere esto decir que cambio de piel? ¡Ah, todo esto no es sino la vieja historia! Lo ocurrido es lo siguiente: que no he sabido evitar las miradas de María y parece que Me dispongo a tapiar la última salida que Me quedaba. Pero Me avergüenzo—lo juro por la salvación eterna, Me avergüenzo como una jovencita que se dirige a la ceremonia nupcial. Casi Me ruborizo. ¡Satanás que se ruboriza!... No. ¡chitón!, no está aquí él: ¡chitón!, ¡no nos vaya a oír!

Magnus le ha contado todo a ella. Y ella no ha repetido que Me ama, pero Me ha mirado y dicho: —Prométame que no se matará.

El resto, su mirada fué quien lo dijo. ¿Te acuerdas de la serenidad de su mirada? Pero no te figures que le respondí con una precipitada aquiescencia. Como la salamandra a través del fuego, así pasé Yo

rápidamente a través de todos los colores de la llama, y no te repetiré las encendidas palabras que salían de mi infierno incandescente: las he olvidado. ¿Pero te acuerdas de la serenidad de la mirada de María? Besando su mano, le dije someramente: — ¡Señora! No voy a pedirle cuarenta días de meditación y el desierto: el desierto Yo mismo lo encontraré, y para meditar, con una semana Me basta. Pero concédame una semana y..., por favor, no Me mire más, porque si no...

Eso precisamente no fué lo que le dije, sino otras palabras; pero da lo mismo. Ahora estoy mudando la piel, y esto Me hace daño y Me llena de vergüenza y miedo, puesto que cualquier cuervo puede descubrirme y picotearme hasta la muerte. ¡De qué Me sirve tener en el bolsillo un revólver? Sólo después de haber aprendido a tirarse uno mismo se puede matar a un cuervo; los cuervos lo saben, y no temen a los bolsillos trágicamente hinchados.

Desciendo de lo alto, y humanizándome he aceptado al hombre sólo a medias. He penetrado en la humanización como dentro de una fuerza extraña, pero no Me he sumergido completamente: todavía Me agarro con una mano a mi ciclo y quedo en la superficie de las ondas. Se Me ordena que acepte todo el hombre: es hombre sólo el que hemos dicho; ya no Me mataré nunca ni dejaré el mundo por mi voluntad. ¿Y el látigo? ¿Y las malditas cicatrices en las espaldas? ¿Y el orgullo?

¡Oh María, María, cómo Me tientes! Vuelvo la mirada al pasado de la tierra y descubro miradas de sombras acongojadas que pasan lentamente a través de los siglos y los países. Son los esclavos. Sus brazos se alzan desesperadamente hacia lo alto, sus costillas huesudas laceran la piel sutil, sus ojos están llenos de lágrimas y la garganta está seca de tanto gemir. Veo el delirio y la sangre, la violencia y la mentira; siento los juramentos que hacen, y las oraciones en que piden a Dios gracia y clemencia, y las maldiciones que echan a la tierra.

Por lejos que dirija la mirada, en todos los sitios arde y humea y se retuerce la tierra; por más que profundice mi oído no dejan de

resonar gemidos por todas partes; ¡hasta el mismo regazo de la tierra está lleno de gemidos! Diviso copas llenas; pero cualquiera de ellas que lleve a los labios contiene hiel y vinagre: ¡serán éstas las únicas bebidas de los hombres? ¿Y esto es el hombre?

Ya los conocía antes a los hombres. Pero los miraba como Augusto miraba desde su tribuna la fila de víctimas: ¡Ave, César, los que van a morir te saludan!» Los miraba con los ojos de águila y no Me dignaba conceder ni siquiera una señal de mi cabeza coronada a sus gritos dolorosos: aparecían y desaparecían, andaban sin fin, y sin fin era la indiferencia de mi mirada cesárea. Y ahora... ¿es posible que sea Yo el que Me muevo velozmente levantando el polvo de la arena? Y Yo soy este esclavo sucio, delgado, famélico, que alza su cara de prisionero y gime roncamente, mirando los ojos impassibles del Destino: Ave, Csar! Ave, Csar!

El látigo cortante rasga el aire y golpea mis espaldas; caigo de bruces dando un alarido de dolor.

¿Ha sido un Amo quien me ha golpeado? No, ha sido otro esclavo, a quien habían ordenado que azotara al esclavo; pero pronto estará el látigo en Mis manos, y también sus espaldas se cubrirán de sangre, y entonces le tocará a él morder el polvo que cruje ahora entre mis dientes.

¡Oh María, María, qué espantosamente me tientas!

III

29 DE MARZO. ROMA

Compra la tinta más negra que encuentres, coge la pluma mayor y separa con un trazo grueso mi vida de ayer de la de hoy; coge la vara de Moisés y divide el tiempo, flúido como las aguas de un torrente, y deseca el fondo...: sólo entonces podrás comprender mi *hoy*.

Ave, Caesar, moritur te salutant!

3 DE ABRIL DE 1914.

Roma. Villa Orsini.

No quiero mentir. No siento amor por ti, ¡oh hombre!, y si ya tienes abiertos los brazos, ciérralos: todavía no ha llegado el momento de los besos y las caricias. Ya llegará, y nos abrazaremos; pero por ahora seamos reservados y fríos como dos caballeros en la miseria. Tampoco diré que haya crecido mi estimación por ti, aunque tu vida y tu Destino se hayan hecho mi vida y mi Destino; ha

bastado poner la cabeza bajo el yugo, y ahora el mismo látigo azotará nuestras espaldas. Sí, por ahora basta con esto. ¡No has notado que ha desaparecido la mayúscula de mi «yo»? la tiré junto con el revólver. Esta es la prueba de la sumisión y de la igualdad dada a mí mismo y a María. Igual que un rey, he prestado juramento de fidelidad a la constitución, y no lo romperé, como haría cualquier rey: de mi vida pasada he mantenido intacto el respeto a los contratos. Juro que seré tu fiel compañero en la galera común y no huiré.

En estas últimas noches, antes de la decisión, he pensado mucho en nuestra vida; ésta es abominable, ¿no es verdad?

Es penoso y envilecedor ser sobre la tierra esta mísera cosa que se llama hombre: pequeño gusano astuto y ávido que se arrastra, multiplica y miente a toda velocidad, ocupado en esquivar los golpes dirigidos a su pequeña cabeza, y que, si no miente, parece igualmente a su hora fijada. Pero seré el pequeño gusano. Sea que me nazcan hijos o que un pie ciego me aplaste a la hora fijada mi cabeza pensativa, yo acepto, sumiso, todo. Compañero, tú y yo estamos oprimidos, y en esto ya hay un pequeño consuelo: tú escucharás mis lamentos, yo los tuyos; y si el asunto llega a los tribunales, ¡ya hay testigos! Cuando se mata en la plaza siempre hay testigos.

Mentiré si es preciso. No con la libre mentira que sale hasta de la boca de los profetas cuando recitan, sino con la forzada mentira de la liebre, obligada a agachar las orejas y volverse parda en verano y blanca en invierno. ¡Qué quieres que haga cuando tras de cada árbol hay un cazador armado con una escopeta! Después nuestra acción podrá aparecer innoble y provocará una condena; ¡pero nosotros dos queremos vivir, compañero! Y quizá nos condenen; cuando esto ocurra mentiremos, y como lobos saltaremos al cuello y morderemos en él: es preciso vivir, queridísimo, es preciso vivir. ¿Es culpa nuestra acaso si la sangre caliente es tan tentadora y sabrosa? En el fondo, ni tú ni yo, ¿verdad?, estamos orgullosos de nuestra mentira, de

nuestra bellaquería, de nuestra ferocidad; y en realidad no somos sanguinarios por convicción.

Pero aunque no sea abominable nuestra vida, sin embargo es bastante despreciable—¿estás de acuerdo?—. No te amo todavía, ¡oh hombre!, pero durante estas noches casi he llorado en los sufrimientos de tu cuerpo esposado, de tu alma crucificada eternamente. Que el lobo sea lobo, que la liebre sea liebre y el gusano sea gusano está bien: su espíritu es tenebroso y pobre; su voluntad, sumisa; ¡pero tú, hombre, llevas dentro de tí a Dios y a Satanás en esta angosta y maloliente prisión!

¡Dios, obligado a ser lobo que salta al cuello y bebe la sangre!
¡Satanás, obligado a ser liebre que esconde las orejas! Es casi insoportable, estoy de acuerdo contigo. Esto hace la vida eternamente agitada y tormentosa, y la tristeza del alma es incurable.

¡Piensa!: de tres criaturas que pones en el mundo, una será el asesino; la otra, víctima, y la tercera, el juez y verdugo. Todos los días se suprime a los asesinos, y éstos renacen siempre; todos los días los asesinos matan la conciencia, y la conciencia ajusticia a los asesinos, y todos viven, asesinos y conciencia. ¡Qué niebla envuelve la vida! Escucha todas las palabras que el hombre ha pronunciado desde el día de su creación, y dirás: ¡Es Dios!

Echa una mirada a todas sus acciones, desde los primeros días, y exclamarás con repugnancia: ¡Es una bestia! Así, desde miles y miles de años el hombre lucha contra sí mismo; y su tristeza no tiene fin, y la angustia del espíritu prisionero es horrible y espantosa, y el último Juez tarda siempre en llegar... Pero no vendrá nunca, te lo digo yo: ¡siempre estaremos solos con nuestra vida, ¡oh hombre!

Aceptaré hasta esto. Todavía no me ha señalado la tierra con un nombre, y no sé quién soy: ¡Caín o Abel? Acepto el sacrificio, como también el asesinato. Siempre tras de ti, siempre contigo, ¡oh minúsculo hombre! Clamaremos juntos en el desierto, en la convicción de que nadie nos oirá... ¿O es que puede oírnos alguno?

Mira, comienzo a creer contigo en la existencia del Oído de alguno, y pronto creeré en el Ojo triangular... No es posible, no, ¡palabra de honor!, que tal concierto no tenga un oyente, que tal espectáculo se desarrolle en una sala desierta.

Pienso que todavía no me han pegado ninguna vez y me da miedo. ¿Qué será de mi alma el día que una mano brutal me abofetee en la cara? Sé que ninguna compensación terrestre me podrá devolver la cara; ¿y qué será entonces de mi alma?

Juro que aceptaré hasta esto. Por doquiera tras de ti, en todas partes contigo, ¡oh hombre! ¿Pero qué importa mi cara si has abofeteado la cara de Cristo y has escupido en sus ojos? Sea donde sea, contigo, hombre. Y si es preciso yo mismo pegaré con esta mano con que estoy escribiendo: dondequiera, contigo. Nos hemos pegado y nos pegaremos, hemos golpeado a Cristo y le golpearemos...; ¡ah, nuestra vida es amarga, casi insufrible!

Hace poco rechacé tu abrazo; dije: es demasiado pronto. Pero ahora digo: abracémonos fuertemente, hermano; apretémonos más estrechamente el uno contra el otro—¡es tan doloroso y espantoso estar solos en esta vida, cuando todos los caminos de salida están cerrados! Y aun no sé dónde está el orgullo y la libertad, si en suicidarse cuando a uno le plazca o en el sufrir humildemente, sin resistir, la mano del verdugo. Cruzar los brazos sobre el pecho, avanzar un pie ligeramente hacia adelante y, sacudiendo atrás la cabeza orgullosamente, esperar con calma: —¡Cumple tu misión, verdugo!

O bien: —Aquí está mi pecho, soldados: ¡disparad!

Es ésta una postura algo plástica, y me agrada.

Pero aun más me agrada que en ella, quizá de algún modo extraño, renazca mi gran Yo. Naturalmente que el verdugo no retardará el cumplimiento de su deber ni los soldados tirarán los fusiles; pero lo que importa es la línea, lo que importa es el instante, cuando ante la misma muerte yo me sienta inmortal porque seré más grande que la vida. Es extraño: con un solo levantar la cabeza,

con una pequeña frase dicha o pensada intempestivamente puedo yo desligar a mi espíritu de lo que me circunda, y toda la desagradable operación se desarrollará fuera de mí. Y cuando la muerte haga saltar el interruptor, las tinieblas no cubrirán la luz que, libre, andará dispersa por el espacio para volver a nacer y brillar todavía... ¡Pero dónde?

Extraño, extraño... Proviendo del hombre, ya me tenéis de cabeza ante el muro del delirio, que sólo Satanás conoce. Pero, ¡qué gran trascendencia tiene la pose! ¡Pero seguirá siendo tan convincente y no perderá en plasticidad si a la muerte, a los soldados y al verdugo se los substituye con otra cosa?...; por ejemplo: —Aquí tenéis mi cara: ¡abofeteadla!

No sé por qué me preocupa tanto mi cara; pero lo cierto es que me preocupa mucho, te lo confieso, ¡oh hombre!, me preocupa excesivamente... No, tonterías. Eliminaré de la circulación al espíritu.

¡Que peguer, que peguen! Cuando el espíritu está eliminado, entonces la cosa no resulta más ofensiva y dolorosa que si golpearas mi gabán colgado en la percha... Pero he olvidado por completo que no estoy solo y me he sumergido inconvenientemente en la meditación, como si no me encontrara en tu compañía. Hace ya media hora que me callo de lante de este papel, mientras creía haber hablado por mucho tiempo y con vivacidad. Había olvidado que no basta pensar: es preciso hablar además.

¡Qué lástima, ¡oh hombre!, que para comunicar nuestros pensamientos estemos obligados a recurrir a los servicios de un intermediario tan malo como es la palabra, que roba los mejores y más preciosos pensamientos, los altera con etiquetas de almacén! En verdad te digo: esto me apena más que la muerte y los palos.

Me aterra el tener que callar cuando llego a lo sobrenatural que es inexplicable. Como un arroyo corro y empujo hacia adelante, hasta el océano: en sus profundidades se extingue mi murmullo.

En uno mismo, sin correr ni alejarse, se mece el océano. A la tierra lanza sólo su fragor y sus chorros, y en la profundidad

permanece mudo e inmóvil, mientras que se mueven absurdamente en su superficie ligeras navecillas. ¿Cómo me expresaría?

Antes de tomar la decisión de alistarme entre los esclavos terrestres no he hablado ni con María ni con Magnus... ¿Para qué hablar con María, si su voluntad es clara como su mirada? Pero ya convertido en esclavo me fuí a hablar a Magnus para lamentarme y pedirle consejo—parece que así se comienza a hacer de hombre.

Magnus me escuchó en silencio y hasta un poco distraído. Trabaja día y noche y apenas si conoce el descanso: el trabajo de liquidación va tan rápidamente en sus enérgicas manos como si jamás hubiera hecho otra cosa en su vida. Me placen sus.

miras amplias y el maravilloso desprecio por las cosas de poca importancia: en los casos intrincados tira los millones en litigio con una indiferencia y una gracia de gran señor... Pero está muy cansado, y sus ojos parecen ahora más grandes y obscuros sobre su cara pálida; además de esto—como María me ha hecho saber—le tortura el dolor de cabeza.

Temo que mis lamentaciones sobre la vida no hayan sido acogidas por él con particular simpatía.

Cualquier acusación que elevase contra el hombre y su vida, Magnus la confirmaba inmediatamente: —Sí, sí, Wunderhood, esto precisamente es lo que se llama ser hombre. La desgracia es que haya caído en la cuenta un poco tarde, y ahora es inútil agitarse. Cuando haya probado al menos una parte de lo que ahora tanto le asusta, entonces hablará de otro modo. Por lo demás, me alegro que hayáis abandonado ya la indiferencia: os habéis vuelto muy nervioso y agitado... ¿Pero por qué tiene ese miedo excesivo reflejado en sus ojos? ¡Domínese, Wunderhood!

Me eché a reír.

—Se lo agradezco, ya estoy tranquilo. Evidentemente debe de ser el esclavo que mira a través de mis ojos, esperando el látigo... Tenga paciencia, Magnus, todavía no estoy habituado. Dígame, ¿me verá obligado a cometer uno o más... homicidios?

—Es muy probable.

—¡Y no me quiere decir cómo podrá suceder esto?

Nuestras miradas se dirigieron al mismo tiempo sobre sus blancas manos; después Magnus respondió, ligeramente irónico: —No, no se lo diré. Pero si quiere le hablaré de otra cosa: de lo que significa aceptar totalmente ser un hombre; ¿no es eso lo que le agita, verdad?

Y con gran frialdad, aunque no exento de cierta impaciencia, como si otro pensamiento absorbiese toda su atención, me contó brevemente un involuntario y espantoso asesinato. No sé si contaba un sucedido o inventaba expresamente para mí una tan lúgubre historia; pero el argumento era éste: Hacía ya de esto mucho tiempo, un ruso, deportado político, hombre muy instruído y al mismo tiempo religioso—cosa que todavía sólo es posible en Rusia, huía de la galera, y tras un largo y doloroso errar por las selvas siberianas encontraba refugio entre unos fieles de una secta cismática.

Enormes cabañas hechas de maderos, frescas, en una espesa selva, con altos recintos, enormes hombres barbudos, enormes perros rabiosos; algo así.

Y precisamente en su presencia debía desenvol verse un delito monstruoso. Aquellos místicos locos, en cumplimiento de un rito, debían sacrificar un cordero inocente; es decir, debían, en un altar levantado por ellos mismos, al canto de los himnos sagrados, matar un niño. Magnus me omitió todos los particulares atroces, limitándose a una somera descripción: la víctima era un niño de siete años, al que habían puesto un camisón nuevo; también estaba allí presente su joven madre. Todas las argumentaciones razonables, todos los intentos que realizó el deportado para hacer comprender a los fanáticos que se preparaban a cometer el más monstruoso sacrilegio, que no les esperaba la clemencia divina, sino las torturas del infierno, fueron impotentes frente a la estúpida y apasionada obstinación de ellos. Se puso de rodillas, suplicó, lloró, se apoderó

del puñal—en esto la víctima, ya desnuda, era puesta sobre la tabla —y trató de consolar a la madre con sus lágrimas y sus gritos; pero no consiguió sino empujar a los fanáticos al delirio; le amenazaron con matarle también a él...

Magnus me lanzó al terminar de decir esto una mirada particularmente fría y pronunció lentamente: —¿Qué habría hecho usted en un caso parecido, míster Wunderhood?

—¡Habría luchado hasta hacerme matar!

—¿Sí? Aquél hizo más. Ofreció sus servicios, y con sus mismas manos, al canto de los himnos de circunstancias, degolló al niño. ¿Os asombra esto?

El deportado pensó: «Más vale tomar sobre mí este atroz delito y el castigo que traerá, que no hacer ganar el infierno a estos estúpidos inocentes. Claro que cosas parecidas sólo ocurren en Rusia, y hasta creo que el deportado estaba, hasta cierto punto, loco también él. El hecho es que posteriormente murió en un manicomio.

Después de una pausa pregunté: —¿Y usted, Magnus, qué habría hecho?

Aun con más frialdad me respondió: —No sé. Según el momento. Lo más probable es EL DIARIO DE SATANAS. que hubiera abandonado a aquellas bastias; pero ¡quién sabe!... La demencia humana es muy contagiosa, míster Wunderhood.

—La llama sólo demencia?

—He dicho demencia humana. Pero aquí se trata de usted, Wunderhood. ¿Qué dice usted? Yo voy a trabajar, y piense usted hasta qué límite está dispuesto a aceptar íntegramente a la humanidad; ya me lo comunicará después. ¡Espero que no haya abandonado la idea de seguir con nosotros?

Sonrió con una afabilidad indulgente y salió; yo me quedé meditabundo. Pienso: ¿dónde está el límite?

Confieso que he empezado a temer absurdamente a Tomás Magnus... Este temor, ¿es quizá una de las nuevas ventajas de mi completa humanización?

Pero cuando me habla él así se apodera de mí una extraña turbación, mis ojos miran tímidamente, mi voluntad se pliega como bajo un grave peso, desconocido para mí. Piensa, hombre: ¡estrecho con respeto su gran mano y me complazco en sus caricias! Esto me sucedía antes; pero ahora a cada nueva conversación siento que este hombre puede ir más lejos que yo en todo campo.

Temo odiarlo. Pero si todavía no he conocido el amor, tampoco conozco el odio, y sería una cosa muy extraña comenzar odiando al padre de María...

¡En qué niebla vivimos, oh minúsculo hombre!

He pronunciado el nombre de María, y mi espíritu se ha contagiado de la serena mirada de ella, y va está apagado el odio por Magnus—¿o será, quizá, que haya inventado este odio?—, y desapareció también mi miedo del hombre y de la vida—¿lo habré imaginado también éste?—, y una gran alegría, una gran quietud desciende sobre mi alma.

Como si de nuevo fuera yo la nave blanca sobre el océano sereno y al mismo tiempo un espejo. Como si mi mano contuviera todas las respuestas y sólo la pereza me impidiera abrirla y leerlas. Como si me hubieran devuelto la inmortalidad... ¡Ah, no puedo hablar más, hombre! ¿Quieres que te apriete con furor la mano?

4 DE ABRIL DE 1914.

El bueno de Toppo aprueba todo lo que hago. Me divierte muchísimo este excelente Toppo. Como presumía, ha olvidado

completamente su verdadero origen: todos mis recuerdos sobre nuestro pasado él los considera como una broma; algunas veces ríe, pero las más de ellas se molesta, ofendido. Como gran religioso que es, considera como una ofensa el ser comparado a un diablo cornudo: ahora también está él persuadido que los diablos son cornudos. Su americanismo, que al principio era pálido y ligero como un bosquejo a lápiz, ahora está lleno de color, y hasta yo mismo estoy dispuesto a creer en todas las tonterías que Toppy cuenta sobre su vida tan sincero y convincente es—. Según él, hace ya quince años que está a mi servicio, y resulta sobre todo cómico escuchar lo que cuenta de mi juventud.

A lo que parece, también está él influído por el encanto de María: mi decisión de regalar todo el dinero a Magnus le asombró mucho menos de lo que me esperaba. Por un momento dió unas chupadas silenciosamente a su cigarro y dijo: —¿Y qué hará Magnus de su dinero?

No sé, Toppy.

Frunció con estupor las cejas: —¿Habla usted en serio, míster Wunder hood?

—Mira, Toppy; por ahora, nosotros..., es decir, Magnus, se ocupa en reducir a oro todo nuestro haber y en ponerlo en varios Bancos a su nombre, ¡comprendes?

—¡Oh!, ¿cómo no comprender, míster Wunderhood?

—Estas son las medidas preliminares necesarias.

Lo que hará después... no lo sé todavía.

—¿Pero sigue usted bromeando?

—Recuerda, amigo, que yo mismo no sabía qué hacer de mi dinero. No era dinero lo que había yo menester, sino una nueva actividad, ¡comprendes? Magnus sabe, en cambio, lo que hay que hacer. No conozco todavía sus propósitos; pero lo que importa es que él me ha dicho: «Le obligaré a trabajar, Wunderhood.» ¡Oh, Magnus es un gran hombre; ya verás, Toppy!

Topsy respondió sordamente: —¿Pero es dueño de su dinero, míster Wunderhood? ¡Ah!, pero tú lo has olvidado todo y te estás haciendo un lío, Topsy. ¡No te acuerdas de la recitación? ¿Qué quería recitar yo?

— Sí, ha hablado usted de algo parecido. Pero me parecía entonces que estaba de broma.

— No, no bromeaba, pero me he equivocado.

Aquí se recita, pero esto no es un teatro. Esto es una casa de juego, Topsy: yo entrego mi dinero a Magnus, que hace de croupier, comprendes? El es mi croupier y tiene el juego, pero las apuestas son más... Así es la vida, ¿qué le vas a hacer?

El viejo bufón parece no comprender nada. Después de mover tres veces las cejas, con esfuerzo, me pregunta, pensativo: —¿Y cuándo es su boda con la señorita María?

—No sé todavía, Topsy. Pero no se trata de esto.

Veo que algo te deja descontento. ¡No tienes confianza en Magnus?

—¡Oh, el señor Magnus es un hombre de mucho mérito! Pero le diré, míster Wunderhood, si me permite ser sincero, que temo una cosa. El es un incrédulo. Parece extraño que el padre de María pueda ser un incrédulo, pero es así. Permítame un ruego: dé algo a Su Eminencia.

— Eso depende de Magnus.

—¡Ah!, ¿del señor Magnus? Ya, ya. ¿Sabía usted que Su Eminencia ha venido a ver al señor Magnus? Fué uno de estos últimos días, y se encerró con él en el estudio cerca de una hora; no estaba usted en casa.

— No, nada sabía. No hemos hablado todavía de esto; pero no temas, ya daremos algo a tu cardenal. Confiesa que te ha catequizado por completo la vieja mona.

Toppy me miró severamente y suspiró. Después se quedó pensativo y..., icsa extraña!, sus rasgos revelaban algo simiesco, como los del cardenal.

Después, posiblemente surgiendo de alguna profundidad, brotó en él una sonrisa que iluminó su nariz—péndulo, llegó a los ojos y brilló en ellos con una pequeña llama aguda, no exenta de un licencioso sarcasmo.

Yo le observaba con estupor y casi con alegría: sí, aquel era mi viejo Toppy, que se escapaba de su tumba humana...; estaba también seguro que sus cabellos no olían ya a incienso, isino a pelambre!

Con gran ternura le besé en el sincipucio—ilas viejas costumbres son inextirpables! —, y exclamé: —¡Toppy, eres encantador! ¡Pero qué ha sido lo que tanto te ha alegrado?

—Esperaba que él presentara al cardenal a María.

—¿Y qué?

—¡Que no la ha presentado!

Pero Toppy enmudecía. Y por el mismo camino por donde había venido desapareció lentamente la sonrisa: primero se apagó y obscureció la narizpéndulo; después, de un golpe, se apagaron los vivos resplandores de los ojos, y de nuevo el mismo aspecto de mona aburrida, el olor ácido y de sacristía sepultaron en un instante al resucitado. Hubiera sido inútil turbar aquellas cenizas con otras preguntas.

Durante el día de ayer cayó una lluvia tupida; pero hacia la tarde se arregló el tiempo, y Magnus, cansado parece que le dolía la cabeza, propuso un paseo de los tres al campo. Como siempre que salimos a dar paseos íntimos, no llevamos con nosotros al chofer: en tales ocasiones Magnus es quien conduce el vehículo, con una extraordinaria habilidad. Esta vez ha traspasado los límites de la temeridad; no obstante la obscuridad, que cada vez se hacía más densa, y de la carretera fangosa, Magnus lanzó el automóvil con tal

loca velocidad que no pocas veces fijé yo la mirada inquieta sobre sus amplias espaldas.

Pero esta inquietud mía duró poco: la vecindad de María, a la que yo sostenía con mi brazo me atrevo a decir: nos abrazábamos—, pronto hizo desaparecer de mí toda sensación terrestre.

No sé cómo darte una idea, ¡oh hombre!, del aire perfumado del campo, que envolvía mi rostro, de la belleza y encanto de la vertiginosa carrera ni de esta sensación de la supresión del peso, casi como por una total desintegración del cuerpo, merced a la cual se siente un pensamiento que se precipita, una mirada que vuela...

Pero aun menos podría hablarte de María. Su rostro de Virgen blanqueaba como mármol en la penumbra, envuelta en el silencio del mármol: el suave, gentil y sabio silencio de su perfecta belleza.

Yo tocaba apenas con el brazo su fina y flexible vida; pues bien: si hubiera estrechado entre mis brazos todas las cosas terrestres y divinas no habría experimentado una sensación tan plena de poseer todo lo creado. ¿Sabes tú lo que es una línea como dimensión? No gran cosa, ¿verdad? Sólo en una línea se pliega hacia mí el divino cuerpo de María; no, ¡ni siquiera en una línea!; ¿pero qué dirías tú, ¡oh hombre!, si el Sol, desviándose de su camino, se acercara a ti sólo en una línea? ¡No gritarías: ¡milagro!?

Mi existencia me parecía inmensa, como el universo, que no conoce ni tu espacio ni el tiempo, ¡oh hombre! Durante un instante se tambaleó ante mis ojos el muro negro de mi delirio, aquel irsuperable obstáculo ante el que se agitaba conmovido el espíritu del humanizado, y súbitamente desapareció, sumergido sin estrépito y sin lucha, en las olas de mi nuevo mar, que ascendía cada vez más alto, cubriendo el mundo. Ya no tenía nada que recordar ni que saber: de todo se acordaba y lo poseía todo mi alma humana. ¡Soy hombre!

¿A qué es debido mi odio por Magnus? Miro esta inmóvil, erguida, sólida espalda humana, y pienso que tras de ella palpita un corazón; y pienso que debe de ser difícil y penoso estar tan derecha; y pienso

en el dolor y los sufrimientos que ya ha oportado este ser humano, y repentinamente siento hasta el espasmo, hasta las lágrimas, que amo a Magnus; aquí está; va tan velozmente y no tiene miedo. Precisamente en el instante en que pensaba en esto se posó sobre mí la mirada de María... ¡Ah, su mirada es serena tanto de noche como de día!

Pero traicionaba una leve inquietud; preguntaba: ¿por qué estas lágrimas?

¿Cómo responder con las estúpidas palabras? En silencio, he cogido la mano de María y la he besado.

Siempre con la misma expresión, sin quitar sus ojos serenos de mi persona, resplandeciendo con la frialdad marmórea de su rostro, ella retiró lentamente la mano—¡mi emoción era tan grande!— y, después de haberse quitado el guante, me la ha vuelto a ofrecer. ¡Me permitirás que no siga? No sé quién puedas ser tú, lector de estas líneas, y temo... a tu fantasía demasiado descarriada y atrevida; sí, no está bien a un caballero como yo hablar de los propios éxitos con las mujeres...

Tanto más cuando que ya era hora de regresar: en los montes brillaban las luces del Tívoli y Magnus ha amainado la velocidad del vehículo.

Retornábamos lentamente, y Magnus, alegre, secándose con un pañuelo la frente sudorosa, se volvía de vez en cuando hacia nosotros para comunicarnos sus impresiones. No ocultaré mi pensamiento: su segura humanidad observaba con interés la perfección de mi metamorfosis. Subiendo por la vasta escalinata de mi palacio majestuosamente rico y bello, pensé de pronto: —¿Pero por qué no mandar al diablo esta aventura de humanización? Sencillamente, casarme y vivir principescamente en este palacio. Habrá libertad, tendré chiquillos con sus tiernas risas, la simple felicidad del amor terreno. ¿Por qué he regalado mi dinero a este señor? ¡Qué tontería!

Miré de reojo a Magnus; me pareció extraño: «volveré a coger mi dinero». Pero a poco percibí el rostro severo de María, y la incompatibilidad de su amor con la implantación de una felicidad tan modesta y pequeña me pareció tan manifiesta que comprendí la inutilidad de responder a la pregunta que me había planteado antes.

Quizá este mezquino pensamiento me ha venido a la mente como una de las curiosidades del «toppismo lo llamaré «toppismos en honor a mi perfectísimo Toppy.

La noche estaba maravillosa. María, a instancias de Magnus, cantaba, y tú no puedes imaginarte con qué veneración la escuchaba Toppy. El no se atrevió a decir nada a María; pero al retirarse para irse a la cama estrechó largo rato y de un modo muy expresivo la gran mano de Magnus. Yo también me levanté para retirarme a mis habitaciones.

—Va usted a trabajar, Magnus?

—No. Si no tiene ganas de dormir, venga a mi cuarto, charlaremos. A propósito, tiene que firmarme un documento.

—¡Oh, encantado, Magnus! Sabe que me gustan mucho los coloquios nocturnos.

Hemos bebido vino. Magnus silbaba alguna cosa sin sentido, se movía sobre la alfombra sin hacer ruido; yo, como de costumbre, estaba hundido en la poltrona. El palacio estaba mudo como un sarcóforo, y esto me recordaba aquella noche inquieta, cuando fuera de la casa se enfurecía marzo loco.

De un golpe dijo Magnus, fuertemente: — El asunto va a maravilla.

—¡Sí?

—Dentro de dos semanas todo estará acabado.

Su vasta y desparramada fortuna, en la que se podía uno perder como en una selva, se ha transformado en una pelota de oro precisa

y pesada...; más exactamente, en una montaña. ¿Sabe usted con precisión la cifra exacta de su dinero, Wunderhood?

—Deje, Magnus. No me importa. El dinero es vuestro.

Magnus me ha echado una rápida mirada y rudamente subrayó:
—No, es de usted.

Me encogí de hombros humildemente: no tenía gana de discutir. Estaba muy tranquilo y quería observar detenidamente a aquel hombre, que se movía enérgicamente y en silencio; seguía todavía pensando en sus espaldas inmóviles y austeras, tras de las cuales por primera vez, serenamente, había entrevisto su corazón.

Continuó él, tras breve silencio: —Sabe, Wunderhood, que el cardenal ha estado aquí.

—¿La vieja mona? Lo sabía. ¿Y qué quería?

—Lo de siempre, verle; pero yo no le he querido molestar a usted.

—Se lo agradezco. ¿Lo mandó usted a paseo? Magnus refunfuñó con enojo: —Desgraciadamente, no. No haga muecas, Wunderhood. Ya le tengo dicho que hay que estar atento con él hasta que... hayamos llegado. Tiene usted razón: es una vieja, afeitada, mala, inepta, ávida, bellaca, mona.

—¡Oh! ¡Y no se puede mandarla a freír espárragos?

No es posible.

—Le creo, Magnus. ¿Y qué—pretendía aquel rey que nos hizo el honor de venir aquí hace algunos días?

—¿El ex rey? Probablemente lo mismo. Debe recibirle usted mismo, ¿comprende?

—Pero en su presencia; de otro modo, no. Sepa, querido amigo, que desde esta noche no soy sino su discípulo. ¿Cree usted que no se puede despedir a la vieja mona? Perfectamente, que siga. ¿Dice que precisa recibir al ex rey? Muy bien, lo recibiré.

—¡Habla usted en serio, Wunderhood?

—Sí, hablo muy en serio, Magnus. Pero juro por la salvación eterna que en verdad no sé lo que hacemos ni lo que haremos. No me quejo, ni le pregunto nada; como ya le he dicho, le creo y le sigo a donde sea. Para que no me acuse nuevamente de ligereza y de poca experiencia, añadiré un detalle de negocios: mi garantía es el cariño de María.

Sí, no sé aún cómo dirigiréis vuestra voluntad ni cómo emplearéis vuestra energía, que cada vez me parece más inextinguible; a qué fines y a qué designios la conducirá su experiencia e ingenio; pero hay una cosa cierta para mí: serán empresas grandiosas. Y cerca de usted siempre habrá quehacer para mí... De todas formas, siempre será mejor que mis viejos idiotas o mis seis secretarios, demasiado listos. ¿Por qué no tiene usted confianza en mi modestia, como yo la tengo en su genio? Imagínese que soy un recién llegado de otro planeta, de Marte, por ejemplo, y que desee, lo más seriamente posible, hacer una experiencia humana...

¡Es tan sencilla la cosa, Magnus!

Durante unos instantes Magnus me miró preocupado, y de pronto rompió a reír: —¡Oh, en verdad que parece usted caído de algún otro planeta, Wunderhood!... ¿Y si yo emplease su oro en hacer el mal?

—Y para qué? ¿Tiene acaso eso algún interés?

—¡Huf!... ¡No cree usted?

—Ni usted tampoco. Para un mal de poca monta sois demasiado grande, y hasta los miles de millones también son demasiado; para un gran mal...; palabra de honor, no sé todavía qué significa un gran mal. ¡No querrá decir quizá un gran bien?

En mis últimas meditaciones, cuando yo...; en una palabra, me ha asaltado este extraño pensamiento: ¿Quién resulta más útil al hombre, el que le odia o el que le ama? ¡Ve usted, Magnus, cómo todavía tengo poca experiencia de las cosas humanas y cómo... estoy dispuesto a todo?

Sin reírse ya, y con la mayor curiosidad—al menos así me pareció a mí—, Magnus no me quitaba ojo, como para resolver el siguiente problema: si estaba delante de él un perfecto idiota o el más grande ingenio de América. Parecía, sin embargo, más cerca de la segunda opinión que de la primera: —¿Quiere usted decir, si no le he entendido mal, que nada le asustará, míster Wunderhood?

—Creo que nada.

— Y el asesinato..., muchos asesinatos?

—¿Se acuerda usted dónde puso, con su historia del chiquillo, el límite de la humanidad? Pues para que no haya equívocos, lo llevaré aún algunos kilómetros más adelante... ¿Será suficiente?

Los ojos de Magnus adoptaron una expresión como de respeto...; pero, ¡qué diablo!, a pesar de esto me ha tomado por un gran loco. Sin dejar de pasear con ligereza por la habitación, me miraba de cuando en cuando, como para recordarme alguna palabra mía y ponerme a prueba. Al fin, con un movimiento brusco, me tocó en las espaldas: —Sois una cabeza extraña, míster Wunderhood.

¡Lástima que no lo haya sabido antes!

—¿Por qué lástima?

— No, por nada. Me interesa lo que contestéis al rey: seguro que éste os propondrá un gran mal.

Y un gran mal es un gran bien, ¿no es verdad?

Magnus se echó a reír, moviendo amigablemente la cabeza.

— No lo creo. Más bien me propondrá alguna gran tontería.

—¡Ah! ¿Es que una gran tontería no es una gran genialidad?— Magnus rióse de nuevo, pero de pronto se quedó pensativo, y añadió con seriedad—: No se ofenda, míster Wunderhood. Me ha agradado mucho lo que ha dicho, pero vale más que no me siga preguntando: no le podría contestar. Pero algo sí podré decirle en seguida..., en líneas generales, claro está. ¡Me escucha?

—Con la mayor atención.

Magnus se sentó frente a mí y, después de haber bebido un poco de vino, me preguntó, extrañamente absorto: —¿Qué actitud adopta usted con las materias explosivas?

—La del mayor respeto.

—¡Sí? Es un elogio frío, pero no se merecen más.

¡Y decir que hubo una época en que yo entonaba plegarias a la dinamita, como a una revelación!...

Esta cicatriz en la frente es una huella de mi juvenil pasión. Desde entonces he hecho grandes progresos en la química—y en muchos otros campos—, y esto ha enfriado mi pasión. El defecto de todas las materias explosivas, comenzando por la pólvora, es que obran tan sólo en un espacio restringido y atacan únicamente las cosas vecinas: esto puede bastar en la guerra, pero es poco... para mayores designios. Por otra parte, como fuerzas materiales, la dinamita y la pólvora exigen una mano que las dirija continuamente; por sí solas son estúpidas, ciegas, sordas, como el topo. Verdad es que en la mina de Whitehead (1) hay un intento de copiar la conciencia, para permitir al proyectil (1) Especie de torpedo marítimo provisto de un mecanismo que dirige los movimientos.—N. del T. corregir por sí sus pequeños errores y escoger los blancos; pero todo se reduce a una parodia del ojo...

—Y usted quisiera que u dinamita adquiriera conciencia, voluntad y ojos.

—Tenéis razón, esto es lo que he querido. Y mi nueva dinamita tiene todas estas cosas: voluntad, conciencia y ojos.

— No veo la finalidad; es una cosa... espantosa.

Magnus sonrió tenebrosamente: —¿Espantosa? Temo, sin embargo, que su espanto se trocará en risa cuando le haya dicho el nombre de mi nueva dinamita. Se trata del hombre. No ha considerado usted todavía al hombre desde este punto de vista, Wunderhood?

—Confieso que no. Como tampoco había considerado nunca la dinamita desde el punto de vista psicológico. Pero en realidad no me entran ganas de reír.

—¡La química! ¡La psicología!—gritó encolerizado Magnus. Todo esto porque los conocimientos están divididos. Usted y yo y su Toppy, todos somos proyectiles: los unos, cargados y dispuestos; otros, todavía por cargar. Y toda la cuestión estriba en esto, ¿comprende?: cómo cargar el proyectil, y sobre todo hacerlo estallar. Usted sabe, ciertamente, que los medios de explosión varían con los diferentes preparados.

No voy a trasladar aquí la lección sobre explosivos que me hizo Magnus con el más vivo ardor: era la primera vez que lo veía tan agitado. No obstante el fascinante interés del tema—según expresión de mis amigos los periodistas—, escuché a medias, considerando, en cambio, con atención el cráneo que encerraba conocimientos tan vastos y peligrosos. A causa quizá de la fuerza persuasiva que venía de Magnus, o simplemente de mi cansancio, aquel cráneo redondo, con los fuegos de sus pupilas, se transformaba lentamente a mi vista en un verdadero artefacto explosivo con la mecha encendida.

Me estremecí cuando Magnus dejó con negligencia sobre la mesa un objeto pesado, semejante a una barra de jabón amarillento—pardo: —¿Qué es eso?

—Por el aspecto, jabón o cera. Cuanto a la fuerza, el diablo. Bastaría la mitad de esta barrita para echar a tierra el templo de San Pedro. Pero se trata de un diablo peligroso. Se le puede pegar, hacer pedazos, que arda en la estufa: permanecerá silencioso; un cartucho de dinamita le hace estallar, pero no provoca su ira. Puede dejarlo en la calle, bajo las herraduras de los caballos; los perros le morderían, los chiquillos jugarían con él, y permanecería indiferente. Pero después bastará hacerle sufrir una corriente de alta tensión, y la fuerza de su explosión será monstruosa, desmesurada. Un diablo fuerte, pero tonto.

Con la misma negligencia, casi con desprecio, Magnus metió a su diablo en la cajita de donde lo había sacado y se puso a mirarme duramente con sus ojos oscuros. Yo pestañeé ligeramente: —Veo que conoce a la perfección su objeto: este EL DIARIO DE SATANAS. diablo caprichoso me agrada mucho. Pero querría oír algo sobre el hombre.

Magnus se echó a reír: —¿Pero es que no le he hablado del hombre?

La historia de este pedazo de jabón ¿no es acaso la historia de su hombre, que se le puede pegar, quemar, hacer pedazos, echar a los pies de los caballos, arrojar a los perros, sin provocar su furia ni su ira destructora? ¡Pínchelo con alguna cosa, y la explosión será terrible..., como sabe usted, mi querido Wunderhood!

Se echó a reír de nuevo, frotándose con gusto sus blancas manos; sin pensar, probablemente, que en ellas había sangre humana. ¿Pero es preciso que un hombre se acuerde de esto?

Después de cierto silencio, el necesario al respeto hacia el objeto, pregunté: —¿Y conoce usted el medio de hacer estallar al hombre?

—Lo conozco.

— No podría comunicármelo?

—Desgraciadamente, no es una cosa tan fácil de comprender como la corriente de alta tensión...

Sería necesario hablar mucho, querido Wunderhood.

—¿Y dicho en pocas palabras?

— En pocas palabras..., es preciso prometer al hombre un milagro.

—¿Esto es todo?

—Sí.

—¿Otra vez el engaño? ¿La vieja mona?

—Otra vez el engaño. Pero no la vieja mona, ni las Cruzadas, ni la inmortalidad en el cielo. Los tiempos son de otras fascinaciones y

otros milagros distintos. Aquéllos prometieron la resurrección de todos los muertos, yo prometo la resurrección de todos los vivos. Tras de él, todos los muertos; tras de mí..., tras de nosotros vendrán los vivos.

—Pero los muertos no han resucitado. ¿Y los vivos?

—¿Quién lo sabe? Hay que ensayar. Todavía no puedo iniciarle en la parte técnica, pero le prevengo: el experimento tiene que verificarse en proporciones muy vastas. ¡No le asusta, míster Wunderhood?

Moví imperceptiblemente las espaldas. ¿Qué podría haber respondido? Este señor que lleva sobre las espaldas una bomba en lugar de una cabeza, de nuevo me ha partido en dos partes, de las cuales —¡ay! el hombre era la más pequeña. Por lo que a Wunderhood atañe—lo confieso sin rubor—, yo sentía un miedo atroz y hasta dolor, como si la fuerza y el ímpetu de la explosión monstruosa hubiese ya alcanzado y roto mis huesos... ¡Ah! ¿Pero dónde está mi límpida felicidad con María, dónde la gran quietud, dónde aquella cándida nave del diablo? Pero como aguzado por una curiosidad grande e inmortal, del genio de la recitación y del motivo eterno, como bajo una inextinguible y ávida mirada, experimenté confieso esto también sin enrojecerme—una grandísima alegría, hasta entusiasmo. Y estremeciéndome de placer, murmuré, sin poder contenerme: —¡Lástima que no lo haya sabido antes! ¿Lástima por qué?

—No, por nada. No olvide que soy el recién llegado de un otro planeta, y únicamente ahora empiezo a conocer al hombre. ¿Qué haremos, pues, en este planeta, Magnus?

Volvióse a reír.

—¡Es usted muy original, Wunderhooh! ¡En este planeta! Haremos una pequeña fiesta. Pero basta de bromas, no me gustan.

Frunció el ceño y me miró severamente, como un viejo profesor... Ciertamente que los modales de este señor no se distinguen por su finura. Cuando le parecí bastante serio movió levemente la cabeza y

me preguntó: —¿No sabe, Wunderhood, que toda Europa está en un estado de gran agitación?

—La guerra?

—Quizá la guerra; todos la esperan, secretamente.

Pero la guerra como antecámara del reino del milagro. Hemos vivido—¿comprende?—demasiado tiempo con la simple tabla de la multiplicación; y la angustia y el aburrimiento de este camino demasiado derecho nos sofocan, la suciedad se pierde en el horizonte. Ahora todos nosotros queremos el milagro, y día vendrá, pronto, que todos pidan el milagro inmediatamente. No sólo yo quiero el experimento en gran escala, lo prepara todo el mundo... ¡Ah Wunderhood!, ciertamente no valdría la pena de vivir si no existieran estos momentos extremadamente curiosos. ¡Extremadamente curiosos!— y se restregaba las manos con expresión ávida. ¿Está usted contento?

— Como químico estoy en éxtasis. Mis proyectiles están cargados sin que ellos mismos lo sepan; pero lo sabrán cuando ponga yo la mecha en el explosivo. Imaginaos un poco el espectáculo cuando comience a estallar mi dinamita con su conciencia, su voluntad y los ojos que descubren el blanco.

—¿Y la sangre? Es fácil que esta pregunta mía esté fuera de lugar; pero cierta vez me hablasteis de la sangre con gran agitación.

Magnus detuvo largamente su mirada sobre mí: su cara tomó una expresión como de sufrimiento.

Pero no era la conciencia ni la piedad lo que le hacía sufrir; en su cara estaba dibujado el dolor del hombre maduro e inteligente cuyos pensamientos vienen a ser turbados por la fútil pregunta de un niño.

—¿La sangre? dijo Magnus—; ¿qué sangre?

Le he repetido sus palabras de entonces y le referí también el extraño y desagradable sueño de las botellas llenas de sangre en vez de vino, que se descorchaban tan fácilmente. Con aires de

cansancio, los ojos cerrados, escuchó él mi relato, y suspiró profundamente: ¡La sangre! —murmuró después—, ¡la sangre!

¡Bobadas! Wunderhood, dice usted ahora muchas bobadas. Además, si le asusta, ¡aun está a tiempo!

Respondí concisamente: Nada me asusta. Como le he dicho, le sigo a todas partes. Es mi sangre la que protesta—¿cómo prende?, no la conciencia o la voluntad. Probablemente seré el primero en ser engañado por usted: también yo quiero un milagro. ¿No es acaso un milagro su María? Durante todos estos últimos días y noches he mirado la tabla de la multiplicación y me ha parecido tan odiosa como la prisión. Desde el punto de vista de vuestra química estoy completamente dispuesto y no le pido sino una cosa: ¡hága me estallar cuanto antes!

Magnus asintió con seriedad: —Está bien. Dentro de dos semanas. ¿Está usted contento?

—Le doy las gracias. ¿Puedo confiar en que entonces la señorita María será mi mujer?

Magnus se sonrió: —¿La Virgen?

—¡Oh, no comprendo su sonrisa..., que no es muy compatible con la gran estima que yo tengo de su hija, señor Magnus!

—No se exalte, Wunderhood. Mi sonrisa no se refería a María, sino a su fe en los milagros. Es usted un buen muchacho, Wunderhood, y comienzo a amarle como a un hijo. Dentro de dos semanas lo tendrá todo, y entonces concluiremos una nueva y más fuerte alianza. ¡Deme la mano, compañero!

Por primera vez me ha estrechado de un modo tan fuerte y amigable mi mano. Y si sobre sus espaldas no hubiese habido una bomba, sino una simple cabeza, pues bien, quizá le hubiera besado...

¡Pero besar a una bomba!... Con todos los respetos debidos... Fué la primera vez que dormí como un muerto, y los muros de piedra de mi palacio no me han pesado. Fueron destruídos por la fuerza

explosiva de las palabras de Magnus, y el techo se disipó bajo el velo estelar de María; mi alma se embelesó en el reino de serenidad, de amor y de humildad de María.

Durmiéndome divisé la colina del Tívoli y sus luces.de abril. Roma.

Antes de venir a llamar a mi puerta, el ex rey Eatravesó numerosos umbrales de Europa. Fiel al ejemplo de sus apostólicos antepasados, que creían en el oro de Israel, él se dirigió con especial simpatía a los banqueros hebreos: parece ser que yo también debo el honor de su visita a su firme persuasión de que soy judío.

Aunque Su Majestad se encuentra en Roma de incógnito, prevenido de su visita yo le he recibido en el más bajo escalón y me incliné muy profundamente, como manda la etiqueta. Después, siempre según la etiqueta, él me presentó a su ayudante, y yo a Tomás Magnus.

Confieso que no tenía una alta opinión del ex rey, el cual, en cambio, tenía una altísima de sí mismo, y esto me asombró bastante. Me estrechó la mano con corrección, pero con unos magníficos aires de desprecio; me miró con una seguridad tranquila, como se mira a un ser de clase inferior; caminaba delante de mí con desenvoltura, se sentaba sin esperar a que le invitara, y tan explícitamente reales eran sus observaciones sobre la casa y el mobiliario, que todo mi embarazo, debido a mi absoluta ignorancia de la etiqueta, desapareció de un golpe: comprendí que bastaba seguir a aquel hombre, que lo conocía todo a maravilla.

Por el aspecto era un hombre aún completamente joven, con el rostro de un colorido no muy fresco.

Llevaba un espléndido peinado de gusto bastante vulgar, ojos descoloridos y serenos, y el labio inferior insolentemente saliente. Maravillosas eran sus dos manos. No ocultó él que mi cara americana le parecía hebrea; y la necesidad de pedirme dinero le puso en un estado de impenetrable aburrimiento: bostezando ligeramente, hundiéndose en la poltrona, dijo: —Tomen asiento, señores.

Y con un leve gesto invitó a su ayudante a exponer las razones de la visita. Mientras el ayudante, gordo y encarnado, hablaba amablemente y con tono insinuante de los malentendidos» que habían alejado a Su Majestad de la patria, éste, sin prestar la menor atención a la presencia de Magnus, se miraba tranquilamente y con aire de aburrimiento las uñas. Al fin interrumpió con un gesto de impaciencia el fluente discurso de su procurador: —Sea más breve, marqués. Mister Wunderhood está tan bien enterado como nosotros de esta historia. En una palabra, aquellos idiotas me expulsaron. ¿Qué opina usted, queridísimo Wunderhood? ¿Que qué opinaba? Me incliné profundamente: —Mi mayor honor será poder ser útil a Su Majestad.

— Pero eso lo dicen todos. ¡Me dará dinero?

Continúe usted, marqués.

El marqués, tras de haber sonreído dulcemente a mí y a Magnus, continuó tejiendo una finísima tela alrededor de los malentendidos», hasta que el rey, aburrido, le interrumpió de nuevo: —¿Comprende? Crean estos idiotas que todas sus desgracias provienen de mí. ¡No es esto estúpido, míster Wunderhood? Ahora están mucho peor y me escriben: «¡Vuelva, por el amor de Dios, que esto se hunde!» Lea las cartas, marqués.

Al principio el rey había comenzado a hablar con cierta animación, pero se veía que todo esfuerzo lo cansaba. El marqués sacó de la cartera un fajo de cartas y nos torturó largo rato con los lamentos de los infrascritos huérfanos que suplicaban a su señor que regresase. En cuanto al rey, se aburría tanto como nosotros. Le parecía evidente que el pueblo no pudiera vivir sin él, y consideraba superfluo todo discurso... Para mí esto resultaba extraño: ¿de dónde sacaría tanta seguridad en si mismo semejante nulidad? Sin duda aquel mocoso, que por sí sólo no habría encontrado ni un granito, creía sinceramente en las excepcionales cualidades de su propia personalidad, capaz de dar a su pueblo la felicidad apetecida. ¿Imbecilidad? Educación? ¿Costumbre? En aquel momento el marqués leía algunas lamentaciones en las cuales, a través de la

hueca y mentirosa forma oficial de las expresiones, transpiraba la misma seguridad en él y el llamamiento sincero. ¡También esto imbecilidad y costumbre?

—Y así a millares—interrumpió con indiferencia el rey—; basta, marqués, cierre su cartera. ¿Y qué me dice, pues, queridísimo Wunderhood?

—Me atrevo a decir a Su Majestad que yo soy representante de una república democrática y...

—Déjela a un lado, Wunderhood. ¡República, democracia! Esto son bobadas. Sabe usted perfectamente que el rey es necesario. También ustedes en América tendrán un rey. ¿Cómo es posible pasarse sin un rey? ¿Quién responde de ustedes ante Dios? No, son sandeces.

¡Aquel imberbe tenía la intención de responder por los hombres ante Dios! Y continuaba, con la misma calma e impassibilidad: —Un rey lo puede todo. En cambio, ¿qué puede hacer un presidente? Nada. ¡Me entiende, Wunderhood?: na—da. Entonces ¿para qué les sirve un presidente si no puede nada?—Su Majestad se dignó otorgar una sonrisa irónica con su labio inferior—.

Son tonterías, inventadas por los periódicos. Usted mismo, mister Wunderhood, ¿es que hace algún caso de su presidente?

—Pero la representación popular...

—¡Puah! Dispense, mister... Wunderhood (Su Majestad recuerda con dificultad mi nombre); ¡pero qué idea tan estúpida la de obedecer a la representación popular! El ciudadano A obedecerá al ciudadano B, y el ciudadano B al ciudadano A, ¿no es verdad? ¿Pero quién los obligará a obedecer si ambos son inteligentes? No, también yo he estudiado lógica, mister Wunderhood, y me permitirá que me ría un poco.

Se rió un ratito y repitió el gesto habitual de la mano.

—Continúe, marqués... No, yo mismo lo haré.

El rey lo puede todo; ¡comprende, Wunderhood?

Pero la ley...

—¡Ah, también este original habla de ley!... ¡Le oye usted, marqués? No, decididamente yo no comprendo por qué todos éstos sienten tanto la necesidad de la ley. ¿Para que el mal sea igual para todos?... Dispense, pero es usted muy excéntrico, mister Wunderhood. Además, si tanto la desean, habrá también ley; ¡pero quién puede dársela sino yo?

—Pero la representación popular...

El rey levantó sobre mí sus ojos descoloridos casi con desesperación: —¡Ah, de nuevo el ciudadano A y el ciudadano B!

Pero, comprenda, queridísimo Wunderhood: ¿qué cosa será esta ley si sois vosotros mismos quienes la hacéis? ¿Qué hombre inteligente le escuchará?

No, son tonterías. ¿Es posible que usted obedezca a sus propias leyes, Wunderhood?

— No sólo yo, Majestad, sino toda América...

Me miró con lástima.

—Perdóneme, pero no le creo. ¡Toda América!

Pues bien: eso quiere decir que en América no se comprende lo que es la ley. Oiga, marqués: ¡toda América!... Pero no se trata de esto: yo tengo que volver a la patria, Wunderhood. ¿Ha oído usted lo que me escriben aquellos pobrecitos?

—Me alegra ver, Majestad, que el camino de la vuelta está abierto...

— Abierto? ¡Lo cree? No, necesito dinero. Unos me escriben, otros no, ¿comprende?

— Quizá sea simplemente porque estos otros no saben escribir, Majestad...

—¿Quién, ellos? ¡Ya lo creo! ¡Si viera qué cosas han sabido escribir contra mí! Pero no me turban lo más mínimo. Tendré que fusilarlos.

—A todos?

—¿Por qué a todos? Basta con algunos. Los demás tendrán miedo. Comprenda, Wunderhood: me han robado sin más el poder, y ahora no querrán restituírmelo. ¿Pero es que podía ocuparme yo en salvaguardarlo para que no se lo llevasen? Y estos señores— dirigiéndose hacia el marqués, que se ruboriza no pudieron, desgraciadamente, salvaguardarme.

El marqués, confuso, murmura: —¡Majestad!

—Está bien, está bien, conozco tu lealtad; pero te lo has dejado escapar de la mano, ¡ésta es la verdad! ¡Y ahora tenemos tantos trastornos, tantos!

suspira él, ligeramente. ¡No le ha dicho el cardenal que hay que darme dinero, míster Wunderhood? Prometió decírselo. Claro que yo lo devolveré después todo...; pero de esto hablará con el marqués. Tengo oído que ama usted mucho a los hombres, míster Wunderhood...

Sobre el rostro oscuro de Magnus se dibujó una sonrisa. Yo me incliné en silencio.

—Me lo ha dicho el cardenal. Eso es muy laudable, mister Wunderhood. Si ama a los hombres seguramente me dará dinero, no lo dudo. Para los hombres el rey es indispensable; los periódicos dicen tonterías. ¿Por qué en Alemania ha de haber un rey, en Inglaterra otro y en Italia también y en nuestro país no?

El ayudante murmuró: —Es un malentendido...

—Cierto, es un malentendido, el marqués tiene razón. Los periódicos llaman a esto revolución; pero, hágame caso, esto es sencillamente un malentendido. Ahora ellos mismos lloran. ¿Cómo puede pasarse sin un rey? Entonces no existirían los reyes, ¡comprende? ¡Qué tonterías! Llegan hasta decir que se puede pasar hasta sin Dios. ¡No, hay que fusilarlos, fusilarlos!

Y se levantó rápidamente y, esta vez con una sonrisa benévola, me ha estrechado la mano e inclinó la cabeza en dirección a Magnus.

—Hasta la vista, hasta la vista, querido Wunderhood. ¡Tiene usted una bellísima figura!... ¡Oh qué valiente! Uno de estos días pasará el marqués por aquí. ¡Qué tenía que decirle todavía? ¡Ah, sí!: le auguro que también en su país, América, habrá un rey dentro de poco...; es necesario, amigo mío.

Au revoir! Con la misma solemnidad hemos acompañado a Su Majestad hasta la puerta. El marqués venía detrás con su cabeza china, dividida en dos partes por la raya entre los tiesos cabellos, y sobre su roja epidermis se leían el hambre y la conciencia del fracaso habitual... ¡Oh, cuántas veces ya, con igual infructuosidad, había hablado del malentendido.

También el rey hace pensar en las numerosas puertas a las cuales ha llamado en vano; su cara descolorida nuevamente está velada de aburrimiento gris, y a mi última inclinación alzó asombrado sus ojos, como preguntando: «¿Qué quiere todavía este tonto? ¡Ah, sí: tiene dinero!» Y dice tristemente: —¡No olvide, pues, míster... queridísimo!

El automóvil era magnífico e igualmente magnífico era el alto lacayo, que parecía un policía disfrazado. Cuando, después de haber cruzado la escalinata entre nuestros lacayos, que me miraban como si hubiese sido yo también una testa coronada, volvimos a nuestras habitaciones, Magnus se sumergió en un largo e irónico silencio.

Le pregunté: —¿Cuántos años tendrá este mocoso?

—¿Qué, no lo sabe, mister Wunderhood? Es imperdonable. Tiene treinta y dos años. Parece más joven.

—¿Es verdad que el cardenal ha hablado de él y le ha pedido que se le diera el dinero?

—Sí; eso saldremos ganando con haber contentado al cardenal. ¿Por qué se agarran de esa manera éstos a la monarquía?

—Probablemente porque el cielo está regido en forma monárquica. ¿Puede usted imaginar la república de los santos y el gobierno del mundo a base electiva? Imagínese: entonces hasta los diablos tendrían derecho al voto. El rey es necesario, créame, Wunderhood.

—¡Tonterías! Este no merece ni siquiera una broma...

—Yo no bromeo. Está usted equivocado. Perdóneme si soy franco, amigo mío: en sus juicios sobre la monarquía él ha estado por encima de usted. Me figuro que usted ve en él únicamente al mequetrefe; exclusivamente desde el punto de vista material y sencillamente bufo; él, en cambio, se considera como un símbolo. Por eso está tan tranquilo y, no hay duda, volverá a su amado país.

—¿Y fusilará?

—Fusilará y meterá miedo. ¡Ah Wunderhood!

¡Usted se obstina en no separarse de la tabla de multiplicación! Pues su república no es otra cosa sino una tabla de multiplicación, mientras que el rey entiéndalo—¡el rey es un milagro! ¿Hay algo más sencillo, más tonto y más desesperado que un millón de hombres barbudos que se gobiernan por sí mismos? Y en cambio ¿qué cosa tan maravillosa como que un millón de hombres barbudos se gobiernan por un mocoso? ¡Es un milagro! ¡Y cuántas posibilidades no se abren así! Fué cómico cuando usted, casi con resentimiento, recordó la ley, esa ilusión del diablo. El rey es necesario precisamente para violar la ley, para que haya una voluntad que esté por encima de la ley.

—Pero las leyes cambian, Magnus.

—¡Cambian!: esto significa solamente someterse a una nueva ley que primero no existía. Sólo violando la ley dignificáis la voluntad. Demostrad que el mismo Dios está sometido a sus propias leyes, es decir, hablando con sencillez, que no puede hacer milagros, y mañana no habrá quien escuche a su vieja mona afeitada y las iglesias serán transformadas en hipódromos. ¡El milagro,

Wunderhood, el milagro!, eso es lo que todavía sostiene a los hombres en esta desdichada tierra.

A estas palabras Magnus golpeó con fuerza la mesa con el puño cerrado. Su cara era grave y en sus ojos oscuros ardía un extraordinario nervosismo. Como amenazando a alguno, continuó: — Eso es, él tiene fe en el milagro. En verdad, no es sino un mequetrefe, pero tiene fe en el milagro; ha sido rey y lo volverá a ser. Y nosotros...

Magnus agitó en señal de desprecio la mano y comenzó a pasear sobre la alfombra como un capitán enfurecido sobre el puente de la nave. Yo admiraba su pesada cabeza explosiva y los ojos chispeantes, y por primera vez veía claramente cuánta satánica ambición escondía en sí aquel extraño señor. «Y nosotros...» Mi mirada fué advertida por Magnus, lo que le provocó un acceso de ira: —¿Por qué me mira así, Wunderhood? ¡Es tonto! ¡Piensa en mi ambición? ¡Qué necio es usted, Wunderhood! ¿Es que no quisiera usted, hombre del Illinois, ser... por ejemplo, emperador de Rusia donde el arbitrio está todavía por encima de la ley?

—¿Y a qué trono aspira, Magnus?—respondí yo, con manifiesta ironía...

— Si le complace pensar cosas tan halagüeñas de mí, míster Wunderhood, entonces le diré que apunto mucho más alto. ¡Necedades, querido! Sólo los exangües moralistas no han soñado nunca con una corona, como sólo a los eunucos jamás les ha seducido la idea de violentar a una mujer. ¡Absurdo!

Pero yo no quiero un trono, ni siquiera el ruso: es demasiado angosto.

Pero todavía hay un trono, Magnus: el del señor Dios.

—Y por qué sólo el del señor Dios? ¿Y el de Satanás, lo ha olvidado usted, míster Wunderhood?

Y esto se me decía a Mí... ¡Todos sabían ya que mi trono estaba vacante! Incliné respetuosamente la cabeza y dije: —Permítame que

me congratule con usted del primero..., Majestad.

Magnus me ha mirado con ferocidad, castañeteando los dientes como un perro al que se le disputa un hueso. ¡Aquella irritada migaja quería convertirse en Satanás! ¡Un pellizco de tierra que pulverizaría el diablo con un soplo sueña con ceñir mi corona!

He bajado aún más la cabeza y los ojos: sentía que en mí resplandecía la llama del desprecio y de EL DIARIO DE SATANAS. Ja risa divina y esta risa mi estimable sucesor no debía descubrirla.

No recuerdo cuánto tiempo permanecimos silenciosos; pero cuando nuestras miradas se han encontrado nuevamente aparecieron claras, puras, inocentes como espejos de agua tranquilos en la sombra.

El primero que volvió a hablar fué Magnus.

—Y entonces?

—Entonces?—respondí yo.

—¿Me ordena que dé el dinero al rey?

—El dinero está a su disposición, querido amigo, Magnus me miró muy pensativo.

—No vale la pena. Es un milagro demasiado viejo; se necesita demasiada policía para que se pueda creer en él. Buscaremos un milagro algo mejor.

— ¡Oh, sin duda! Realizaremos un milagro mucho mejor. Dentro de dos semanas?

— Sí, dentro de poco—respondió cortésmente Magnus.

Al separarnos nos dimos un caluroso apretón de manos. Dos horas después el gracioso soberano nos mandaba dos condecoraciones: a mí un gran cordón cualquiera y a Magnus cualquiera cosa genérica. Sentí compasión por aquel pobre idiota. de abril. Roma.

María está un poco indispuesta, y yo no la veo casi nunca. Ha venido Magnus a comunicarme la cosa, diciéndome una mentira. El

no quería que por ningún motivo la viera yo. ¿Qué teme? Otra vez, en mi ausencia, el cardenal X le ha visitado. Del milagro» no se ha vuelto a hablar.

Pero yo tengo paciencia, y espero. Al principio me resultaba un poco odioso esperar; pero en estos días he encontrado una nueva distracción, y por ahora estoy contento. Se trata de los museos romanos, donde paso todas mis mañanas, como un honesto americano que haya aprendido hace poco a distinguir la pintura de la escultura. Pero no llevo sobre mí el Baedeker y me siento extrañamente feliz de no entender completamente nada de todas estas cosas: mármoles y pinturas. Me gustan, sencillamente, todas.

Me place que los museos huelan tanto a mar.

¿Por qué a mar?; no lo sé; el mar está lejano, y yo me esperaba más bien olor a putrefacción. Y son tan espaciosos...; más espaciosos que el mismo campo. En el campo tan sólo veo el espacio, por donde corren los trenes y los automóviles; aquí navego en el tiempo. ¡Y vaya si hay tiempo aquí! Además, me agrada que estén tan bien conservados los fragmentos de un antiguo pie de mármol, una especie de suela de piedra con pedacitos encima de la planta de un pie. Como asno del Illinois, yo no comprendo en realidad qué es lo bueno en estas cosas; pero tengo la convicción de que así debe de ser y me conmueve tu cauta economía, ¡oh pequeño hombre!

¡Tú conservas! Romper las piernas vivas no importa: en cambio, estas otras son las cosas que deben conservarse. Es muy hermoso que los vivos, los moribundos, los hombres, siempre diversos, aun desde dos mil años, conserven con tanto cuidado los fragmentos de un pie de mármol.

Cuando de las calles romanas, de las cuales toda piedra resplandece sumergida en el sol de abril, penetro yo en el museo, su sombra transparente e igual me parece una luz especial, más duradera que la luz radiante del Sol. Por lo que puedo recordar me parece que precisamente así debe de brillar la eternidad. ¡Y estos

mármoles...! Estos antes de ser encerrados aquí han engullido tanto sol como whisky es capaz de beber un inglés; y ninguna noche les asusta..., y ninguna noche me asusta a mí cuando me siento cerca de ellos. ¡Consérvalos, oh hombre!

Si esto es el arte, ¡qué asno eres entonces, oh Wunderhood! Ciertamente estás civilizado y miras al arte con respeto, pero como una religión extranjera; y no comprendes más de lo que comprendía el asno sobre el que entró cabalgando el Mesías en Jerusalén.

¿Y si de pronto se declarara un incendio? Ayer este pensamiento me llenó de alarma y me hizo dirigirme a Magnus. Pero él estaba demasiado ocupado en otras quehaceres y no me comprendió sino después de un poco de tiempo: —¿De qué se trata, Wunderhood? ¿Quiere usted asegurar el Vaticano, o qué cosa? Hable con más claridad.

—¡Oh! ¡Asegurar!—grité con indignación.— ¡Es usted un bárbaro, Tomás Magnus! Al fin se dió cuenta. Tras de sonreír muy benévolamente, distendió los brazos, bostezando, y me puso a la firma un montón de papeles.

—¡Pero en verdad es usted un habitante del planeta Marte, querido Wunderhood! No objete nada y firme esto, que ya es lo último.

—Firmaré, pero con una condición. ¿Su explosión no alcanzará al Vaticano?

Magnus se sonrió de nuevo: —¿Le desagradaría? Entonces es mejor que no firme. En general, si algo le da lástima, sea lo que sea, Wunderhood—se ofuscó y me miró severamente, entonces es mejor separarse antes de que sea demasiado tarde. En mi recitación no hay papel para la compasión; mi espectáculo no es para sentimentales, miss americana.

—¡Si le parece...!— Firmé. Parece que ha cumplido usted con su deber de Satanás, mi querido Magnus.

—¿Pero tiene deberes también Satanás? ¡Pobre Satanás! Entonces no quiero ser Satanás.

—¿Ni piedad ni deberes?

—¡Ni piedad ni deberes!

—¿Y entonces qué?

Me dirigió él una rápida mirada con sus ojos chispeantes, y respondió con una sola y concisa palabra, que cortó el aire ante mí: —La voluntad.

Y... y la corriente de alta potencia?

Magnus se sonrió sarcásticamente: —Me alegra mucho que haya comprendido tan bien mis palabras, Wunderhood. Esto le podrá ser útil a su tiempo.

¡Maldito perro! Me vinieron unas ganas tan grandes de pegarle que me he inclinado profundamente con particular cortesía. Pero él, detenido, indicándome con un gesto de invitación una poltrona: — ¡Qué le pasa, Wunderhood? Siéntese. Nos vemos tan poco en estos días... ¿Cómo va su salud?

—Muy bien, gracias. ¿Cómo está la señorita María?

—No sigue muy bien. Pero no tiene importancia. Sólo unos días de espera y... ¿qué, le han agradado los museos, Wunderhood? Yo les he consagrado mucho tiempo y mucho sentimiento. Sí, me acuerdo... ¡No le parece, Wunderhood, que el hombre, en su mayoría, es un ser abominable?

Levanté los ojos, asombrado: —No entiendo bien lo que quiere decir, Magnus.

Al contrario, los museos me han mostrado al hombre desde un punto de vista nuevo y bastante agradable.

El se echó a reír.

—¡El amor por los hombres?... Está bien, está bien; mire, Wunderhood: todo lo que hace el hombre es bellísimo cuando se

inicia y repugnante cuando se acaba de realizar. Coja el bosquejo de la cristiandad, con el Sermón de la montaña, con los lirios y las espigas: ¡qué maravilla! Y, en cambio, ¡qué repugnante con sus sacristanes, con sus curas y con el cardenal X! Un Genio inicia una obra, y la continúa y la pone en práctica un idiota, una bestia. Una ola marina pura y fresca se lanza contra la playa sucia y retrocede llevando consigo basuras e inmundicias. El comienzo del amor, el de la vida, el del imperio romano y el de la gran revolución, ¡qué bellas iniciaciones son todas! ¿Y el fin? Y si a veces un hombre aislado logra morir tan bien como ha nacido, las masas acaban siempre con abominación.

—¡Oh! ¿Y las causas, Magnus?

—¡Las causas? Probablemente es aquí donde se ve la naturaleza misma del hombre, de la bestia humana, en su conjunto perverso y limitado, inclinado a la locura, presa fácil de todas las enfermedades contagiosas, para quienes el camino más largo acaba siempre en el imprescindible muro. Por esto es por lo que tan por encima de la vida del hombre está su arte...

—No comprendo.

—¿Qué tiene esto de incomprensible? En el arte es el Genio el que empieza y acaba, ¿comprende?: ¡el Genio! Un bobo, un imitador, un crítico no pueden cambiar o quitar nada en los cuadros de Velázquez, en las esculturas de Miguel Angel o en los versos de Homero. Los pueden destruir, quemar, hacerlos pedazos, pero no los pueden reducir al nivel de ellos; no está en sus fuerzas, y he aquí por qué odian tanto el verdadero arte. Comprenda, Wunderhood: sus garras son impotentes.

Magnus agitó su mano blanca y se echó a reír.

—¿Pero entonces por qué conservan ellos estas cosas y tienen tanto cuidado? No son ellos los que las conservan ni quienes las cuidan. Esto es obra de una especial categoría de guardianes.— Magnus se rió de nuevo—. ¡Y no habéis observado cómo se encuentran ellos embarazados en los museos?" —¿Quiénes ellos?

—¿iOh, los que van a ninar! Lo más importante en esta historia no es que el tonto sea tonto, sino esto: que el Genio atrae a sí inevitablemente al tonto, bajo el nombre de prójimo, y busca apasionadamente su amor homicida. Parece imposible, pero el Genio no comprende que su verdadero prójimo es otro Genio igual a él; no, él tiende sus brazos, cada vez más abiertos, al hombre..., el cual lo más seguro es que se cobije bajo sus brazos para robarle el reloj del bolsillo del chaleco Sí, Wunderhood, es una historia muy bufa; pero temo...

Se calló y quedóse pensativo, mirando gravemente al suelo: así, probablemente, miran los hombres en la profundidad de sus tumbas... Y comprendí lo que tenía este genio, y una vez más me he inclinado ante esta satánica Inteligencia que no conoce otra cosa en el mundo sino a sí misma y a su propia voluntad... He aquí un dios que no consentirá en dividir su poder ni siquiera con el Olimpo. ¡Y qué desdén por la humanidad! ¡Y qué desprecio más patente por mí! He aquí un maldito pellizco de tierra capaz de hacer estornudar al propio diablo.

¿Sabes cómo acabé la noche? Atrapé por el babero al piadoso Toppy y le obligué a emborracharse conmigo, bajo pena de muerte, ¡y nos hemos emborrachado! La cosa comenzó en algún sucio «Gambrinus y continuó en obscuras tabernas nocturnas, donde hice beber abundantemente a bandidos de ojos negros, a mandolinistas y a cantantes; bebí como un cow—boy caído en la ciudad después de un año de trabajo y de vida sobria. ¡Abajo el museo!

Recuerdo que grité mucho, agitando las manos; pero nunca quise tan tiernamente, tan dulce y dolorosamente a mi pura María como en aquella atmósfera irrespirable impregnada del olor del vino y del tabaco, en el círculo salvaje de las caras bandidescas y ojos chispeantes, entre el melodioso vibrar de las mandolinas, que me revelaban las profundidades del paraíso y del infierno.

Me acuerdo vagamente de haber besado y abrazado, en nombre de María, a un tierno, pero soberbio asesino. Me recuerdo de haber propuesto a todos ir al Coliseo para emborracharnos precisamente

en el mismo lugar donde en otros tiempos morían los mártires; pero no sé por qué la cosa no resultó después quizá por complicaciones técnicas—. ¡Pero qué valiente estuvo Toppy! Empezó a emborracharse silenciosamente, bebiendo despacio, como un arzobispo. Después, de pronto, se puso a hacer juegos de manos, se colocó un frasco de Chianti sobre las narices y se puso todo perdido de vino blanco. Jugando a las cartas intentó hacer trampas; pero en seguida fué descubierto por el tierno asesino, que a su vez, después, le engañó a maravilla. Anduvo a gatas, cantó con la nariz canciones religioco.

sas, lloró, y al fin declaró con toda sinceridad que era un diablo.

Hemos vuelto a casa a pie, haciendo eses por toda la calle, tropezando con las paredes y los faroles y divirtiéndonos como dos estudiantes. Toppy quiso entablar conversación con dos guardias; pero, asombrado por la cortesía de éstos, acabó por echarles una obscura bendición, gritando, agriado: —¡Id, y no pequéis más!

Después, con lágrimas en los ojos, confesó estar enamorado de una señora, ser correspondido por ella y querer, por esto, renunciar a la carrera eclesiástica. Dicho esto se tumbó en el quicio de un portal y se quedó profundamente dormido; tanto, que le he dejado allí.

¡María, María, a qué pruebas me sometes! Todavía no he tocado tus labios ni una vez siquiera; ayer sólo besé el vino rojo... ¿Pero de dónde provienen estos sueños ardientes? Ayer aun esparcía flores sobre tus rodillas, Virgen; todavía ayer tocaba tímidamente tus ropas; y hoy no eres mas que una mujer y te deseo...

Tiemblan mis manos; con furia atroz pienso en los obstáculos, en las habitaciones, en los pasillos, en las paredes que nos separan; ¡te deseo! No me he reconocido mis ojos en el espejo; un velo los cubre, y respiro irregularmente y con dificultad, y todo el día vaga mi pensamiento, libidinoso, en torno a tu seno desnudo. ¡Todo lo he olvidado! ¿Quién es quien me tiene en su poder? Me envuelve como un dúctil hierro candente: mi propio calor y mis resplandores me

ciegan. ¿Qué haces tú, hombre, cuando te ocurre esto? ¿Vas, coges una mujer y la violas? Figúrate, ahora es de noche, ¡y María está tan cerca!; yo puedo llegar a su habitación sin ser oído... ¿Y si Magnus me quisiera impedir el paso? Lo mataría.

—¡Tonterías!

No, díme: ¿quién me tiene en su poder? Tú debes saberlo, ¡oh hombre! Hoy, poco antes de la tarde, huyendo de mí mismo y de María, erraba por las calles, pero era todavía peor: por todas partes veía machos y hembras, machos y hembras. ¡Como si fuera la primera vez que los viera! Todos me parecían desnudos. Permanecí bastante tiempo en Pincio (1), y trataba de comprender lo que es la puesta de sol, pero no lo comprendía; ante mí pasaban continuamente machos y hembras y se miraban en los ojos. ¿Qué es la mujer?, ¡explícamelo! Una, muy hermosa, iba sentada en su automóvil; el atardecer coloreaba de rosa su pálida cara; en sus orejas lucía unos espléndidos brillantes. Miraba al ocaso y el ocaso la miraba a ella; nada más. Pero yo no pude soportarlo; la angustia y el amor se adueñaron de mi corazón; tanto, que creí morir. Allá, tras ella, árboles verdes, casi negros...

¡María! ¡María!

(1) Jardines de Roma.—N. del T.

19 DE ABRIL DE 1914.

Isla de Capri.

En el mar, calma absoluta. Desde una roca estuve observando largo rato a una barca, inmóvil en la azulada extensión. Con las velas blancas quietas, parecía feliz, como yo en estos días. Y de nuevo una gran quietud descendió sobre mí y el santo nombre de

María resonó, vivaz y puro, como una campana dominical desde una lejana ribera.

Después me tumbé en tierra con la cara mirando al cielo. La tierra, buena, me calentaba la espalda y tocaban mis ojos tanta tibia luz como si hubiese sumergido mi cara en el mismo sol. A tres pasos de mí estaba el precipicio, la roca cortada, una pared vertical, vertiginosa; por esto mi lecho de hierba parecía tan airoso y tan leve en el aire y era muy agradable aspirar el olor de las hierbas y de las flores primaverales de Capri. También olía Toppy, que yacía a mi lado: recalentado por el sol, comenzó a despedir un intenso olor a pelo quemado. Y se va poniendo más oscuro al sol, como teñido con carbón; en una palabra, que es un viejo diablo muy agradable.

El sitio donde estábamos se llama Anacapri, y constituye la parte alta de la isla. Cuando nos movinos ya se ponía el Sol y brillaba la Luna, aun no llena; pero seguía haciendo calor y la quietud tan sólo era turbada por el son de una mandolina en amorada que invocaba a María. ¡Por todos lados María! Pero mi amor respiraba la gran calma, y la pura luz de la Luna lo acariciaba, como a las pequeñas casetas allá lejos... En una caseta semejante habita María, y a una caseta semejante la llevaré dentro de poco, dentro de cuatro días...

En el alto muro que limita el camino se ha escondido la luna, y hemos visto una estatua de la Virgen en un nicho alto encima del camino y de los céspedes. Ante la Reina ardía la llama siempre igual de una lámpara de aceite; y en su silencio protector la estatua parecía tan viva que ponía frío el corazón, de un dulce miedo.

Toppy inclinó la cabeza y murmuró alguna plegaria. Yo me quité el sombrero, pensando: —Tan alta como tú sobre esta copa llena de oscuridad lunar y de encantos desconocidos, así está María sobre mi alma...

Basta. Lo sobrenatural despuntaba de nuevo: me callé. Beberé champaña y después iré a uno de esos cafés donde tocan los famosos mandolinistas napolitanos. Toppy antes se dejaría matar

que venir conmigo: la conciencia le tortura. Pero me alegro de estar solo.

23 DE ABRIL DE 1914.

Roma. Villa Orsini.

...Noche. Mi palacio está silencioso y muerto como si fuera una ruina de la antigua Roma. Al otro lado de la ventana está el jardín, claro bajo la luz de la Luna, y la columna de la fuente parece un espectro sin cabeza, en cota de plata. A través del gran marco de la ventana se siente apenas el ruido del agua, y parece el murmurar indolente de los guardianes nocturnos.

Sí, todo esto es bello y..., ¿cómo se dice?, respira amor... ¡Qué hermoso sería caminar al lado de María sobre la arena azulina de este sendero y pisar la propia sombra!... Pero estoy agitado y mi agitación supera al amor. Esforzándome por correr con ligereza, voy de una habitación a la otra, me pongo a escuchar con el oído pegado a la pared, me entumezco en los rincones y escucho algo... Algo que viene de lejos, esto es, de algún kilómetro de distancia. O estará quizá sólo en mi memoria lo que quiero oír? ¡Y mil kilómetros no son sino mil años de mi vida?

Te quedarías asombrado si vieras cómo voy vestido. De improviso me resultó insoportable mi traje americano, y sobre mi cuerpo desnudo me puse un traje de baño. Entonces, de pronto, me aparecí más delgado, más alto y muy ágil; durante largo rato ensayé mi habilidad brincando de cuarto en cuarto, cambiando de dirección de repente como un murciélago. Pero no soy yo quien me agito, sino mis músculos, cargados de agitación; ni sé qué quieren.

Sintiendo después frío, me volví a vestir, para ponerme a escribir; en vez de ello me puse a beber y bajé las persianas para no ver el

jardín. He mirado otra vez, limpié y cargué mi browning, que llevaré mañana conmigo para asistir a la conversación amigable con Tomás Magnus.

Como sabes, Tomás Magnus tiene colaboradores; así llama él a ciertos señores que yo no conozco y que respetuosamente me ceden el paso cuando me encuentran, pero no me saludan, como si el encuentro no tuviera lugar en mi casa, sino en la calle.

Cuando salí para Capri eran dos; ahora son seis, me ha dicho Toppy, y viven aquí. Toppy no los ve con buenos ojos y yo los veo con peores todavía.

—Estos son mis colaboradores—me ha dicho hoy Magnus en tono burlón, sin ocultar siquiera la burla.

—Dícales a esos señores, Magnus, que son unos maleducados. Cuando me encuentran no saludan.

—Al contrario, querido Wunderhood, están muy bien educados. No se atreven a saludar sencillamente porque no han sido presentados a ustedes.

Es gente muy distinguida. Por lo demás, mañana lo sabrá todo; no se excite y aguante, Wunderhood, sólo una noche...

—¿Cómo va de salud la señorita María?

—Mañana estará completamente curada. Y poniéndome la mano en la espalda, acercando además sus ojos oscuros, malos e insolentes: —La fiebre amorosa, ¿eh?...

—¡Señor Magnus! Yo...

—Usted...me miró de reojo y me volvió después las espaldas—. ¡Hasta mañana, míster Wunderhood!

Ahí tenéis la explicación de por qué cargué el revólver. A la caída de la tarde me han traído una carta de Magnus en la que se excusaba, explicaba todo con nervosismo, y afirmaba tener en mucho mi amistad y mi confianza. Le parecía que verdaderamente sus colaboradores son unos maleducados.

Contemplé largo rato estas líneas apretadas e ilegibles, y especialmente la palabra «confianza», subrayada, y me entraron ganas de proveerme para la conversación con tal amigo, no del revólver, sino de un cañón.

Una sola noche; pero tan larga... Me amenazaban peligros. Lo siento y lo sienten también mis músculos: he aquí por qué estoy tan agitado; ahora lo comprendo.

Tú creerás que lo que yo tenía sencillamente era miedo, ¡oh hombre! Juro por la salvación eterna que no. No sé dónde se ha marchado mi miedo. Todavía hace poco temblaba de todo: ante la obscuridad y ante la muerte y hasta por el más pequeño dolor. Pero ahora ya nada me da miedo. Sólo es un poco extraño...; se dice así, me parece: ¿extraño?

Sí, me encuentro en tu tierra, ¡oh hombre!, y pienso en otro hombre que está en peligro por mí; y yo mismo soy un hombre. Y más allá están la luna y la fuente. Y también está María, a la que amo. Y aquí el vino y el vaso, y ésta... es tu vida y mi vida...

¿Habré inventado quizá lo de ser Satanás? Veo que mis pensamientos son los de un hombre cualquiera; pero mi verdadero ser no puedo encontrarlo ni entenderlo. En vano interrogo mi memoria. Está muda como un libro cerrado, y no hay fuerza que pueda abrir este libro encantado que esconde los pensamientos de nuestra existencia pasada. Esforzando mi vista miro en vano las profundidades lejanas de las cuales he descendido a esta tierra de cartón piedra: no veo nada en la angustiosa niebla infinita. Allí, tras de la niebla, está mi país; pero parece que yo he olvidado completamente el camino que a él conduce.

Sí, me ha vuelto la mala costumbre de Wunderhood de emborracharme a solas, y estoy un poco borracho. Pero no importa; es la última vez. Ahora he visto algo que me ha quitado las ganas de mirar; pero querría echar una mirada sobre el jardín y figurarme estar paseando con María sobre el sendero azulino de arena. Apagué

la luz de mi habitación y cerré las hojas de la ventana. Como una visión, como un sueño me ha parecido el jardín blanco, y...

¡Pero asómbrate!...: sobre el azul sendero se movían dos figuras, un hombre y una mujer..., y la mujer era María. Caminaban despacio, pisando su propia sombra, y el hombre abrazaba a María. El contador comenzó a saltar furiosamente en mi pecho, y precipitado a tierra, casi se rompió cuando al fin he reconocido al hombre..., y era Magnus, el propio Magnus, el querido Tomás, el padre... ¡Que el demonio le lleve con sus abrazos paternos!

¡Ah, cómo amaba yo a mi María! Me puse de rodillas, en la ventana, y he tendido las manos hacia ella... Verdad es que algo semejante lo he visto ya en el teatro; pero da lo mismo. Tiendo las manos; estoy solo y borracho; ¿por qué no he de hacer lo EL DIARIO DE SATANAS. que se me antoje? ¡Virgen!... Pero en seguida cierro la ventana. Llevaré conmigo esta visión dulcemente; como una leve tela de araña, como un poco de luz lunar la entretejeré en mis sueños nocturnos.

¡Despacio!... ¡Despacio!...

IV

25 DE MAYO DE 1914.

Italia.

Si tuviese a mi servicio no la mísera palabra, sino una potente orquesta, obligaría a todas las trompas de cobre a rugir. Levantaría contra el cielo sus cuellos resplandecientes y aullaría largamente, aullaría con voz metálica y tan estridente que pusiera de punta los pelos de la cabeza e hiciera huir asustadas a las nubes. No quiero violines mentirosos: odio el tierno sonido de las venales cuerdas bajo los dedos de los mentirosos y de los estafadores: iaire!, iaire!

Mi cuello es como una trompa de cobre, mi respiración es como el huracán que se llena de viento entre las estrechas gargantas de los montes, y todo yo resueno y vibro como una masa metálica azotada por el viento. Pero no siempre es el alarido airoso y potente de las trompas de cobre; con frecuencia, con demasiada frecuencia es un lastimero chirrido de hierro mohoso chispeante, un silbar de varillas plegadas, que acera los pensamientos, mientras se cubre el corazón de una húmeda angustia. Todo lo que podía arder se ha consumado en mí. La recitación, ¡la he querido yo? ¿La he querido yo? Pues bien: mira la monstruosa armazón del teatro quemado: todos los actores han ardido con él... ¡Ah, todos los actores han ardido con él, y la verdad más execranda está en mirar los míseros agujeros de las ventanas huecas! ¡Juro por mi trono!—¡de qué amor andaba

charlando yo, enfatuado hombre? ¿A quién tendía mis brazos? ¿Quizá a ti..., compañero?—, ijuro sobre mi trono que, si por un instante he sido el Amor, seré de aquí en adelante el Odio, y tal seguiré siendo siempre!

Acabemos con esto por hoy, compañero. Hace mucho tiempo que no escribo, y debo acostumbrarme de nuevo a tus imágenes confusas y chabacanas, coloreadas con un tinte de bofetadas; casi he olvidado las palabras que se cambian entre personas de bien después de haberse pegado. Márchate de aquí, amigo. Hoy soy la trompa de cobre y tú me haces cosquillas en el cuello. ¡Déjame!

26 DE MAYO.

Italia.

Hace ya un mes que Tomás Magnus me ha hecho estallar. Sí, es verdad; realmente me ha hecho estallar; y fué hace un mes, en la sagrada ciudad de Roma, en el palacio Orsini, que perteneció en un tiempo al millardario Henry Wunderhood—¡te acuerdas de este querido americano y de su eterno cigarro y sus dientes de oro patentados?—. ¡Ay de mí!, ya no está entre nosotros; se apagó de improviso, y no estará mal si haces celebrar una misa fúnebre en su sufragio: su alma, illionesa, necesita de tus plegarias.

Volvamos, sin embargo, a sus últimas horas. Trataré de ser preciso en mis recuerdos, y te reproduciré no sólo el sentido, sino las palabras pronunciadas aquella noche era de noche y brillaba la luna. Es muy probable que no traslade todas las palabras pronunciadas; pero, de todos modos, son precisamente todas las que yo he oído y recuerdo...

Si alguna vez te han pegado comprenderás bien lo difícil que es contar y recontar todos los golpes recibidos. ¡La pérdida de los

centros, comprendes?

¡Oh, tú lo comprendes todo! Por lo tanto, recojamos el último aliento de Henry Wunderhood, hecho estallar por el malvado Tomás Magnus y enterrado por... María.

Recuerdo: después de aquella noche de agitación me desperté completamente tranquilo, hasta alegre. Probablemente era la influencia del sol, que resplandecía a través de la vasta ventana por la cual la noche anterior penetró aquel desagradable y demasiado pensativo claro de luna. ¿Comprendes?

Aquella era la luna y esto el sol. ¡Oh, tú lo comprendes todo! Es probable que por la misma razón fuera yo penetrado de una conmovedora fe en la virtud de Magnus, y me esperaba, en la noche, una felicidad sin nubes. Tanto más cuanto que sus colaboradores—te acuerdas de sus colaboradores?—me saludaban. ¡Qué cosa es el saludo! ¡Y cuánta significación tiene para la fe de un hombre!

Tú conoces mis buenos modales y me creerás si te digo que estuve reservado y frío como un gentleman que acaba de heredar; pero si tu hubieses apoyado tu oreja sobre mi vientre hubieras oído tocar dentro de mí dos violines. Algo amoroso, ¿comprendes? ¡Oh, tú lo comprendes todo! Así, con estos violines, fuí al atardecer a ver a Magnus; la luna resplandecía ya. Callamos largo rato, y esto me hizo comprender que me esperaba una interesantísima conversación. Al fin, dije yo: — Cómo va la salud de la señorita?

Pero él me interrumpió: — Estamos a punto de iniciar una conversación muy penosa, Wunderhood. ¡No le conmueve esto?

—¡Oh, en verdad!

—¿Quiere vino? Por otro lado, mejor es nada.

Beberé yo un poco; pero usted es mejor que no beba. Verdad, Wunderhood?

Se reía echando el vino, y noté con sorpresa que él mismo estaba muy agitado: sus blancas manos de verdugo temblaban

visiblemente. No recuerdo con precisión cuándo se calmaron mis violines—me parece que en aquel mismo momento—. Magnus bebió dos vasos de vino—¡había dicho que sólo quería un poco!—y continuó, tomando asiento: —Sí, es mejor que no beba, Wunderhood. Necesita toda su lucidez, sin que nada la vele... ¡No ha bebido nada hoy? ¿Whisky y soda? ¿No? Está bien.

Es preciso que la mente esté clara. Varias veces he pensado si en estos casos no se debiera adoptar medios de anestesia, como durante... durante...

—¿Como durante la vivisección?

Sacudió la cabeza con aire serio: —Sí, como durante la vivisección; ha interpretado maravillosamente mi pensamiento, amigo. Sí, durante la vivisección del alma. Por ejemplo, cuando se participa a una madre la muerte de su hijo o, o... a un hombre muy rico su ruina. Pero la conciencia..., ¿qué hacer con la conciencia?... ¡No se la puede tener anestesiada toda la vida! ¿Me comprende usted, Wunderhood? En fin de cuentas, no soy un hombre tan cruel como a primera vista me parece hasta a mí mismo, y el dolor del prójimo provoca en mí desagradables convulsiones. Esto no está bien. El operador debe tener la mano firme.

El miró mis dedos...; éstos temblaban ya. Sonriendo, continuó: —Por lo demás, también ayuda el vino. Querido Wunderhood, le juro por la salvación eterna, sobre la cual os gusta también jurar, que me desagrada mucho proporcionarle este pequeño dolor. ¡No es nada, Wunderhood! Preste atención; un poco de atención. ¡Su mano, amigo!

Le tendí la mano; él la cerró toda en su blanca y gran mano y la tuvo largo rato; tanto, que me pareció como si la hubiese sumergido en un extraño baño y pasado la corriente eléctrica. Después la soltó con un leve suspiro.

—Así. Más despierto, Wunderhood. Me encogí de hombros. Encendí un cigarro. Pregunté: —Sus palabras a propósito de un

hombre muy rico que de golpe se convierte en un indigo seguramente que no se referirán a mí. ¡Estoy arruinado?

Magnus alzó lentamente la mirada y, clavándome los ojos, respondió: —Si quiere, entonces, sí. No tiene ya nada. Lo que se dice nada. Este palacio ya está vendido.

Mañana los nuevos propietarios tomarán posesión de él.

—¡Oh, es curioso! ¡Pero dónde están mis miles de millones?

—Los tengo yo. Son míos. Yo soy un hombre muy rico, Wunderhood.

—¿Y está dispuesto a tenderme la mano para ayudarme? Usted es un desvergonzado estafador, Tomás Magnus.

—Si se empeña, sí. De esta especie.

—¡Y embustero!

—Bueno, sea. En general, querido Wunderhood, debe inmediatamente cambiar su punto de vista sobre la vida y sus hombres: es usted demasiado idealista.

—Y usted—dije, levantándome de la poltrona—, y usted debe cambiar de interlocutor. Permítame que le salude y le envíe un comisario de policía.

Magnus se reía a mandíbula batiente.

—Déjese, Wunderhood. Todo se ha hecho con arreglo a la ley. Usted mismo me lo ha transmitido todo. Dado su amor por los hombres..., la cosa no sorprenderá a nadie. Ciertamente que podríais haceros declarar loco, ¿comprende? Entonces es fácil que fuera yo a la cárcel. Pero usted iría al manicomio.

Difícilmente os amoldaríais a esto, queridísimo. La policía...; bueno, pero hablad: es un gran desahogo en los primeros momentos.

Probablemente yo no supe esconder mi agitación. Arrojé, rabioso, mi cigarro y medí con los ojos la ventana y Magnus... En aquel

momento la pérdida de mi fortuna no estaba muy clara en mi mente; y no era esto lo que me rebelaba, sino el tono insolente de Magnus, con su aire protector de viejo estafador. Y sentí además algo muy funesto, como una amenaza; como si el verdadero peligro no estuviese delante de mis ojos, sino detrás de las espaldas. No sabía dónde dirigir la mirada, y esto me privaba del dominio sobre mí mismo.

—¡Pero de qué se trata, en una palabra?—pregunté moviendo los pies.

—¿De qué se trata?—respondió como un eco Magnus. Sí, en verdad, no comprendo por qué se rebela, Wunderhood. ¡Tantas veces como me ha ofrecido su dinero!; luego me lo da a la fuerza, y ahora que está en mis manos quiere llamar a la policía...

Claro sonrió Magnus—, claro que hay una pequeña diferencia: poniendo generosamente el dinero a mi disposición, usted seguía siendo el amo de la situación, mientras que ahora, ¿comprende, amigo mío?, ahora puedo yo, sin más, echarle de esta casa.

Lancé una mirada expresiva a Magnus y me respondió con otro no menos expresivo encogimiento de hombros. Dijo, coléricamente: —Acabe con estas tonterías. Yo soy más fuerte que usted.

—Lo que es usted es un pillo extraordinariamente insolente, señor Magnus.

—¡Otra vez! ¡Cómo buscan las almas sentimentales un desahogo en la palabra! Tome un cigarro, siéntese y escuche. Hace ya tiempo que tenía necesidad de dinero. En mi pasado, cuyo conocimiento no le interesa, he tenido... fracasos que me han irritado. Estúpidos y almas sentimentales, ¿comprende? Mi energía estaba encerrada y prisionera como un gorrión en jaula. Durante tres años he esperado inmóvil, en aquel maldito agujero, espiando la ocasión...

Es decir, en la magnífica campaña...

—Sí, en la magnífica campaña... Y empezaba ya a perder toda esperanza, cuando apareció usted.

Aquí me resulta embarazoso encontrar la expresión...

—Hable francamente, sin miramientos.

—¿Puedo decirle de tú? Sí, es más cómodo.

Con tu amor por los hombres, con tu recitación, como la llamó usted después, me pareció muy extraño, amigo mío, y tardé mucho en clasificarte; eres un estúpido excepcional o un... pillo de mi ralea. ¿Ves? ¡Asnos tan extraordinarios abarcan demasiado espacio para no hacer nacer dudas hasta en mí! ¡No te ofenderás?

— No. Tú me metes el dinero en el bolsillo y yo pienso en una trampa. Por lo demás, tú corrías demasiado, toda medida por mi parte...

—Perdóname si te interrumpo. ¿Quiere decirse que tus libros, tus hábitos de vida solitaria, la casita blanca y... todo el resto era mentira? Y el asesinato... ¿Te acuerdas de la sangre en las manos?

— Me aconteció matar, esto es verdad; y meditaba no poco sobre la vida, esperándote. Pero todo lo demás era mentira. Y muy grosera; pero tú estuviste tan amablemente confiado...

— Y... María?

Confieso, hombre, que apenas pronunciado este nombre, algo se me atragantó en la garganta. Magnus me miró atentamente y respondió, brusco: — Ya llegaremos también a eso. ¡Pero cómo te agitas! ¡Quieres un poco de vino? Está bien, más vale así, aguanta. Continuaré. Cuando has comenzado con María, con mi pequeño concurso, me convencí definitivamente de que tú...

¿que yo era un asno?

Magnus levantó rápidamente la mano: —¡Oh, no! Eso me lo pareciste al principio. Te diré con toda franqueza, como todo lo que te voy diciendo: no eres un tonto del todo, Wunderhood; te he conocido muy bien. Que tú ingenuamente me hayas regalado todos tus millones, esto es una tontería, pero no son pocos los hombres

inteligentes que se han dejado engañar por hábiles... estafadores. Tu desgracia está en otra parte, compañero.

Tuve la fuerza de sonreír: El amor por los hombres...

—No, queridísimo: el desprecio por los hombres.

Desprecio que es el resultado de esta misma fe ingenua en los hombres. Tú los ves todos por debajo de ti; tú estás tan convencido de su fatal in potencia que no los temes y no te importa acariciar la cabeza de la serpiente de cascabel: isuena tan bien!

¡Hay que temer a los hombres, compañero! Conozco muy bien tu recitación; pero alguna vez, francamente, has llegado hasta a compadecerlos. ¡Oh, si tú supieses odiar a los hombres, te tomaría conmigo!

Pero tú eres un odioso egoísta, Wunderhood, y, recapacitando, no me duele ni el haberte engañado.

¿De dónde te viene este vil desprecio?

—Sigo todavía estudiando para llegar a ser un hombre.

—Bueno, estudia. ¿Pero por qué llamas estafador a tu maestro?... Eres un ingrato... ¿No soy tu maestro, Wunderhood?

—¡Al diablo las bromas! ¿Quieres decir que tú no me tomas contigo?

—No, queridísimo; no te tomo.

Ya. Sólo los millones. No está mal. Seguramente tu proyecto provocará la explosión de la tierra o alguna cosa parecida. ¿O también has mentido en esto? Pero no es posible que hayas querido fundar únicamente... un Monte de Piedad.

Magnus me miró con tristeza, casi con simpatía, y respondió lentamente: —No, en este punto no he mentido. Pero no me conviene tomarte conmigo. Tú gritas ahora: «¡Em bustero!, ¡estafador!, ¡ladrón!»...; apenas comienzas a ser hombre, y ya estás maduro para esas tonterías. Cuando yo levante la mano para pegar, tu desprecio empezará a lloriquear: «¡Déjalos, no los toques, ten

compasión!» ¡Oh, si tú pudieses odiar! Pero no, tú no eres mas que un odioso egoísta, viejecito mío.

Grité: —¡Que el diablo te lleve de una vez con ese tu egoísmo! No soy en realidad más tonto que tú, tenebrosa bestia, y no comprendo qué puedas encontrar de santo en el odio.

Magnus se ofuscó visiblemente: —Ante todo, no grites, o te echo a la calle. ¿Lo oyes? Sí, quizá no seas más tonto que yo; pero los negocios humanos no son asuntos para ti. ¡Comprendes, dulce bestia? Preparándome para provocar la explosión pongo en realización mi proyecto; tu quisieras ser tan sólo el administrador de una oficina de otro. Todo esto e indicó con un gesto amplio el espacio alrededor—es mi oficina, ¿comprendes?, mía, y me roban si roban. He sido robado y ofendido. Y odio porque se me ofende. En resumen: ¿qué habrías dado tú de tus millones si no se me hubiera ocurrido la idea de quitártelos? Habrías construído invernaderos, habrías creado herederos para la perpetuación de la especie. Un yate de recreo con dos chimeneas, y brillantes para tu mujer. Y yo, dame todo el oro que hay en la tierra y lo echaré todo al hoyo de mi odio. Porque me siento ofendido. Cuando tú encuentras a un jorobado le das una lira para que siga arrastrando su joroba, ¿verdad? Y, en cambio, yo quiero destruirlo, matarlo, reducirlo a cenizas como a una cepa enferma. Si te engañan o si un perro te muerde un dedo, ¡a quién diriges tus quejas? ¡A tu mujer, a la policía o a la opinión pública? ¿Y si tu mujer te ha puesto los cuernos con un criado, o si la opinión pública no te comprende y en vez de tener piedad de ti te lacerará, ¡entonces te quejarías a Dios? Yo no tengo nadie a quien acudir; yo no me lamento a nadie; pero no perdono. No perdono. ¡Me siento personalmente ofendido!

Escuchaba en silencio. Y como me había sentado junto al camino y mirada el fuego, escuchando, las palabras de Magnus parecían fundirse con las cepas ardientes e incandescentes: nuevas llamas surgían de una cepa, y surgían otras palabras; una masa roja caía en pedazos incandescentes, y también chispeaban por todas partes las palabras como carbones encendidos. Mi mente no era perfectamente

lúcida, y un juego tal de palabras incandescentes, vivas y chispeantes me precipitó en una extraña y brusca somnolencia. Pero he aquí lo que ha quedado en mi cabeza: —¡Oh, si tú pudieras odiar! ¡Si tú no fueses tan bellaco, tan cobarde! Te habría mostrado un incendio tan vasto que hubieras enjugado tus despreciables llantos y habrían ardido hasta tus sueños lacrimosos! ¡Oyes cómo cantan los tontos en todo el mundo? Ellos son quienes cargan los cañones. Y el hombre inteligente es quien debe pegar fuego a la carga. ¡Comprendes? Puedes tú ver con tranquilidad yacer vecinos, separados tan sólo por un sutil tabique, a un buen cordero y a una serpiente hambrienta. Yo no puedo. Yo tengo que practicar una pequeña abertura...; lo demás lo hacen ellos mismos. ¡No sabes? Con una mezcla de verdad y de mentira se provoca una explosión. ¡Yo quiero hacer esta mezcla! No haré nada; pondré tan sólo término a sus trabajos. ¿No oyes cómo cantan aquéllos alegremente? Los obligaré a bailar. ¡Ven conmigo, compañero! Tú deseabas cualquier recitación; pues bien: daremos un espectáculo extraordinario. Pondremos en conmoción a toda la tierra, y millones de muñecos comenzarán a saltar dócilmente a nuestras órdenes; tú no te imaginas todavía lo ingenioso que soy. Será un espectáculo maravilloso; te divertirás inmensamente...

Cayó una gran cepa pesadamente en una hoguera de brasas, entre innumerables gavillas. Las llamas la abrasaron y el camino se enrojeció. De la boca del mismo venían bocanadas de calor que quemaban la cara; de pronto se me apareció el teatro guiñol. El fuego y el calor producían espejismos; y me pareció como si de nuevo comenzase a redoblar sordamente el tambor, y los platillos resonaban alegremente, y el alegre clown comenzó a mover la cabeza, y apareció rota la cabeza de porcelana de la pobrecita muñeca. Después, una cabecita más, y todavía otra. Luego vi un cajón de la basura del que salían dos piernecitas inmóviles con pies calzados con zapatillas rosa. Los tambores no cesaban de tocar: tam, rataplam, plam. Y dije, meditando: —Me parece que será una cosa muy dolorosa.

A mis espaldas resonó la respuesta dura e indiferente: —Es muy probable. Tam, rataplam, plam...

—Para ti será lo mismo, Wunderhood, pero yo no puedo. Compréndeme: no puedo permitir que toda maloliente bestia bípeda se llame hombre. Hay demasiados. Bajo la protección de los médicos y de la ley se multiplican como conejos en madriguera. La muerte, engañosa, no logra llevar ventaja: está confusa, ha perdido completamente el valor, y su fuerza moral se dedica a hacer de perdida en los salones de baile. Yo odio a los hombres. Me es desagradable caminar por la tierra que está habitada por una raza extranjera. Es necesario abolir las leyes durante algún tiempo y dejar a la muerte que entre en escena. Lo demás lo harán ellos mismos. No creas que yo soy extraordinariamente cruel, no. Lo único que soy es lógico. Soy la conclusión. Soy el signo de la igualdad, el total bajo una columna de cifras.

Me puedes llamar Ergo, ¡Magnus Ergo! Ellos dicen: Dos por dos..., y yo respondo: «Cuatro.» Exactamente cuatro. Imagina que el mundo quedara rígido por un momento en una completa inmovilidad, y verías un cuadro de este género: una cabeza sonriente y despreocupada y encima una ceñuda. Aquí un pesado edificio reposando sobre un único apoyo ya curvo. Pero todo está rígido y el apoyo no se quiebra. Aquí un pecho y aquí una mano que fabrica el proyectil para aquel pecho. ¿Soy acaso yo quien lo ha preparado? Yo toco sólo el pequeño gatillo, y, itac!, lo derribo. El edificio cruje. El proyectil preparado atraviesa el pecho destinado a recibirlo. Yo lo único que he hecho es mover el gatillo; iyo, Magnus Ergo! Piensa: ¿es que podría matar si en el mundo no hubiera mas que violines y otros instrumentos musicales?

Me reí a carcajadas.

—Sólo violines?

Magnus respondió riendo; su voz era ronca y grave: —Pero ellos tienen también otros instrumentos Y me serviré de estos instrumentos. ¿Ves cómo es sencillo e interesante?

—¿Y después, Magnus Ergo?

—¡Qué sé yo lo que ocurrirá después! Yo veo tan sólo esta página y resuelvo, este problema. No sé lo que hay en la página siguiente.

—Quizá lo mismo?

—Quizá lo mismo. Pero puede ocurrir que sea ésta la última página...; pues bien: el total debe pasar a la otra.

—Hace tiempo hablaste de un milagro.

—Sí. Esa es mi palanca. ¿Te acuerdas de lo que te dije de mi explosivo? He prometido a los conejos que se harán leones..., ¿comprendes? El conejo no puede resistir la inteligencia. Si un conejo se hiciera inteligente se suicidaría de tedio. La inteligencia es la lógica; y puede ofrecer algo de bueno la lógica EL DIARIO DE SATANÁS. al conejo? Sólo el asador y un puesto honorífico en el menú de un restaurante. Hay que prometerle la inmortalidad a bajo precio, como hace mi amigo el cardenal X, o bien el paraíso terrestre. Entonces verás qué energía, qué valor y entusiasmo expresará mi conejo cuando le haya pintado sobre el muro los pabellones paradisíacos y los jardines del Edén.

—¿En el muro?

—Sí, en el muro de piedra. Correrá al asalto con todos los de su raza..., y ¡quién sabe!..., sí, ¡quién sabe... si del golpe toda esta masa no derribe el muro!

Magnus se quedó pensativo. Yo me alejé del camino apagado y miré atentamente la cabeza explosiva de mi desagradable amigo... Dos pequeñas arrugas, casi de chiquillo por su aspecto cándido, se dibujaban en aquella frente de piedra. Yo reía y gritaba: —¡Tomás Magnus! ¡Tomás Ergo!, ¿crees?

Sin levantar la cabeza pensativa, como si no hubiera oído mi risa, respondió: —Es preciso ensayar.

Pero yo continuaba riendo; comenzó a nacer en mí una salvaje—probablemente humana—y jocosa maldad.

—¡Tomás Magnus! ¡Magnus conejo!, ¿crees?

Entonces golpeó con fuerza con la palma de su pesada mano contra la mesa y comenzó a rugir, como en delirio: —¡Cállate te digo! Necesito ensayar. ¿Qué sé yo?

Todavía no he estado en Marte y no he podido mirar desde allí a la Tierra. ¡Calla, maldito egoísta! Tú no comprendes nada de nuestros negocios. ¡Oh si tú pudieras odiar!

—¡Odio ya!

De repente Magnus se calmó. Continuaba sentado y me miró atentamente, con deferencia, pestañeando: —¿Tú? ¿Odias? ¿Y a quién?

A ti.

Una vez más me miró atentamente, y movió la cabeza.

—¿Es de veras, Wunderhood?

—Si ellos son conejos, tú eres el más horrendo de ellos, porque eres una mezcla de conejo y de... Satanás. ¡Eres un bellaco! No importa que seas un estafador, un bandido, un embustero y un asesino; pero eres un bellaco. Me esperaba algo más. Me esperaba que tu ingenio te hubiera llevado hasta el más grande de los delitos; pero tú transformas el mismo delito en una vil filantropía. Eres un siervo como todos los demás; pero quieres servir a espaldas de los hombres. ¡Esa es toda tu sabiduría!

Magnus suspiró: — No, no es eso. Tú no comprendes nada, Wunderhood.

—Y a ti te falta valor, queridísimo. Eres Magnus Ergo iqué insolencia: Magnus Ergo!—; vete entonces hasta el fin. Quizá vaya yo contigo...

—¿Vendrás de verdad?

—¿Y por qué no? Yo soy el Desprecio; tú, el Odio: podemos muy bien caminar juntos. No temas que yo pare tu mano. Me has

revelado muchas cosas, mi óptimo reptil, y yo no detendré tu mano ni aunque la levantes sobre ti mismo.

—Me harás traición.

—Y tú me matarás. ¡No basta esto quizá?

Magnus movió, deferente, la cabeza, repitiendo: —Me harás traición. Yo soy un hombre vivo y tú ya despides olor a cadáver. Yo no quiero despreciarme a mí mismo, pues habría terminado. ¡No me mires! Mira a los otros.

Comencé a reírme: —Está bien, no te miraré. Miraré a los otros. Con mi desprecio te facilitaré el trabajo.

Magnus se quedó largo rato muy pensativo. Después me miró y me dijo en voz baja: —Y María?

¡Maldito sea! ¡Otra vez hace que mi corazón descienda a la tierra!

Le lancé una mirada salvaje, como la de uno que se despierta de noche en medio de las llamas de un incendio. Y se derramaron tres ondas sobre mi pecho. Con la primera se despertaron los violines, ya quietos... ¡Ah, cómo imploraban, como si el arco del que tocaba no rasgara las cuerdas, sino mis venas! Después, como un inmenso alud, con cabelleras espumosas se me aparecieron todas las imágenes, todas las sensaciones y los pensamientos de mi no lejana y graciosa humanización: ¡todo estaba!

Estaba hasta la luciérnaga que pasó por debajo de mis pies. ¡Hasta en la pequeña luciérnaga pensé! Con la tercera onda azul dulcemente llegó a la orilla el nombre sagrado: ¡María! Y desapareció dejando tras sí un bordado finísimo de espuma; y el Sol, más allá del mar fulguró con sus rayos; y por un instante, por un segundo sólo, volví a ser la nave blanca con las velas amainadas. ¿Dónde estaban las estrellas antes de que las encendiera el Todopoderoso del universo? ¡Virgen!

Magnus me atrajo dulcemente: —¿Dónde vas? No está ahí. ¿Qué quieres?

—Dispénsame, querido Magnus; pero yo quisiera ver a la señorita María. Sólo un minuto. No me 'siento completamente bien; ha ocurrido algo en mi cabeza y en mis ojos. ¿Te sonríes, querido Magnus, o es que yo me lo figuro? He mirado demasiado tiempo hacia los tizones ardiendo y ahora me resulta muy difícil distinguir las cosas que tengo a la vista. Has dicho: ¡María? Sí, quisiera verla. Luego seguiremos nuestra interesante conversación; usted me recordará en dónde quedamos; por ahora le pediré... ¿Quieren venir en automóvil por el campo?

Se está tan bien... Y la señorita María...

— Siéntate. La verás en seguida.

Pero no me dió tiempo de terminar mi lamentable discurso ¿qué diablo pasó en mi cabeza?—.

Me esforé por seguir mi discurso—ahora me parece ridículo al recordarlo—, y por dos veces estreché la mano inmóvil y pesada de Tomás Magnus; es muy probable que lo considerara yo como padre en aquel momento. Al fin me calmé, empecé a meditar; pero siempre humilde y sometido a las órdenes de Magnus, me senté en una poltrona y me dispuse a escucharle atentamente. ¿Estás en condiciones de escuchar? Te veo muy agitado, amigo. Recuerda: iconciencia!, iconciencia!

—Sí. Me... acuerdo de todo. Continúa, queridísimo, te escucho.

Sí, me acordaba de todo; pero me era indiferente todo lo que hubiera podido decir Magnus: esperaba a María. ¡Tan grande era la fuerza de mi amor! No sé por qué, mirando de soslayo y golpeando con la palma de la mano en la mesa, Magnus, casi involuntariamente, pronunció las siguientes palabras: —Escucha, Wunderhood. En último término, la' cosa más cómoda para mí sería echarte a la calle, junto con el tonto de Toppy. Tú querías hacer una experiencia humana total y a mí me divertiría ver cómo ganarías tu pan. Probablemente has perdido la costumbre, ¿no es verdad? Sería interesante ver en qué pararía tu magnífico desprecio cuando... Es difícil de expresarse, pero hay en mí un poco de agradecimiento...

por tus millones, y además de esto, una pequeña esperanza. Sí, la pequeña esperanza de que puedas ser todavía un hombre. Aunque esto me cuesta trabajo, sin embargo estoy pronto a tomarte conmigo; pero sólo después de una prueba. ¿Tú sigues queriendo llevarte... a María?

—Sí.

—Bueno.

Magnus se alzó fatigosamente de la poltrona y se dirigió a la puerta. Pero a la mitad del camino se volvió de pronto hacia mí y— ¡jamás me lo hubiera esperado de aquel redomado pillo!—me besó en la frente. Siéntate, siéntate. La llamaré en seguida. No hay ningún criado en casa.

Y diciendo esto golpeó ligeramente en la puerta.

Apareció la cabeza de uno de sus colaboradores, y se retiró en seguida. Con el mismo aire de cansancio Magnus volvió a su puesto, y dando un suspiro dijo: —En seguida viene.

Permanecemos en silencio. Miraba yo a la puerta, cuando hete, que se abre y entra María. Con paso ligero me dirijo a ella y me inclino profundamente sobre su mano.

Magnus grita: —¡No le bese la mano!

27 DE MAYO.

Ayer no pude acabar. ¡No os riáis! Aquella simple frase: ¡No le bese la mano!» me pareció la cosa más espantosa que lengua humana haya podido pronunciar. Obró en mí mágicamente, como un exorcismo. Cuando resuena dentro de mí me interrumpe, anula el estado en que me encuentro y me transfiere a uno distinto. Si

estaba hablando, callo, como enmudecido de pronto. Si andaba, me paro.

Si estaba quieto, corro. Si esta frase resuena durante el sueño, entonces, por muy profundo que éste sea, me despierto y no me vuelvo a dormir más.

Y son palabras muy sencillas, extraordinariamente sencillas: No le bese la mano!» Escucha ahora lo que sucedió después.

Me incliné sobre la mano de María. Y la exclamación de Magnus fué tan inesperada y extraña y había en su ronca voz tal tono de imperio y hasta de espanto, que no hubiera sido posible no obedecerle.

¡Como si hubiese detenido a un ciego al borde del abismo! Pero yo no comprendí y alcé la cabeza, maravillado, sin soltar la mano de María de la mía, y lancé una mirada interrogativa a Magnus. El respiraba con dificultad, como si hubiese asistido ya a mi caída en el abismo, y respondió a mi mirada lentamente, con una voz algo sofocada: —Suelta su mano; María, aléjate de él.

María libertó su mano y se alejó de mí. Sin comprender una palabra de todo esto la vi alejarse; me quedé solo, y todavía seguía sin comprender. Durante un brevísimo instante la situación me pareció hasta cómica: pensaba quizá en alguna comedia en que salgan dos enamorados y un padre severo...

Pero en seguida se apagó esta absurda comicidad y yo volví mis ojos hacia Magnus en humilde espera.

Magnus titubeaba. Se levantó fatigosamente, atravesó dos veces la habitación, después se paró decidido delante de mí, y con las manos agarradas tras de las espaldas, dijo: —A pesar de todas tus rarezas, eres un hombre de bien, Wunderhood. Yo te he despojado —dijo exactamente esto—, pero no puedo permitir que beses de ahora en adelante la mano de..., no, de esta mujer. ¡Escúchame bien! Ya te he dicho que tengo que hacerte cambiar en seguida tu punto de vista por lo que respecta a los hombres. Es doloroso, lo comprendo; pero es indispensable, queridísimo. ¡Oyeme! Te he

mentido: Maria no es mi hija... Yo no tengo hijos. Y... no es una Virgen. Es mi amante; lo ha sido hasta la noche pasada...Ahora comprendo que Magnus era, a su modo, misericordioso dejándome caer en las tinieblas con una estudiada lentitud... Pero entonces no comprendí, y mientras creía ahogarme, haciéndose mi respiración cada vez más breve, perdía lentamente el conocimiento. Y cuando, con la última palabra de Magnus, se apagó en mi la última luz y me envolvió una obscuridad impenetrable, saqué el revólver y disparé repetidas veces contra Magnus. No recuerdo cuántos fueron los tiros ni cómo acudieron y me desarmaron los colaboradores de Magnus.

Cuando volví en mí, la escena era ésta: los colaboradores de Magnus no estaban ya. Yo estaba hundido en la poltrona. Mis cabellos estaban húmedos y mi ceja izquierda salía sangre. Había perdido el cuello y mi camisa estaba destrozada; la manga izquierda estaba casi por completo desprendida y me veía obligado a tirármela para arriba continuamente. María estaba en el mismo sitio y en la misma postura, como si no se hubiera movido durante la lucha. Me asombró la presencia de Toppy, que estaba sentado en una esquina y me miraba extrañamente. Cerca de la mesa, volviéndome las espaldas, estaba Magnus, y se echaba vinode A un suspiro mío, muy profundo, Magnus se volvió rápidamente y me dijo, con el extraño tono habitual: —¿Quiere vino, Wunderhood? Ahora podría be ber un vasito. Ahí tiene, beba. ¿Ve? No me ha apuntado bien. No sé si debo o no alegrarme, pero estoy vivo. ¡A su salud, viejo amigo!

Yo me toqué la frente y dije: —Sangre...

—Nada: una pequeña desolladura. Se cerrará en seguida. No la toque.

—Despide un olor...

—A pólvora? Sí, pasará en seguida. Aquí está Toppy, lo ve usted? Ha pedido permanecer aquí.

Asistirá a nuestra conversación. ¿No tendrá usted inconveniente? Le es muy adicto.

Miré a Toppy y sonreí. Toppy hizo una mueca y gimió tiernamente: —¡Mister Wunderhood! ¡Soy yo, su Toppy!

Y se puso a llorar. Aquel viejo diablo oliendo siempre a pelambre, aquel bufón de levita negra, aquel sacristán de nariz—péndulo, aquel seductor de muchachas, ¡comenzó a llorar! Pero, lo que aun es peor, comencé a llorar también yo, después de haber golpeado mis sienes; yo, ¡el sabio, el inmortal, el omnipotente»»!»!

Así, nosotros dos nos pusimos a llorar; nosotros, diablos, caídos sobre la tierra, y los hombres—¡tengo que hacerles justicia!— miraban compasivamente nuestras lágrimas amargas. Llorando y riendo a un tiempo, dije: —¡Pero qué difícil es ser hombre, Toppy!

Y Toppy, sollozando, respondió humildemente: —Muy difícil, mister Wunderhood.

Pero en esto, por casualidad, volví la mirada hacia María, y de un golpe mis sentimentales lágrimas se enjugaron. Jamás olvidaré aquella noche, por el sucederse de improviso en mí los estados de alma más absurdos. ¡Los conoces todos, ¡oh hombre!?

Me lamentaba un poco y pulsaba la lira como un lacrimoso poeta, y después, de pronto se apoderaba de mí una granítica tranquilidad, junto con el sentido de una invencible fuerza; inmediatamente después, a desplegar tonterías, como un papagayo aterrorizado por un perro, y charlaba cada vez más fuerte, necia e insoportablemente, hasta que un nuevo cambio me precipitaba en una muda angustia mortal.

Magnus comprendió mi mirada y sonrió, casi sin querer. Yo trataba de ponerme el cuello de mi destrozada camisa y dije secamente: — No sé todavía si debo alegrarme o no de no haberte matado, queridísimo. Ahora estoy perfectamente tranquilo y te rogaría que me dijeras todo..con respecto a esta mujer. Pero como tú eres un embustero, preguntaré ante todo a ella misma: Señorita María, ha sido usted mi novia y yo esperaba llamarla un día mi mujer. Dígame, pues, la verdad: ha sido de verdad... la amante de este hombre?

—Sí, señor.

—Y... desde hace mucho?

—Cinco años, señor.

—¿Cuántos años tenéis ahora?

—Diez y nueve, señor.

— Entonces... a los catorce años?... Continúa, Magnus. ¡Dios mío!

(Exclamación del viejo diablo de Toppy.) —Siéntate, María. Como ves, Wunderhood—comenzó tranquilamente Magnus, como hablando de un preparado y no de una criatura humana, como ves, esta amante mía es un fenómeno absolutamente poco común. A pesar de su extraordinario parecido con la Virgen, parecido que podría engañar a los más entendidos en cosas religiosas; no obstante su belleza, en verdad ultraterrena; no obstante su pureza y su exquisitez, es una criatura venal, pervertida y cuanto hay de más imprudente.

—¡Magnus!

—Cálmate. ¿Ves cómo me escucha? Hasta tu viejo Toppy está hecho un lío y se ruboriza, mientras la mirada de ella se mantiene serena y los rasgos de su cara aspiran una serena armonía... ¡Has notado lo serena que es la mirada de María? Siempre está serena. ¡Me oyes tú, María?

— Sí, naturalmente.

—¿Quieres arenques o vino? Cógelos, ahí están sobre la mesa. A propósito, te llamo la atención sobre sus andares: parece que va siempre sobre flores o entre las nubes, con ligereza y gracia incomparables. Como antiguo amante suyo, puedo añadir particulares que tú no conoces; su cuerpo huele como una flor maravillosa. Y pasemos ahora a sus cualidades espirituales, como dicen los psicólogos. Si queremos hablar como vulgarmente se hace, entonces diremos que es estúpida como una oca, impenetrablemente estúpida. Pero es astuta. Pero es menti rosa. Y ávida de dinero; pero lo ama sólo bajo la forma de oro. Todo lo que te ha dicho ella no eran sino palabras mías; las frases más

complicadas se las hacía aprender de memoria... No creas que no me ha costado trabajo. Y hasta temía que, a pesar del amor, llegaras tú a descubrir su demasiada evidente estupidez; por eso en estos últimos días, decisivos, la alejé de ti.

Toppy gimió: —¡Dios mío! ¡Virgen!

—¿Te asombra todo esto, Toppy?—preguntó Magnus volviendo la cabeza. No eres tú solo. ¿Te acuerdas, Wunderhood, que hablando del fatal parecido de María me referí a un joven impulsado a la muerte! No mentí entonces del todo; es cierto que el joven se mató; pero fué cuando conoció la verdadera esencia de María. El era un alma pura, la amaba como tú, y no pudo soportar..., ¿cómo diré?, el naufragio de su ideal.

Magnus se rió: —¿Te acuerdas de Juan, María?

—Un poquito.

—La oyes, Wunderhood?—dijo Magnus riendo. De la misma manera con la misma voz hablaría de mí dentro de una semana si tú me hubieses matado hoy... Cómete otra naranja, María...

Pero si queremos hablar de Maria en términos no usuales, entonces diremos que no es mala. Le falta sencillamente eso que se llama «alma»; le falta en absoluto. He intentado varias veces echar una mirada en el fondo de su corazón; pero siempre aca— baba por darme el vértigo, como si se hubiera tratado de un abismo. No hay nada. El vacío. ¡No has observado tú, Wunderhood, o si no usted, mister Toppy, que el hielo no está tan frío como la frente de un hombre muerto? Cualquier vacío que conozcáis, amigos míos, o que podáis imaginar, no puede compararse con el vacuum casi absoluto que constituye el núcleo de mi bella y luminosa estrella. La estrella del mar; ¡no la has llamado así, Wunderhood?

Magnus se rió de nuevo y bebió un vaso de vino: bebía mucho aquella noche.

—¿Quiere usted vino, míster Toppy? ¿No? Como quiera. Beberé yo. Por eso, Wunderhood, no he querido que tú besaras la mano a

este ser. No bajas la vista, amigo. Figúrate que estás en un museo, y mírala valientemente. ¿Quería usted decir algo, mister Toppy?

—Sí, señor Magnus. Perdóneme, mister Wunderhood; pero le pido permiso para salir de aquí.

Como caballero..., aunque pequeño..., no puedo asistir a... a...

Magnus, guiñando el ojo burlonamente: —¡A una escena semejante?

—Sí, a una escena en que un caballero, con el consentimiento tácito de otro caballero, insulta a una mujer de ese modo exclamó impetuosamente Toppy, levantándose.

Magnus, volviéndose a mí, con ironía: —¿Y tú, qué dices, Wunderhood? ¿Dejamos salir a este caballero demasiado pequeño? Quédate, Toppy. Toppy, humildemente se volvió a sentar. Respiré como al comienzo de haber empezado Magnus a hablar, y miraba a María. ¿Qué quieres que te diga?

¡Era María! Y entonces comprendí lo que ocurre precisamente en la cabeza de los hombres que están próximos a enloquecer.

—¿Puedo seguir?—preguntó Magnus—. Aunque en realidad poco me queda que decir. Sí, la cogí cuando tenía catorce o quince años ella misma no sabe con precisión su edad—; pero no fuí el primer amante y... ni siquiera el décimo. Jamás he conseguido conocer plenamente su pasado. Sea que mienta ella con astucia, sea que de veras le falte la memoria, lo cierto es que ni el interrogatorio más hábil, que hubiera podido desconcertar hasta al delincuente más astuto; ni las súplicas y regalos, ni menos aún las amenazas—y eso que es muy miedosa—, la decidieron a contar. «No se acuerda», eso es todo. Pero su profunda depravación, que embarazaría hasta a un sultán; su extraordinaria experiencia y su audacia en el ars amandi confirman mi hipótesis que ha recibido su educación en un lupanar o en la corte de algún Nerór. No sé su edad, y a mis ojos no muda; ¿por qué no admitir, pues, que tenga no veinte, sino dos mil años? María..., tú sabes todo, todo.

No miré a la interpelada; pero en su respuesta advertí una entonación de leve disgusto: —No digas tonterías. ¿Qué podría pensar de mí míster Wunderhood? Magnus se echó a reír y golpeó el vaso contra la mesa: —¿Lo oyes, Wunderhood? ¡La preocupa tu estimación! Y si la mandase desnudarse en seguida, en vuestra presencia...

—¡Dios mío, Dios mío!—gimió Toppy, cubriéndose la cara con las manos.

Yo miré rápidamente los ojos de Magnus y me quedé gran rato petrificado en la horrible fascinación de aquella mirada. La cara de Magnus reía todavía, una partícula de risa jocunda se esparcía todavía en aquella pálida máscara, pero los ojos estaban inmóviles y turbios. Se habían vuelto hacia mí, pero miraban más allá, con una terrible expresión de furor brusco y vacío; isolamente un cráneo con sus órbitas vacías podría irritarse y amenazar así!

Mi mente se obscureció de nuevo; y cuando me repuse, Magnus estaba sentado, volviéndome las espaldas, y bebía tranquilamente vino. Levantó el vaso, olió el vino, probó un poco y, sin volverse a mí, habló como antes, con la misma voz tranquila: —Así que, Wunderhood, ya sabes ahora todo lo necesario con respecto a María, de la Virgen, como la llamabas; y te pregunto: ¿la quieres para ti, sí o no? Te la cedo. Tómala. Si tú dices «sí», esta noche la tendrás en tu cama... Lo juro por la salvación eterna, pasarás una noche bastante agradable...

¿Qué?

—¿Ayer tú, hoy yo?

—¡Ayer yo, hoy tú!—. Se sonrió de mala gana—. Tú no eres hombre, Wunderhood, que te preocupen esas tonterías. O es que todavía no has tomado la costumbre de hacerte calentar el lecho por alguno?

Tómala, es una muchacha que vale. Lo conoce todo.

Magnus me miró irónicamente: —¡Qué muchacho más inteligente! ¡Igual que yo!

Eres un americano inteligentísimo, míster Wunderhood; y estoy sinceramente maravillado de que hayas hecho tan mala carrera. Idos a dormir, queridos pequeños. ¿Por qué me miras así, Wunderhood?

¿Te parece muy pronto? Entonces vete a dar por el jardín un paseo con ella. Cuando hayas visto a María en el claro de luna...

No me pude contener: —Tomás Magnus, eres un embustero y un estafador desagradable. Si ella ha recibido su educación en un lupanar, está claro que tú, venerable señor, has completado tu instrucción universitaria en las galeras. ¡Me entran náuseas viendo tu pálido rostro!

Has tomado una mujer por sus atractivos, como el más vulgar campeón de la tierra.

Magnus golpeó con el puño sobre la mesa. Sus ojos ardían, inyectados en sangre.

—¡Calla! ¡Eres un asno fenomenal! ¿No comprendes que yo también he sido engañado por ella, engañado como tú? ¿Quién no se engañaría encontrándose con la Virgen? ¡Oh diablo!, ¿qué valen los dolores de tu pequeña alma americana en comparación con los tormentos de mi alma? ¡Oh diablo!

¡Sutilezas, bromas, gentlemen y ladies, asnos y tigres, dioses y demonios! ¡No te das cuenta? No es EL DIARIO DE SATANÁS. una mujer, ¡es un águila que me arranca todos los días mis hígados! Mis tormentos comienzan por la mañana. Cada mañana me olvido de lo que ha pasado el día anterior, descubro ante mí a una Virgen, ¡y creo! Pienso: ¿qué pasó ayer? Me he equivocado probablemente, se me pasó algo que no observé. No es posible que esta mirada clara, estas formas divinas, este rostro puro de Virgen pertenezcan a una prostituta. El fango está en tu alma, Tomás; ella es pura como una hostia. ¡Y acontecía que yo, de rodillas, pedía perdón a esta ramera! ¿Te haces cargo? ¡De rodillas! Entonces era yo, en verdad, un miserable estafador, Wunderhood. La inventaba miserablemente; le

inoculaba mis pensamientos y mis sentimientos, y me alegraba como un cretino, casi llorando de felicidad, cuando ella repetía algo, con palabras poco seguras. Como un sacerdote, yo me pintaba un ídolo y después caía de hinojos, ¡en éxtasis! Pero la verdad era más fuerte. Minuto por minuto, hora por hora, la mentira me abandonaba; y sucedía que, hacia la noche, yo le pegaba. Lloraba y le pegaba; le pegaba cruelmente, como un souteneur pega a su amante. Y después, la noche, con su depravación babilónica; el sueño mortal, ¡el olvido! Y de nuevo el día... Y de nuevo la Virgen. Y de nuevo... ¡Oh diablo! Como el hígado de Prometeo, mi fe crecía durante la noche, y, como un buitre, ella lo devoraba todo el día.

¡También soy yo un hombre de carne y hueso, Wunderhood!

Tapándose las espaldas, como si sintiese frío, Magnus comenzó a medir la habitación con pasos veloces; después echó una mirada al camino apagado y se acercó a María.

María levantó interrogativamente su mirada clara, y Magnus, con la cauta ternura con que se acaricia a un papagayo o a un gato, le acarició la cabeza, murmurando: —¡Qué cabecita! ¡Qué gentil!... ¡Wunderhood, ven y acaríciala!

Tiré del puño que se me caía y pregunté irónicamente: Y ahora quieres regalarme este buitre? ¡No tienes ya alimento que darle? ¡Además de mis millones quieres también mis hígados!

Pero Magnus ya se había calmado. Habiendo vencido la conmoción y la borrachera, volvió sin prisa a su puesto y dijo cortésmente: — Responderé en seguida a tu pregunta, Wunderhood. Te ruego, María, que te retires. Necesito hablar con mister Wunderhood. Y también le rogaría a usted, egregio míster Toppy, que nos dejara solos por algunos momentos. Puede distraerse con mis amigos en el salón.

—Si me lo ordena míster Wunderhood...respondió duramente Toppy, sin levantarse.

Hice con la cabeza un signo afirmativo y salió dócilmente mi secretario, sin mirar a Magnus. También se fué María. Para decir

toda la verdad, en aquel primer momento de mi tte—á—tte con Magnus me asaltó de nuevo gana de llorar, de esconder mi rostro en su pecho y llorar: ¿es que no era un amigo mío aquel bandolero? Pero me tragué las lágrimas, hice ¡huf! y me quedé satisfecho. Después, un átomo de breve desesperación, puesto que María se había marchado. Y lentamente, como viniendo de lejos, de mis más lejanos recuerdos, como una furia ciega y salvaje, comenzó a invadir mi corazón una necesidad irresistible de pegar y de destruir. Diré además que me irritaba mucho la manga desprendida que se me salía siempre: quería ser severo y amenazador y ella me hacía ridículo... ¡Ah, de qué tonterías depende en esta tierra el éxito de los acontecimientos más importantes! Encendí un cigarro y lancé, con brutalidad buscada, estas palabras sobre el rostro sereno y odioso de Magnus: —¡Bueno! ¡Basta de comedias y de charlatanería! Díme qué quieres. ¿Quieres dejarme tu buitre?

Magnus respondió tranquilamente, aunque sus ojos chispearan: —Sí. Esta es precisamente la prueba que quería proponerte, Wunderhood. Temo haberme dejado llevar demasiado del gusto de una venganza inútil y estéril y haber hablado en presencia de María con más fuego del debido. El hecho es que todo lo que he contado tan pintorescamente, la pasión y la desconfianza y todos los martirios de... Prometeo, todo forma parte del pasado. Ahora miro a María sin dolor y hasta con algún placer; como una bestia bella y útil..., útil a la economía del alma, ¡comprendes? ¡Qué es el hígado de Prometeo? ¡Todo eso es absurdo! Además, que debía estar agradecido a María. Con sus dientecitos ha roído toda mi estúpida fe y me ha dado esta clara, firme e impecable visión de la vida, que hace imposible todo engaño y todo... sentimentalismo. Tú también debías comprender esto y probarlo, Wunderhood, si quieres venir con Magnus Eigo.

Yo callaba, chupando con negligencia mi cigarro. Magnus bajó los ojos y continuó, más tranquilo y duro todavía: —Los eremitas, para habituarse a la idea de la muerte dormían en ataúdes: sea María para ti uno de estos ataúdes. Cuando te vengan ganas de visitar una iglesia, de besar a una mujer, de tender la mano a un amigo, mira a

María y acuérdate de su padre, Tomás Magnus. Tómalas, Wunderhood, y pronto te persuadirás de la utilidad de mi regalo.

A mí ya no me sirve. Y cuando tu alma ofendida arda en el fuego inextinguible del odio verdaderamente humano, y no de un débil desprecio, entonces te aceptaré en mi ejército, que preparo ya... ¿Vacilas aún? Entonces, ivete al encuentro de otros engaños; pero ten cuidado con las vírgenes y con los estafadores, señor del Illinois!

Se echó a reír con fuerza y se bebió de un trago un vaso de vino. La calma aparente le abandonó.

En sus ojos enrojecidos ardían de nuevo las pequeñas llamas de la borrachera, ora alegres y burlescas, como fuegos de Carnaval, ora serias y solemnes antorchas sepulcrales, de noche, ante una tumba.

El estafador estaba borracho, pero se mantenía firme; hacía solamente un poco de ruido, como una encina azotada por el viento sur. Se levantó y, plantándose delante, cínicamente enfatuado, me escupió estas palabras: —¡Bueno! ¡Te falta mucho que pensar, grandísimo burro? ¡Pronto, o te mando echar! ¡Pronto; me aburres al fin! ¿Por qué habré gastado mis palabras para ti? Díme, ¿qué estás pensando?

Colocando en su sitio la maldita manga, que seguía cayéndose, contesté: —Pienso en ti, que eres un animal perverso, arrogante, estúpido y desagradable. Pienso si en las fuentes de la vida o en el mismo seno del infierno podré encontrar un castigo digno de ti. Sí, he venido a esta tierra para recitar y reír. Sí, también yo estaba dispuesto a hacer cualquier mal, a mentir y a fingir... Pero tú, gusano cabelludo, tú te has introducido en mi corazón y me has mordido. Te has aprovechado de mi corazón humano para mordirme, gusano cabelludo. ¿Cómo has osado engañarme? Te castigaré.

—¿Tú? ¡Me castigarás?

Tengo el placer de decir que Magnus parecía no sólo sorprendido, sino también estupefacto. Sus ojos se alargaron, la boca abierta hizo ver los dientes brillantes. Respirando con fatiga, repitió: —¿Tú? ¿Me castigarás?

—Sí. Yo te...

—La policía?

—¿No la temes? Está bien. Tus tribunales no valen nada; quedarás sin castigo en la tierra, tú, criatura perversa y sin conciencia; se disolverá sin dejar rastros, y hasta desaparecerá, tu mentira en ese mar de mentiras que es vuestra vida; no habrá sobre la tierra un pie que pueda aplastarte, gusano cabelludo. ¡Bueno! Aquí, hasta yo soy impotente.

Pero un día llegará en que marcharás de esta tierra.

Y cuando vengas a mí y entres en la sombra de mi reino...

—¿De tu reino? Espera, Wunderhood... ¡Pero quién eres tú?

Entonces se realizó el hecho más bajo de mi vida terrena. Sí, es ridículo, es vergonzoso que Satanás, aunque humanizado, hincase las rodillas adorando a una prostituta y se deje robar por el primer carterista que se encuentra. Sí, esto es vergonzoso y ridículo para el sabio Satanás, que ha traído consigo el soplo de la eternidad. ¿Pero qué dirías de Satanás que se hace un impotente y miserable embustero y ciñe con gran estrépito la corona de cartón de un rey de teatro? Me avergüenzo, ¡oh hombre! Golpéame con una de tus bofetadas, con las que nutres a tus amigos y a los bufones pagados. ¿O fué acaso la manga desprendida la que suscitó en mí aquella furia miserable e imprudente? ¿O quizá fué precisamente aquél el último momento de la humanización, cuando el espíritu baja a la tierra, barre el polvo y las inmundicias? ¿O quizá el derrumbamiento de la Virgen, al que había asistido, atrajo también a Satanás en el mismo abismo?

He aquí ¡figúrate!—lo que respondí a Magnus.

Hinchando mi pecho dentro de la camisa desgarrada, sosteniendo la manga para no dejarla caer definitivamente, mirando severa y amenazadora mente a los ojos asombrados y, según parece, asustados del estafador Magnus, respondí con solemnidad: —Soy Satanás.

Durante un momento Magnus quedóse silencioso, y después estalló una carcajada, todas las risas que puede contener la borracha y desagradable panza humana. Tú te lo hubieras esperado, ¡oh hombre!, pero yo no me lo esperaba, lo juro por la salvación eterna, no me lo esperaba. Traté de decir alguna cosa, pero la risa desvergonzada de aquel animal ahogó en mí la voz. Finalmente, aprovechando una pausa entre los accesos de aquella risa, expliqué veloz y rápidamente..., como una nota al pie de una página, como un comentario del editor: — Comprende: soy Satanás humanizado. ¡Humanizado!

El me escuchó desencajando los ojos, y, entre nuevos accesos de risa, tambaleándose, se fué a la puerta, la abrió y gritó: — ¡Venid aquí! ¡Satanás está aquí! Humani...

¡Humanizado!

Y desapareció tras de la puerta. ¡Oh si hubiera podido desaparecer bajo tierra, o volar como un diablo auténtico, en aquel minuto eterno, mientras él reunía a su público para el excepcional espectáculo!

Y he aquí que aparecieron todos, ¡malditos sean!, y María, y todos los seis «colaboradores», y mi desgraciado Toppy, y el mismo Magnus; y al final del cortejo, ¡Su Eminencia el cardenal X! El maldito mono afeitado caminaba muy dignamente y me saludó, después de lo cual, con igual dignidad, se sentó en una poltrona y se arremangó la sotana.

Estaban todos perplejos, pues no sabían todavía de qué se trataba, y ora me miraban a mí, ora miraban a Magnus, que se esforzaba por permanecer serio.

—¿De qué se trata, señor Magnus?—preguntó el cardenal con benevolencia.

—Permítame que le refiera cuanto sigue, Eminencia. No hace mucho, mister Wunderhood me ha declarado ser Satanás. Satanás humanizado. Por lo tanto, cae por tierra nuestra suposición de que sea un americano del Illinois. Mister Wunderhood es Satanás, y,

evidentemente, venido desde hace poco del infierno. ¿Qué hacemos ahora, Eminencia?

Todavía me hubiera podido salvar el silencio.

¿Pero se podía esperar algo de aquel Wunderhood enfurecido en cuyo corazón mordía la ofensa? Semejante a un siervo que, con alguna vaga idea sobre grandeza, el poder y las relaciones de su noble señor, se ha apropiado el nombre de éste, Wunderhood avanzó gravemente y dijo saludando irónicamente: —Sí, yo soy Satanás. Pero debo añadir a las palabras del señor Magnus: no sólo humanizado, sino también robado. ¡No conoce usted, Eminencia, a esos dos pillos que me han robado? ¿No es usted acaso uno de ellos, Eminencia?

Únicamente Magnus seguía riendo; todos los demás estaban serios, esperando la respuesta del cardenal. Y ésta vino: el mono afeitado se mostró buen actor. Con exagerada expresión de miedo en la cara el cardenal levantó la mano derecha y habló en un tono de extrema bondad, en contradicción con el gesto y con las palabras.

—¡Vade retro, Satanás!

No te referiré cuanto dijo. Puedes figurártelo.

También María enseñó sus dientecitos. Casi fuera de mí por la rabia y por la impotencia que me envolvía, me dirigí a Toppy para pedirle su ayuda; pero Toppy se tapó la cara con las manos, acurrucándose en un rincón, callado. Entre las risotadas generales, dominándolas, resonó la grave e irónica voz de Magnus: —¡Miren a este gallo desplumado! ¡Es Satanás!

Su Eminencia batía furiosamente las aletas, se desgañitaba, sollozaba; su garganta de mona apenas si lograba dar salida a los torrentes de risa.

Preso del mayor furor, arranqué la maldita manga y, agitándola como una bandera, me lancé a toda vela en el mar de la mentira. Sabía que tenía que chocar con los escollos a flor de agua; pero el

huracán de la impotencia y de la rabia me arrastraba como a una viruta.

Siento vergüenza de reproducir las frases que pronuncié; cada palabra temblaba y sollozaba de impotencia. Como un párroco de pueblo que asusta a sus ignorantes fieles, yo los amenazaba con el infierno y con los tormentos dantescos, de puro sabor literario. Y sin embargo conocía ciertas cosas que hubieran podido atemorizarlos; ¡pero cómo me hubiera sido posible expresar lo sobrenatural, que es inexplicable en tu lengua? Y charlé sobre el fuego eterno, torturas eternas, sed inextinguible, rechinar de dientes, inutilidad de los lamentos. ¿Y de qué más? ¡Ah, sí! Hablé también de las parrillas candentes, cada vez más excitado por la indiferencia y la impudicia de aquellos semblantes vulgares, de aquellos ojos mezquinos, de aquellas almas nulas que se creían incastigables. Estaban seguros y cómodos, como en una fortaleza, tras de los muros de la nulidad y ceguera de ellos; y todas mis palabras se hacían añicos al chocar en sus mentes impenetrables. ¡Y, figúrate, el único que estaba asustado era mi amigo Toppy, el único que sabía que aquellas palabras mías eran mentira! Encontré implorantes y aterrados sus ojos, y aquella vista me fué tan insoportablemente estúpida y ridícula, que interrumpí precisamente mi discurso en el punto culminante. Todavía agité una o dos veces la manga que me servía de bandera; después la tiré a un rincón. ¿Creeréis que el mono afeitado estaba algo asustado? El color azulado de sus mejillas parecía más acentuado y las llamas de los ojos brillaban de modo sospechoso bajo la sombra de las peludas cejas; pero después levantó él tranquilamente la mano, y la misma exclamación sacrílega y burlona cruzó el silencio general: —¡Vade retro, Satanás!

¿Querría quizá esconder su miedo con aquella burla? No lo sé. No sé nada. Si no pude aplastarlos o prenderlos fuego, como a Sodoma y Gomorra, no vale la pena hablar en verdad de la piel de oca...

Eso se pasa con un simple vaso de vino. Magnus, como buen médico de almas, propuso tranquilamente: —¿Quiere un vaso de vino, Eminencia?

—Lo tomaré con gusto—respondió el cardenal.

—Y a Satanás no le daremos—añadió Magnus, escanciando el vino y mirándose burlonamente de soslayo. Pero ahora podía hablar y hacer todo lo que quisiera. Wunderhood estaba extenuado y yacía entre los brazos de la poltrona como un guiñapo.

Bebido el vino, Magnus encendió un cigarrillo —fuma cigarrillos—; examinó con una mirada a todos los oyentes, como el conferenciante que inicia su perorata; saludó amigablemente a Toppy, que estaba del todo lívido, y dijo cuanto sigue... A pesar de que estaba evidentemente borracho y en sus ojos se inyectaba sangre, su voz era firme y el discurso fué tranquilo y equilibrado: —Debo decirle, míster Wunderhood, que le he escuchado con gran atención y su ardiente y apasionada parrafada me ha producido una gran impresión, ¿cómo diré?, artística... En algunos momentos me ha recordado los mejores trozos de los sermones de fray Jerónimo Savonarola. ¡No encuentra, Eminencia, una cierta semejanza? Pero, ¡ay!, llegáis con retraso. Aquellas amenazas del infierno y de los tormentos eternos, que pudieron aterrar a la alegre y bella Florencia, resultan bien poco eficaces resonando en el aire de Roma contemporánea. Los pecadores florecen hace tiempo sobre la tierra, míster Wunderhood, ¿no os habéis dado cuenta?, y para los delincuentes y, como ha dicho usted varias veces, para los explotadores un simple comisario de policía es mucho más temible que el propio Belcebú con todo su estado mayor de diablos. Debo confesar que su llamamiento al juicio de la historia y de la posteridad ha sido un poco impresionante; pero tampoco en este punto habéis llegado a las alturas del pensamiento contemporáneo: cualquier tonto sabe que la historia imparcial señala en sus páginas con igual cortesía los nombres de los santos como los de los malvados. Lo que importa es la proporción; usted, mister Wunderhood, como buen americano, debía comprender esto bastante bien. Y los simbólicos vergajos con que castiga la historia a los malvados se distinguen poco de los laureles; de lejos desaparece hasta esta pequeña diferencia; se lo aseguro, Wunderhood, desaparece completamente. Cuando un bípedo quiere introducirse

en la historia deseo que es común a todos no debe dudar en manera alguna en la elección de la buena puerta: le pido perdón a Su Eminencia; pero ninguna ramera desposada recibe tan de buena gana a un nuevo huésped como la historia un nuevo... ¡héroe! Temo que no haya tenido éxito ni con la historia ni con el infierno, Wunderhood.

Es preferible mandar a llamar a la policía. ¡Ah!, pero me temo que tampoco con la policía tuvierais más éxito: todavía no le he dicho que Su Eminencia ha tenido su parte en estos millones que me habéis regalado con toda lealtad, y las relaciones de Su Eminencia... ¿me comprende?

¡Pobre Toppo! Se le saltaban las siénes sencillamente. Los colaboradores estallaron en alegres risas; pero el cardenal chilló, encolerizado, fulminándome con sus ojillos llameantes: —¡Este es un fatuo! Afirma ser Satanás. ¡Echalo a la calle, Magnus! ¡Esto es un sacrilegio!

—¿De veras?—preguntó Magnus sonriendo graciosamente: no sabía que también Satanás perteneciese al...

—Satanás es un ángel caído—dijo sentenciosamente el cardenal.

—¿Y como tal, todavía está a su servicio? Comprendido Magnus aprobó con la cabeza y se volvió con una sonrisa: —¿Ha oído usted, Wunderhood? Su Eminencia está asqueado de tanta impertinencia.

Yo callaba. Magnus me hizo una señal con sus ojos encarnados y continuó, con gravedad buscada: —Creo, Eminencia, que se trata de un simple equívoco. Conozco la modestia y también la erudición de mister Wunderhood, y supongo que ha adoptado el nombre de Satanás buscando un efecto artístico. ¿Acaso amenazaría Satanás con llamar a la policía? Y mi desventurado socio ha hecho esto.

Y, por último, ¿hay alguien que haya visto nunca un Satanás de estas trazas?

Al decir esto tendió la mano hacia mí con un gesto impresionante, y de nuevo grandes risotadas respondieron a su burla.

Hasta el cardenal soltó la carcajada; sólo Toppy movió su sabia cabeza, como para decir: —¡Cretinos!...

Magnus pareció advertirlo. O quizá se apoderó nuevamente de él la borrachera. Lo cierto es que sacudió amenazadora su pesada cabeza explosiva y gritó: —¡Basta de risas! Esto es muy estúpido. ¿Cómo hacéis para estar seguros de todo? Es estúpido, os lo digo. Yo no creo en nada y por eso lo admito todo. Dame la mano, Wunderhood: son todos unos idiotas, y yo no tengo inconveniente en admitir que tú seas Satanás. Pero en mal negocio te has metido, amigo Satanás. Porque ite echo en seguida a la calle, lo mismo! ¿Lo oyes..., diablo? Me amenazó con el dedo y se puso a pensar con la cabeza baja, como un toro pronto a arremeter.

Confusos, callaban los colaboradores y el cardenal, ofendido. Magnus volvió a amenazar con el dedo y dijo: —Si tú eres Satanás, has llegado tarde, ¿comprendes? ¿Para qué has venido aquí? ¿Para recitar, dices? Para tentar? ¿Para desviarnos a nosotros, hombres? Para inventar algún nuevo juego infame, para hacer bailar al son de una música tuya?

Entonces llegas tarde. Debías haber venido antes; hoy la tierra no tiene necesidad de tu talento. No hablo de mí, que con tanta facilidad te he engañay te he cogido el dinero: yo soy Tomás Ergo. No do hablo de María. Pero mira a estos pequeños y modestos amigos míos, y avergüénzate: ¿dónde encuentras en tu infierno diablos tan perfectos, tan intrépidos y dispuestos a todo? Y sin embargo no tendrán puesto en la historia: tan insignificantes son...

1919

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB